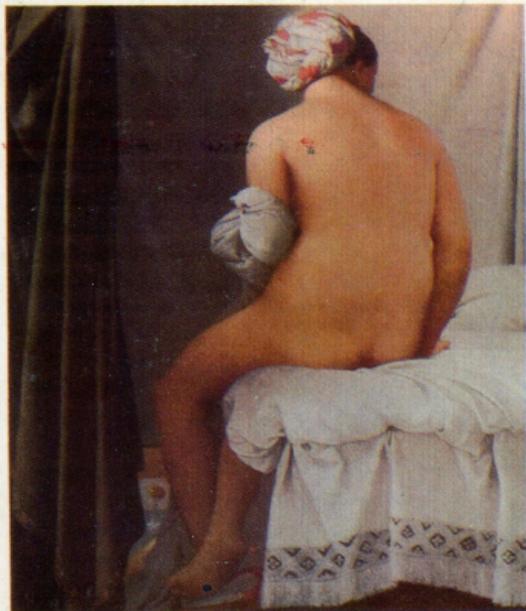


STEPHEN
VIZINCZEY

En brazos de la
mujer madura



el espejo de tinta

grijalbo

En brazos de la mujer madura

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

En brazos de la mujer madura

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

Stephen Vizinczey
En brazos de la mujer
madura

*Este libro está dirigido a los hombres jóvenes
y dedicado a las mujeres maduras;
y la relación entre unos y otras es mi propuesta.*

*¿Cómo consigues, con cualquier atuendo
o máscara, ser de verdad?*

Te admiro.

RAINER MARIA RILKE

A LOS JÓVENES SIN ENAMORADA

*En todos vuestros amores, debéis preferir a las
mujeres mayores antes que
a las jóvenes... porque poseen más conocimiento
del mundo.*

BENJAMÍN FRANKLIN

Este libro está dirigido a los
hombres jóvenes y dedicado a las
mujeres maduras, y la relación entre
unos y otras es mi propuesta. No soy
experto en sexualidad, pero fui buen

discípulo de las mujeres a las que amé, y trataré de recordar las experiencias, gratas o dolorosas que, pienso yo, hicieron de mí un hombre.

Pasé mis veintitrés primeros años en Hungría, Austria e Italia, y las aventuras de mi desarrollo difieren considerablemente de las que suelen acompañar a la formación de los jóvenes del Nuevo Mundo. Sus sueños y oportunidades están basados en convencionalismos amatorios diferentes.

Yo soy europeo y ellos, americanos; y, lo que hace aumentar la diferencia, ellos son jóvenes hoy y yo fui joven hace tiempo. Todo ha cambiado, incluso los mitos que marcan la pauta. La cultura

moderna -la cultura americana-glorifica a los jóvenes; en el continente perdido de la vieja Europa, la relación entre el hombre joven y la mujer madura tenía el encanto de la perfección.

Hoy los jóvenes sólo se interesan por las muchachitas de su misma edad, convencidos de que sólo ellas tienen algo bueno que ofrecer; nosotros valorábamos la continuidad y la tradición, y tratábamos de enriquecernos con la sabiduría y la sensibilidad del pasado.

Y el sexo era sólo una parte. Nosotros procedíamos de familias grandes y estábamos acostumbrados a tratar a las personas mayores. Cuando

yo era niño, mis abuelos, que vivían en una granja próxima al lago Balaron, solían ofrecer un almuerzo todos los veranos al que asistían más de doscientos parientes. Recuerdo cómo me impresionaba que fuéramos tantos, sentados en bancos largos, ante largas mesas, en el patio, entre la casa y los ciruelos: filas y filas de tíos, primos y parientes políticos, desde niños de pecho hasta octogenarios. Los miembros de aquellas tribus no conocían las barreras de la edad. Vivíamos en un radio de ciento cincuenta kilómetros y a todos nos gustaban las mismas canciones.

La tormenta de la guerra barrió

aquel patio. Los Vajda, antes tan unidos, viven ahora desperdigados por cuatro continentes. Estamos desvinculándonos, como todo el mundo. América no ha sido devastada por ejércitos extranjeros, pero también aquí han desaparecido los patios arbolados. Han sido asfaltados y convertidos en pistas de aviación. Las familias vuelan en direcciones opuestas y cada generación parece pertenecer a un período histórico diferente. Las casas grandes, con espacio para abuelos y tíos, han sido sustituidas por nidales para adolescentes, residencias para ancianos y los tranquilos apartamentos de las personas de mediana edad. Las oportunidades para que los jóvenes se

relacionen con mujeres mayores han disminuido considerablemente. No confían mucho unos en otras.

Puesto que, afortunadamente, yo pude criarme en lo que era todavía una sociedad integrada, tengo la extraña idea de que mis recuerdos pueden contribuir al mejor entendimiento de la verdad de que los hombres y las mujeres tienen mucho en común, aun en el caso de que exista una gran diferencia de edad, y por lo tanto pueden estimular el acercamiento entre las generaciones.

Como sea que voy a describir mis propias experiencias, creo mi deber tranquilizar al lector diciendo que no me propongo abrumarle con mi historia

personal. Lo que yo pretendo es estimular su curiosidad acerca de sí mismo.

Lo que sigue es una memoria muy selectiva, centrada no tanto en la personalidad del narrador como en las universales peripecias del amor. De todos modos, puesto que este libro es una autobiografía, yo, al igual que Thurber, tengo muy presente la máxima de Benvenuto Cellini de que, para escribir la historia de su vida, el hombre debe tener, por lo menos, cuarenta años y haber hecho algo extraordinario. Yo no cumplo ninguno de estos requisitos. Pero, como dice Thurber: «Hoy en día, quienquiera que tenga máquina de

escribir hace caso omiso de las extravagantes normas del viejo maestro».

ANDRÁS VAJDA Profesor adjunto
Departamento de Filosofía Universidad
de Michigan Ann Arbor, Michigan

1. DE LA FE Y LA AMISTAD

*Todo nos viene de los otros... Ser es pertenecer
a alguien.*

JEAN-PAUL SARTRE

Nací en una devota familia católica romana y pasé buena parte de mis diez primeros años entre benévolo frailes franciscanos. Mi padre era director de una escuela católica y un excelente organista, un joven activo e inteligente

que, además, poseía la energía y el fervor necesarios para dirigir la milicia del distrito y participar en política. Él apoyaba el régimen autoritario y clerical del almirante Horthy y era un antifascista conservador que, alarmado por el acceso de Hitler al poder en Alemania, utilizó su influencia y autoridad para conseguir que se prohibieran los mítines del partido nazi húngaro. En 1935, cuando yo tenía dos años, fue asesinado a puñaladas por un nazi adolescente elegido para ese acto porque no podía ser ejecutado, por no tener todavía los dieciocho años. Después del funeral, mi madre, para sustraerse al horror de su pérdida, se

trasladó a la ciudad más próxima, la primera ciudad milenaria de Hungría, con cuyo nombre no pienso atormentarles. Alquiló un apartamento espacioso y bien ventilado en el segundo piso de una casa situada en una de las calles más importantes de la ciudad -una calle estrecha, de iglesias barrocas y tiendas elegantes-, a poca distancia del convento franciscano que yo frecuentaba antes de alcanzar la edad escolar. Los servicios prestados a la Iglesia por mi padre, su trágica muerte en plena juventud y el que en ambas partes de nuestra familia hubiera varios curas, contribuyeron a que los frailes me miraran con simpatía. Ellos me

enseñaron a leer y a escribir, me contaban las vidas de los santos y de los héroes de la historia húngara y me hablaban de las ciudades lejanas en las que habían estudiado -Roma, París, Viena-, pero, sobre todo, me escuchaban. De manera que, en lugar de criarme con un padre me crié con toda una orden de padres. Ellos siempre tenían una sonrisa amable y comprensiva para mí, y yo me paseaba por los largos y fríos corredores del convento como si fuera el dueño. Recuerdo su cariñosa compañía tan vividamente como la de mi madre, a pesar de que, como les digo, ella y yo vivíamos solos desde que tuve dos años. Era una mujer dulce y

plácida que me seguía recogiendo todo lo que yo tiraba. Puesto que no solía jugar con otros chicos, nunca me peleaba con nadie y, entre los frailes y mi madre, crecí rodeado de cariño y con la sensación de absoluta libertad.

No creo que intentaran siquiera domeñarme ni educarme. Ellos se limitaban a verme crecer, y el único freno que actuaba en mí era saber que todos rezaban por mi bien.

También sabía que formaba parte de una tribu numerosa y espléndida y se me daban motivos para creer que era el orgullo y la alegría de todos mis parientes. Recuerdo una ocasión en que todos mis tíos y sus familias se habían

reunido en mi casa para felicitar a su hermana viuda con motivo de su cumpleaños. Aquella noche hubo una fiesta, y yo me negué a acostarme como los otros niños, mientras los mayores se quedaban de jarana. Todos fueron a mi habitación para hacerme compañía mientras mi madre me metía en la cama. Al desnudarme, ella me dio una palmada y un beso en el trasero y me prometió que todos harían otro tanto si, después, me dormía sin más protestas. No debía de tener más de tres o cuatro años -es uno de mis primeros recuerdos- y todavía me parece ver a todas aquellas personas mayores haciendo cola para besarme el trasero, mientras yo, echado

boca abajo, los miraba por encima del hombro.

Todo esto puede explicar por qué me convertí en un niño cariñoso y espontáneo, en un mocoso presumido. Yo daba por descontado que el mundo me quería, y me parecía lo más natural querer y admirar a las personas a las que conocía de vista o de oídas.

Aquellos buenos sentimientos estaban dirigidos, en primer lugar, a los santos y mártires de la Iglesia. A los siete y ocho años, tenía la sublime vocación de hacerme misionero y, si era posible, mártir en los arrozales de la China. Recuerdo especialmente una tarde soleada en la que no tenía muchas

ganas de estudiar y, desde la ventana de mi habitación, contemplaba a las mujeres elegantes que pasaban por nuestra calle. Me preguntaba si, al hacerme sacerdote y formular voto de castidad, me resultaría muy difícil ir por la vida sin la compañía de aquellas estupendas señoras que iban camino de la sombrerería o de la peluquería, para estar más angelicales todavía. Así pues, mi propósito de hacerme sacerdote me colocó ante la perspectiva de renunciar a las mujeres incluso mucho antes de haberlas deseado. Durante algún tiempo, me sentí avergonzado de haber sentido preocupación y, finalmente, decidí preguntar a mi confesor, un hombre de

pelo cano, de unos sesenta años y carácter infantil, si a él le resultaba difícil andar por el mundo prescindiendo de las mujeres. Él me miró severamente y se limitó a observar que no le parecía que yo tuviera madera de sacerdote. Me quedé sorprendido ante esta falta de consideración hacia mi vocación -solamente porque había querido conocer el peso del sacrificio- y temí que en lo sucesivo fuera a quererme menos, pero él volvió a animarse (era un optimista) y, con una sonrisa, me dijo que había muchas maneras de servir a Dios.

Yo solía hacer de acólito en sus misas: él madrugaba y decía misa a las

seis. Muchas veces, en la gran nave de la catedral no había nadie más que él y yo, percibiendo la misteriosa y poderosa presencia de Dios. Y, aunque ahora soy ateo, todavía recuerdo con agrado aquella sensación de gozo, las cuatro velas en el frío silencio de mármol estremecido de ecos. Allí aprendí a sentir y apreciar el misterio intangible, propiedad innata en las mujeres y que los hombres, con suerte, pueden llegar a adquirir.

Si me recreo en estos recuerdos lejanos y brillantes es, en parte, porque me gusta y, también, porque estoy convencido de que muchos chicos arruinan sus mejores años -y su

carácter- con la idea equivocada de que, para hacerte hombre, tienes que ser un pedazo de bestia. Para sentirse mayores, se unen a un equipo de rugby o de hockey, cuando, en realidad, una iglesia vacía o un camino poco frecuentado en el campo pueden decirles mucho más del mundo y de sí mismos. Los frailes franciscanos me perdonarán, espero, si digo que yo nunca hubiera podido comprender y gozar de las mujeres si la Iglesia no me hubiera enseñado lo que es la reverencia y el éxtasis.

Volviendo a lo del celibato, tema que empezaba a preocupar al presunto cura en ciernes, no eran las mujeres que yo veía desde la ventana de nuestro

apartamento las únicas responsables de mi prematuro dilema. Si en el convento podía participar de la vida de un grupo de hombres, en casa se me recibía con agrado en una comunidad de mujeres. Una vez a la semana, mi madre ofrecía un té a sus amigas, todas ellas viudas o solteras de su misma edad, entre treinta y cuarenta. Recuerdo que la similitud entre el ambiente del convento y el de los tes de mamá me parecía extraña y estupenda. Tanto los franciscanos como las amigas de mi madre eran personas felices y alegres, que aparentemente estaban muy contentas de vivir independientes. Me sentía el único eslabón humano entre aquellos dos

mundos estancos, y me llenaba de orgullo ser bien recibido en uno y otro.

No concebía la existencia sin uno de ellos, y a veces pienso que la vida ideal podría ser la de un fraile franciscano con un harén de mujeres de cuarenta años.

Con el tiempo, empecé a esperar con impaciencia el día en que venían las amigas de mamá, que me tomaban la cara entre sus manos cálidas y suaves, y decían: «qué ojos más negros tienes»; su contacto me producía un grato vértigo. Trataba de armarme con el valor del mártir y, cuando ellas llegaban, les saltaba al cuello para saludarlas con un beso y un abrazo. La mayoría parecían

sorprendidas y desconcertadas por mi actitud. «¡Caramba, Erzsi, qué espontáneo es tu hijo!», decían a mi madre. Algunas me miraban con suspicacia, especialmente si yo conseguía rozarles el pecho con las manos; no sabía yo por qué, pero esto era más emocionante que tocarles el brazo. De todos modos, estos incidentes siempre acababan entre risas; no recuerdo que se molestaran demasiado. Yo las quería a todas, pero esperaba sobre todo a la hermana de mi padre, la tía Alice, una rubia llenita, de pechos grandes, con un perfume auténticamente fantástico y una cara redonda y bonita. Ella me tomaba en brazos, me miraba a

los ojos con burlona indignación y, según creo, un poco de coquetería, y me reprendía en tono grave y tierno a la vez: «¡Tú me buscas el pecho, diablo!»

La tía Alice era la única que me miraba como a un personaje importante.

Después de haberme convertido mentalmente en el primer Papa húngaro y haber sufrido el martirio, yo me sentía ya como un gran santo, varado temporalmente en la niñez. Y aunque la tía Alice me atribuía una clase de grandeza distinta cuando me llamaba «diablo», a mí me parecía que, en el fondo, los dos nos referíamos a lo mismo.

De vez en cuando, para que mi

madre descansara, sus amigas me llevaban a dar largos paseos o al cine. Pero solamente mi tía me daba la noticia de que nos íbamos como si me pidiera una cita. «Hola guapo -me decía, como si saboreara la cita de antemano-, ¿me llevas al teatro?» Recuerdo especialmente el día en que salí con ella llevando mis primeros pantalones largos. Era una soleada tarde de sábado de finales de primavera o principios del otoño, poco antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, porque fuimos a ver El mago de Oz. Yo había estrenado mi traje de hombre unos días antes y estaba deseando que me viera con él la tía Alice, porque ella,

seguramente, sabría apreciarlo. Cuando por fin llegó, oliendo a perfume y polvos faciales, con el afán de explicarle a mi madre por qué se había retrasado, no se fijó en mis pantalones nuevos. Pero cuando nos íbamos, profirió un ronco «¡Ahhh!» y dio un paso atrás para contemplarme. Yo le ofrecí el brazo y ella, al tomarlo, dijo: «Tengo el acompañante más guapo del mundo. ¿Verdad que se parece a su padre, Erzsi?» íbamos hacia la puerta cogidos del brazo como una pareja feliz cuando, de pronto, sonó la voz de mi madre: «András, ¿has hecho pipí?»

Salí del apartamento con la tía Alice, jurándome no volver jamás.

Hasta las frases de apaciguamiento de mi rubia acompañante sonaban con ultrajante condescendencia y, mientras bajábamos las escaleras, yo me preguntaba cómo volver a situar nuestras relaciones en su justo plano. Antes de salir a la calle, le pellizqué una nalga. Ella fingió no notarlo, pero se puso muy colorada. Entonces decidí que, cuando fuera mayor, me casaría con la tía Alice, porque ella me comprendía.

De todos modos, no pretendo exagerar atribuyéndome una precoz pasión incestuosa por aquella estupenda señora. En realidad, cuando más a gusto me sentía era estando con los padres franciscanos y en las meriendas

semanales de mi madre, viendo a todas sus amigas reunidas y oyéndoles hablar de las modas, la guerra, de la familia, de matrimonios y de cosas que yo no entendía. La catedral, grande y silenciosa, y nuestra sala, llena de mujeres alegres y bulliciosas, con el olor de sus perfumes y la luz de sus ojos, son las imágenes más claras y vividas de mi niñez. Me pregunto qué clase de vida habría sido la mía sin las meriendas de mamá. Tal vez a ellas se deba que nunca haya visto en las mujeres a enemigas, o territorios que conquistar, sino siempre aliadas y amigas. Lo cual, creo yo, es la razón por la cual ellas, a su vez, siempre han sido

amables conmigo. Nunca me encontré con esas pécoras de las que se oye hablar: deben de tener mucho trabajo con los hombres que consideran a las mujeres fortalezas que hay que asaltar y arrasar. De todos modos, al hablar de la buena armonía con todos -y con las mujeres en particular- no puedo sino sacar la conclusión de que mi absoluta felicidad en los tes semanales de mi madre denota un prematuro y acusado entusiasmo hacia el sexo opuesto. Es evidente que este entusiasmo contribuyó a mi ulterior buena suerte con las mujeres. Y, aunque espero que estas memorias sean instructivas, no han de ayudarles a conseguir que las mujeres se

sientan más atraídas por ustedes de lo que ustedes se sientan por ellas. Si, en el fondo, ustedes las odian, si sueñan con humillarlas, si gozan mostrándose autoritarios, es posible que ellas les paguen con la misma moneda. Ellas les querrán y les desearán tanto como ustedes las deseen y las quieran a ellas, bendita sea su generosidad.

2. DE LA GUERRA Y LA PROSTITUCIÓN

Todo recién nacido es un Mesías; lástima que se convierta en un vulgar granuja.

IMRE MADÁCH

Hasta los diez años, se me permitió olvidar que había nacido el mismo año en que Hitler llegó al poder. En la Europa castigada por la guerra, nuestra ciudad se me aparecía cual capital del reino de las hadas: era pequeña y como de juguete y, al mismo tiempo, antigua y regia, como muchas partes del viejo Salzburgo. Allí vivía yo, un príncipe feliz en el mejor de los mundos, rodeado de una familia numerosa y protectora: mi madre, una mujer callada y pensativa, que me seguía con ojos serenos; mis tías, aquellas amigas alegres, mundanas y elegantes; y los frailes franciscanos, mis padres bonachones. Tuve la suerte de crecer en un invernadero de amor y

lo absorbí por todas las células de mi cuerpo. Pero tal vez fuera bueno que, después de haber aprendido a amar el mundo, también llegara a conocerlo.

De un niño feliz y despreocupado que pensaba en el sacerdocio y en el éxtasis del martirio, me convertí en proxeneta y estraperlista. Cuando acabó la guerra, después de dos años de pesadilla y antes de cumplir los doce, hice de intermediario de las prostitutas húngaras en un campamento del ejército americano cerca de Salzburgo, la ciudad que, en otros aspectos, tanto se parecía a la mía.

Mi transformación empezó en el verano de 1943, cuando las olas de la

guerra llegaron por fin a la Hungría occidental. Nuestra tranquila ciudad se convirtió en puesto de guarnición alemán y, por la noche, los bombarderos americanos empezaron a poner escombros nuevos juntos a las antiguas ruinas. Nuestro apartamento fue requisado para los oficiales de la Wehrmacht, y muy oportunamente por cierto, porque un par de semanas después de que nos fuéramos, la casa fue bombardeada y quedó destruida.

Huyendo de los bombardeos, nos dirigimos hacia el oeste, a casa de mis abuelos, situada en un pueblo muy apartado, y en otoño mi madre me envió a una academia militar de una pequeña

ciudad próxima a la frontera austríaca. Dijo que allí estaría seguro, comería bien y aprendería latín.

El coronel director describió el espíritu de la academia, en el discurso de bienvenida a los nuevos cadetes, con estas palabras: «¡Aquí aprenderéis lo que es la disciplina!» Nos gritaban a todas horas del día: en clase, en el patio y en el dormitorio. Por las tardes, de tres a cuatro, teníamos que caminar arriba y abajo del parque, que era muy extenso, arbolado y rodeado de altos muros. Se nos ordenaba, so pena de fuerte castigo corporal, andar a paso ligero, sin parar ni un segundo, y había sargentos vigilándonos -apoyados en los

troncos de los árboles-, para cerciorarse de que obedecíamos. Nosotros, los cadetes novatos, teníamos que obedecer, además, a los cadetes veteranos, que ejercían sobre nosotros una autoridad militar debidamente reglamentada. Me encontré en un compromiso el primer día, cuando un cadete veterano me gritó a mi espalda que me parara y me pusiera firmes. Era un pelirrojo flaco, con el pelo cortado a cepillo, de aspecto enclenque e insignificante; en realidad, parecía más joven que yo. A mí me preocupaba desobedecerle, pero más me preocupaba desobedecer a los sargentos. Seguí andando a buen paso y él tuvo que correr para darme alcance.

Cuando llegó a mi lado sudaba y jadeaba. «¡Saluda! – me mandó con voz chillona y trémula-. ¡Saluda!» Yo saludé y seguí andando, sintiendo viva aversión. Estaba convencido de que había ido a caer en medio de un hatajo de idiotas furiosos.

Fue un trauma del que no he llegado a recuperarme por completo. Mi año y medio de instrucción en la Real Academia de Oficiales de Hungría estuvo a punto de hacer de mí un anarquista. No puedo sentir el menor respeto ni simpatía hacia cadetes veteranos, generales, jefes de partido, millonarios, directivos ni hacia sus empresas. Por cierto, es una actitud que

parece fascinar a casi todas las mujeres, tal vez porque ellas están menos entusiasmadas por la perfección del orden del mundo creado por el género masculino.

Los cadetes veteranos sentían especial preocupación por la forma en que nos hacíamos la cama. – ¡La cama tiene que estar tan lisa como un espejo! – nos gritaba el jefe del dormitorio, arrojando mis mantas y sábanas a las cuatro esquinas-. ¡Tú necesitas práctica!

Aun después de que los ejércitos rusos entraran en Hungría y el almirante Horthy anunciara que toda resistencia era inútil, que la mayor parte del ejército húngaro, más de un millón de

hombres, más del diez por ciento de nuestra población, habían muerto y que nunca volvería a haber ejército húngaro, aun entonces, el jefe del dormitorio seguía obsesionado por la tersura de nuestras mantas. Cada vez que él me deshacía la cama, yo tenía que volver a hacerla en menos de tres minutos; si tardaba más -y siempre tardaba-, él volvía a deshacerla, y así sucesivamente hasta que se aburría.

Estuvimos jugando al juego de la cama hasta que las tropas rusas llegaron a las afueras de la ciudad. Entonces el coronel huyó con su familia y todas sus pertenencias en los camiones destinados a la evacuación de los cadetes, la

mayoría de los otros oficiales desaparecieron y un comandante, nuestro profesor de Historia, nos condujo en una marcha hacia el oeste a través de Austria. No volvería a ver una cama de ninguna clase en varios meses.

Unos cuatrocientos de nosotros nos unimos a la caótica masa de refugiados que, tratando de huir de la guerra, no conseguían salir de su mismo centro, manteniéndose en movimiento constante entre los ejércitos alemanes y rusos. En aquella marcha entre las líneas del frente, a través de las llanuras y las montañas de Austria, aprendimos a dormir andando, nos acostumbramos a la vista de cuerpos mutilados, muertos o

todavía palpitantes, y aprendí por fin que la cruz, además de sacrificio y redención, significa crucifixión. A mis once años y medio, me causó una impresión imborrable la furiosa crueldad del hombre y la fragilidad del cuerpo humano.

La educación religiosa inculca, dicen, el sentido de culpabilidad en las cosas del sexo: pero desde aquellas semanas de trauma, hambre y cansancio, las únicas formas de autoindulgencia de las que abomino son el odio y la violencia. Debió de ser entonces cuando adquirí la sensibilidad del libertino: cuando has visto tantos cadáveres, acabas perdiendo toda clase de

inhibiciones respecto a los cuerpos vivos.

Una noche, mientras atravesábamos Viena a oscuras, perdí contacto con los otros cadetes y, a partir de entonces, seguí solo. Vivía de lo que podía robar de los campos junto al camino. Otros refugiados debieron de hacer lo mismo antes que yo, porque los campesinos guardaban sus campos de Kartoffeln con ametralladoras, y más de una vez me chamusqué las manos al intentar cocer una patata. A mediados de mayo de 1945, cuando un jeep del ejército americano me recogió en la carretera, solo y medio muerto de hambre, yo hubiera sido capaz de cualquier cosa.

Al decir que antes de los doce años actuaba de proxeneta para el ejército americano, no quiero dar la impresión de que los soldados no guardaban la debida consideración a mi edad. Desde luego, lo pasé mucho mejor con el ejército de Estados Unidos que en la academia militar. Y, si hacía un oficio impropio de mi edad, era porque deseaba ganarme lo que comía y, al mismo tiempo, enterarme de las cosas del sexo. Los dos soldados que me recogieron y condujeron al campamento se encargaron de que me dieran comida, una ducha y atención médica.

Luego, me llevaron al comandante del campamento. El dictamen médico

acerca de mi depauperada condición física y los visibles efectos de mis recientes experiencias debieron de moverle a compasión y decidió permitir que me quedara en el campamento. Se me asignó una cama en uno de los barracones de ladrillo (construidos para las Juventudes Hitlerianas), un uniforme arreglado a mi medida, una ración de cigarrillos, chicles, pastillas de menta y una fiambarrera. Y, a las horas de comer, yo hacía cola con los soldados y recogía los cinco platos del menú con una sensación de profunda beatitud. Durante los primeros días, pasaba casi todo el tiempo paseando por los barracones y tratando de hacer amigos. Los soldados

tenían pocas ocupaciones salvo mirar fotos, afeitarse, limpiar la ropa y las armas y enseñar palabras inglesas a un chiquillo extraviado. Hi, OK, kid y fucking (adjetivo universal) fueron las primeras palabras que aprendí, y más o menos por este orden; a las dos semanas, ya hablaba suficiente inglés para cambiar impresiones sobre la guerra, Hungría, Estados Unidos y nuestras familias. Una noche, presencié el acuerdo entre una muchacha húngara y un soldado, por casualidad, y ofrecí mis servicios en calidad de intérprete e intermediario. Cinco paquetes de cigarrillos, un bote de leche en polvo, veinticuatro paquetes de chicle y una

lata pequeña de carne de buey eran la moneda de la transacción. Resultó que la mayoría de las mujeres que venían al campamento por la noche, mientras los policías militares se hacían los distraídos, eran húngaras de un cercano campamento de refugiados. Así fue como, muy pronto, empecé a hacer de intérprete, intermediario y alcahuete.

Lo primero que aprendí en este delicado menester es que la mayoría de las consideraciones morales sobre el sexo no tenían absolutamente ningún punto de contacto con la realidad. Fue una sorprendente revelación que tuvieron también muchas mujeres respetables, incluso esnobs, de la

burguesía que vivían hacinadas en el mísero campamento húngaro y a las que yo acompañaba a los barracones del ejército. Al final de la guerra, cuando incluso los propios austríacos sufrían una carencia horrorosa de casi todo, los cientos de miles de refugiados apenas podían sobrevivir, y su situación era más lastimosa por cuanto que la mayoría había sido gente acomodada. La dignidad y la virtud, tan importantes para estas mujeres en su mundo, no tenían ningún significado en el campamento de refugiados.

Ellas me preguntaban -sonrojándose pero muchas veces en presencia del taciturno marido y de sus hijos- si los

soldados tenían enfermedades venéreas y qué ofrecían.

Recuerdo con especial simpatía a una señora hermosa y aristocrática que trataba el asunto con grotesco refinamiento. Era una mujer alta, morena, de enormes y vibrátiles pechos, cara angulosa de expresión altiva y poco más de cuarenta años, diría yo. Su marido era conde, cabeza de una de las más antiguas y distinguidas familias de Hungría. Su apellido y rango militar, a pesar de que pertenecía al derrotado ejército del almirante Horthy, conservaba todavía fuerza suficiente para hacer que se les asignara una barraca separada de los demás

refugiados. Tenían una hija de unos dieciocho años, con el pelo muy largo, que solía reírse cada vez que entraba en su alojamiento, en mis no muy frecuentes embajadas. La condesa de S. sólo trataba a oficiales y por el doble o el triple del precio habitual. El conde, cuando me veía llegar, miraba para otro lado. Todavía llevaba el pantalón negro con franja dorada del uniforme de gala, pero en el cuerpo, en lugar de la guerrera con charreteras, un viejo jersey en fase de desintegración. Al verle ahora y recordar las páginas que nuestros libros de Historia de la escuela primaria dedicaban a su familia y las fotografías de los periódicos que

leíamos en la academia militar, en las que él aparecía con su uniforme de general, revistando las tropas, yo tenía la sensación de estar soñando. Él casi nunca contestaba a mi saludo, mientras que su mujer me recibía como una sorpresa desagradable, como si ella misma no me hubiera pedido que le avisara cada vez que tuviera peticiones de oficiales educados y decentes que no fueran muy exigentes. – ¡Otra vez ese chico! – exclamaba con voz doliente y acento de desesperación. Entonces miraba a su marido en actitud melodramática-. ¿Realmente necesitamos algo hoy? ¿No puedo decir a este impúdico que se vaya al diablo,

aunque no sea más que por esta vez?
¿Tanta falta nos hace?

Normalmente, el general no contestaba. Se limitaba a encogerse de hombros con impaciencia. Pero, cuando lo hacía, replicaba secamente:

—Tú eres la que guisa. Tú sabrás lo que necesitamos. — ¡Si te hubieras pasado a los rusos con tus tropas, yo ahora no tendría que envilecerme y cometer pecado mortal para poder comer! — gritó ella una vez con súbito histerismo.

Aunque traduzco sus palabras, ella utilizaba expresiones trasnochadas y grandilocuentes como «envilecerme», «cometer pecado mortal» e «impúdico»

(que a mí me gustaban). Ella tenía no sólo el porte sino también el vocabulario de una dama virtuosa y yo casi la compadecía, intuyendo lo que debía de haber sufrido antes de «envilecerse». A pesar de todo, no podía menos que advertir que su zozobra era un poco teatral, ya que repetía la escena con tanta exactitud que daba la impresión de estar representando una comedia. Su desafío ritual al marido nunca fue recogido, pero la hija estaba extrañamente dispuesta a relevar a la madre en la obligación de sacrificarse por la familia. «Deja que vaya yo, mamá. Tú pareces muy cansada», decía. Pero la condesa no quería ni oír hablar

de ello. – ¡Antes me moriría de hambre! – exclamaba airadamente-. ¡Prefiero verte muerta antes que prostituida! – Y, a veces, agregaba con amargo humor-: Yo ya soy muy vieja. A mí ya no hay quien me corrompa. Lo que yo haga no importa.

Todos esperábamos en silencio mientras ella se preparaba, se maquillaba y se quedaba mirando a su marido 6, simplemente, paseaba la mirada por la pequeña habitación. «Rezad por mí hasta que vuelva», solía decir al salir, y yo la seguía casi convencido de que aquella mujer hubiera preferido morir a someterse a la prueba que la esperaba.

Pero cuando llegábamos al coche era capaz de sonreír valerosamente y, a veces, si quien la esperaba era cierto joven capitán, ella se reía con espontaneidad y alegría durante el trayecto hasta el campamento. Y cuando su rostro se ensombrecía y quedaba pensativa, yo, sólo por estar a su lado, me sentía arder. En esos momentos me daba cuenta de que sus labios no podían ser más sensuales. Yo observaba estos cambios de actitud en muchas de las mujeres a las que acompañaba a los barracones; al despedirse de la familia, parecían diosas de la virtud camino del sacrificio; luego era evidente que se divertían con los americanos, muchos de

los cuales eran más jóvenes y más guapos que los maridos. Yo sospechaba que muchas de ellas se alegraban de poder considerarse nobles, altruistas y abnegadas esposas y madres cuando lo que hacían en realidad era tomarse unas gratas vacaciones de la aburrida vida matrimonial.

No es que yo estuviera presente mientras ellas permanecían en los barracones con los soldados, ya que mis reiterados intentos por quedarme resultaron infructuosos. Al fin y al cabo, yo no recibía pago alguno por mis servicios y me parecía que los soldados y las mujeres me debían, por lo menos, la oportunidad de obtener información

de primera mano de sus actividades. Si a la hora de organizarles la cita, mi moral parecía tenerles sin cuidado, llegado el momento de la verdad, insistían en quedarse solos. A veces, cuando me excitaba porros primeros achuchones que se producían en mi presencia, solía protestar por lo injusto de sus exigencias: «Cuando me necesitáis para que os arregle el plan no soy yo un niño, pero en el momento de follar, ¡entonces sí lo soy!» Yo quería participar. De traducir frases como «Pregúntale si es ancha o estrecha», y de todas aquellas palabras y caricias, me encontraba en un estado de erección permanente.

Rara vez desperdiciaba la oportunidad de entrar en la habitación de un oficial cuando él y la mujer salían. En los barracones de los soldados siempre había alguien más, pero en las habitaciones de los oficiales podía estudiar el escenario a mis anchas. Buscaba pistas en las camas revueltas, en las botellas de licor medio vacías, en las colillas manchadas de carmín, pero, sobre todo, en los olores que permanecían en la habitación. Una vez encontré unas bragas de seda blanca y las olí con ansia. Tenían un olor peculiar y agradable. Yo no podía saberlo, pero adiviné que así debía de oler la mujer, y me puse las bragas en la nariz y estuve

mucho rato respirando a través de ellas.

Recuerdo una sola ocasión en la que realmente pensé que no perdía nada con seguir siendo niño un poco más. Fue cuando vi a un soldado que había contraído una enfermedad venérea. Le habían puesto varias inyecciones en el pene y andaba de arriba abajo entre las dos hileras de camas, con el cuerpo doblado y las manos entre las piernas. Mientras los otros soldados del barracón se reían a carcajadas, él gritaba con voz ronca y lágrimas en los ojos: «¡No follaré con nadie más que con mi mufer! ¡Es la última puta con la que me acuesto!»

Tardé varios días en volver a pensar

en cómo ingeniármelas para acostarme con alguna de las señoras a las que servía.

Mis pensamientos se centraban en la condesa de S. Aunque ella me llamaba «ese impúdico», yo no podía menos que pensar que le gustaba, por lo menos un poco más que uno de nuestros tenientes - un sureño gordinflón con los dientes postizos- al que ella visitaba de vez en cuando. Si bien yo no podía aspirar a competir con el guapo capitán, en alguna de las noches en las que ella visitaba al teniente, podía tener posibilidades. Una mañana, lo vi marchar en el coche y me quedé remoloneando por el alojamiento hasta que ella se levantó. Cuando oí la

ducha, entré en la habitación. Ella no me oyó. Abrí la puerta del baño sigilosamente y la vi bajo la ducha.

Impresionante. Aunque yo había visto las fotografías clavadas en las paredes de los barracones, era la primera vez que veía a una mujer de carne y hueso desnuda. No sólo era diferente: era como un milagro.

No se dio cuenta de mi presencia y, cuando salía de la ducha, la pillé desprevenida, le besé los pechos y me apreté contra su cuerpo mojado y caliente. Al tocarla me invadió una sensación de placidez y desfallecimiento y, aunque quería mirarla, tenía que cerrar los ojos. Ella debió advertir la

viva impresión que me producía y tal vez por ello esperó unos momentos antes de apartarme de un brusco empujón: «¡Sal de aquí ahora mismo!», siseó, cubriéndose los pezones con las manos. «¡Vuélvete de espaldas!»

Me puse de espaldas y le ofrecí diez botes de leche en polvo, cinco cajas de huevos en polvo y todas las latas de carne que quisiera si se acostaba conmigo. Pero me amenazó con gritar pidiendo auxilio si no la dejaba sola.

De espaldas a ella, mientras la imaginaba vistiéndose, yo sentía unos calambres tan dolorosos que tuve que sentarme en la cama del teniente.

Después, cuando estuvo vestida, se

sentó a mi lado y me tomó bruscamente por la barbilla, obligándome a mirarla. Parecía abatida. – ¿Cuántos años tienes?

– Soy mayor.

Pensé en invitarla a convencerse por sí misma, pero no era necesario. Ella me miraba moviendo tristemente la cabeza. «¡Dios, lo que la guerra hace de todos!»

Me pareció que esta vez sentía realmente lo que decía.

– Aquí te estás corrompiendo, pervirtiendo. Deberías volver a tu casa, con tu madre.

Creo que la afectaba tanto mi degradación como la suya propia, que la había conducido a una situación en la que un simple chiquillo podía hacerle

proposiciones.

—El teniente ha tenido que ir a la ciudad y no regresará hasta dentro de mucho rato. Pero, en la cocina, tengo más influencia que él. Les caigo bien a los cocineros. Yo podría proporcionarle todo lo que quisiera.

—No deberías pensar en el amor como algo que se compra. Y deberías esperar hasta que fueras mayor. Espera hasta que te cases. Tu esposa irá pura al matrimonio y así deberías ir tú también.

Sentada en la cama del teniente y con el fondo de las voces de los soldados, ella misma tuvo que darse cuenta de la incongruencia de lo que me decía. Permanecemos allí sentados, uno

al lado del otro, y ella me preguntó por mi familia, de dónde era, mientras esperaba que el oficial volviera y le pagara.

—De manera que llegaste hasta Salzburgo andando -dijo en tono pensativo, como si realmente deseara averiguar qué clase de chico era yo-. Has debido de crecer muy de prisa -agregó con aire un tanto ausente y compasivo. Quizá analizaba sus sentimientos ante la posibilidad de que pudiera haber algo entre nosotros. Volvió la cara, pero no antes de que yo advirtiera una expresión de humildad y sorpresa. Incluso después de convertirse en prostituta de ocasión, debía de

resultarle desesperante sorprenderse a sí misma tomando en consideración la proposición de un muchacho de doce años. O así al menos interpreté su reacción. Pero, mientras yo pensaba que la entendía, no se me ocurría qué decir ni qué hacer para ganármela. Yo no estaba preparado. Me sentía como en la escuela cuando el maestro me llamaba a la pizarra y no podía dar el nombre de la capital de Chile. Lo que quería era marcharme. Estaba asustado.

Pero en aquel momento ella me empujó suavemente sobre la cama y me desabrochó el pantalón. Con la espalda erguida, empezó a acariciarme con dedos lentos y cautelosos, estudiándome

la cara con cierto aire de curiosidad. De pronto sus labios se abrieron, se inclinó y me tomó en su boca.

Me sentí ingrávido y me pareció que nunca en la vida querría volver a moverme. Sentía en mí la mirada de sus ojos graves y después me pareció oír su voz que volvía a llamarme «impúdico». Finalmente, me sacudió por el hombro y me ordenó que me levantara. Cuando salí de la habitación me dijo que rezara para pedir a Dios que me salvara de la condenación.

Tal vez hubiera acabado por conquistarla, de haber seguido asediándola desde la puerta de la ducha de las distintas habitaciones de oficiales

que ella frecuentaba. Sin embargo, por extraño que pueda parecer, no lo intenté. Su impulso de aliviarme de mi desdicha en la cama del teniente me curó del afán de pillar desprevenidas a las mujeres. Me sentía como el ladrón que entra en una casa a robar y el dueño le hace un regalo.

3. DEL ORGULLO Y DE LOS TRECE AÑOS

No, gracias.

EDMOND ROSTAND

En la academia militar había oído hablar mucho de los peligros del sexo.

Cuando nos masturbábamos, después

del toque de silencio, solíamos atemorizarnos unos a otros relatando los casos de los chicos que se habían vuelto imbéciles por jugar solos o por acostarse con chicas. Recuerdo el caso de un chaval que se volvió loco sólo por pensar en mujeres. Cuando llegué al campamento del ejército americano, había perdido todos mis temores religiosos, pero aún creía que el apetito sexual desmesurado mermaba las otras facultades. Y me preocupaba mucho por mí mismo.

Ahora, al mirar atrás, me doy cuenta de que eran muchos los apetitos que tenía hipertrofiados. Por un lado, me convertí en un glotón. Probablemente

porque había padecido tanta hambre cuando los americanos me recogieron, ahora pasaba horas comiendo. Había un comedor muy grande y, a lo largo de un lado, estaban los ayudantes de cocina - había de seis a ocho a cada hora de comer-, que nos llenaban el plato con comida de sus grandes ollas de acero mientras nosotros íbamos desfilando. Aquellas hojuelas redondas y doradas con mantequilla y jarabe, maíz tierno, el helado y el pastel de manzana eran mis favoritos. También desarrollé un apetito insaciable por el dinero. Durante el primer mes de mi estancia en el campamento, observaba con incredulidad constante a los cocineros

que echaban al cubo de la basura la grasa de freír las hamburguesas y los bistés. Debían de tirar unos cien litros de grasa al día: litros de oro líquido en la Europa hambrienta. Yo quería mucho a los americanos, pero me parecía que estaban locos. Al día siguiente al de mi fallida seducción de la condesa, decidí hacerme negociante y pedirle al jefe de cocina toda aquella grasa que tiraba a la basura. Al principio, el hombre era reacio a tomarse la molestia de guardármela, pero cuando le dije que la quería para venderla, accedió. A partir de aquel día, cada vez que los soldados me llevaban a Salzburgo para que les consiguiera chicas del campamento de

refugiados, transportaban también mis latas de leche en polvo de veinte litros cada una, llenas de grasa que yo vendía a varios restaurantes de Salzburgo que me pagaban en dinero americano. Cuando me sobraba grasa, la regalaba a los refugiados, que me dedicaban unas ovaciones dignas de un Papa húngaro. Al poco tiempo, el jefe de cocina (que nunca me pidió participación en el negocio) se emocionó con el asunto y me cedió todas las latas de carne, huevo en polvo, fruta o zumos que estaban empezadas y podían estropearse. Recoger la mercancía en la cocina me llevaba unos veinte minutos al día y transportarla a Salzburgo y distribuirla,

un par de horas. Con dos horas y media de trabajo al día sacaba unos quinientos dólares a la semana. Cuando el coronel Whitmore, comandante del campamento, se enteró de mis dotes para la libre empresa, sintió curiosidad por mi persona y, de vez en cuando, me llamaba para charlar. Era una de las personas más civilizadas y cultas que he conocido: bajo, delgado, de cara blanca y con un ligero tic en un ojo. Los soldados me dijeron que había visto mucha acción en el Pacífico y que le habían dado aquel destino en Europa como una especie de vacaciones. No bebía ni jugaba al póquer y su mayor distracción era la lectura: parecía saber

de literatura y mitología griega tanto como los padres franciscanos, y le gustaba hablar de los dramas de Esquilo y de Sófocles. Era propietario de varios hoteles en Chicago y sus alrededores, y estaba deseando regresar a su ciudad para ocuparse de ellos; aunque decía que, en el fondo, estaba tan harto de los negocios como del ejército. Yo le contaba mis transacciones con los hoteleros, que parecía encontrar muy divertidas, y él me preguntaba todos los días cuánto dinero había ganado. Cuando se enteró de que yo perdía cientos de dólares al póquer, decidió quedarse con mis beneficios, tenerlos a buen recaudo. Tenía dos hijos, a los que

echaba mucho de menos y, al parecer, le gustaba mi charla. Pero cuando fui a contarle cosas de los soldados del barracón, me atajó: «¡Mucho cuidado! No vayas a convertirte en delator. No quiero saber nada de eso.» Con frecuencia, me llevaba con él en sus inspecciones y yo iba con él el día que visitó un almacén del ejército alemán que había que desalojar. Estaba lleno de camisas de verano que habían sido fabricadas para el ejército de Rommel en África y luego quedaron olvidadas. Según el inventario había allí dos millones de camisas, y le pedí al comandante que me las regalara. Él no creía que yo tuviera muchas

posibilidades de vender dos millones de camisas de verano, pero prometió dármelas e, incluso, facilitarme medio de transporte, si encontraba comprador. Me subí a un jeep que iba a Salzburgo y decidí hacer una visita a la madame de un burdel que conocía. Ella me ofreció mil dólares por toda la partida, pero le hice subir hasta mil ochocientos. Desgraciadamente, después de entregar la mercancía y cobrarla, los soldados que habían conducido los camiones se sentaron a jugar al póquer conmigo, y cuando decidí dejar el juego de una vez y para siempre, había perdido mil cuatrocientos dólares.

Deseoso de aprender, encontré un

maestro de música en Salzburgo que me daba lecciones de piano dos veces a la semana, a razón de media libra de manteca la hora. También estudiaba alemán y trataba de mejorar mi inglés. Ahora, después de abandonar mi vocación de mártir, soñaba con ser un inmortal viviente: empecé a escribir un largo drama en verso sobre la futilidad de la existencia, con la esperanza de que fuera, al mismo tiempo, una obra maestra y un gran éxito. Pero en lo que con más empeño trabajaba era en el estudio del latín. No sé por qué, estaba convencido de que si no sabía latín no podría ser nada en la vida.

Durante todo ese tiempo, yo seguía

siendo un proxeneta virgen. Había unas cuantas putas de aspecto muy agradable, muy simpáticas, que parecían apreciarme, pero no sabía cómo hacerles una proposición por cuenta propia.

Las miraba con ojos suplicantes, esperando que a alguna se le ocurriera hacerme la proposición a mí, pero era inútil. Y aunque deseaba con todas mis fuerzas acostarme con una mujer, hasta el extremo de padecer fuertes calambres, había empezado a reparar en las tristes secuelas de las transacciones puramente mercenarias. Yo observaba que los soldados que se acostaban con la primera que llegaba -a veces, casi sin

mirarla siquiera- después solían estar de mal humor. Y si bien mi querida condesa solía despedirse del joven capitán con expresión gozosa, cuando salía del alojamiento de los otros oficiales tenía un aire muy lúgubre. Fuera lo que fuese el sexo, era evidente que se trataba de un trabajo en equipo, y yo empezaba a sospechar que los desconocidos que copulaban casi mecánicamente rara vez formaban un buen equipo. La mujer que me enseñó esta lección se llamaba Fraülein Mozart. Apareció en nuestro barracón un hermoso domingo de principios de primavera, después del almuerzo, cuando la mayoría de los soldados ya habían salido a pasar la

tarde fuera. En el barracón no había más que tres personas: dos soldados de infantería y yo. Uno de los soldados estaba tumbado mirando revistas y el otro se afeitaba, no sin dificultad, con el espejito colocado en el alféizar de la ventana, al lado de la cama, y cara al sol. Yo estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas, estudiando verbos latinos. De pronto, se abrió violentamente la puerta y nuestro autodenominado gran cómico de Brooklyn gritó alegremente: «¡Aquí está, chicos, Fraülein Mozart!»

Nuestro barracón era largo y estrecho, con veinticuatro camas a cada lado y un pasillo de dos metros y medio.

La mía quedaba hacia un extremo del barracón, y cuando entró la pareja me escurrí hacia el fondo sin ser visto y me senté en el suelo detrás de la última cama, asomando sólo la parte superior de la cabeza y esperando que los otros se olvidaran de mí. Fräulein Mozart era una austríaca rubia y maciza, de carne blanca y aire flemático.

Llevaba la falda floreada del traje típico austríaco y una blusa negra sin mangas. Entró como si en el barracón no hubiera nadie. Los dos soldados, que estaban cerca de la puerta, no la saludaron, ni siquiera parecieron advertir su llegada, a pesar de la espectacular entrada que hizo su

acompañante, un tipo bajo, con las cejas negras e hirsutas y pelo de cepillo, que se contoneaba, daba palmadas y se frotaba las manos repitiendo en tono triunfal: «¿Qué os parece esto, chicos? ¡Fräulein Mozart!» La seguía trazando en el aire semicírculos descriptivos de sus curvas. Pero sus camaradas no le prestaban atención: el soldado que leía Life ni siquiera levantó la mirada, y el otro volvió la mejilla enjabonada solamente un segundo y se encaró otra vez con el espejo, entrecerrando los ojos al sol. – ¡El mejor bocado que se ha visto nunca! – insistía Brooklyn, bajándose la cremallera del pantalón ostentosamente.

Fräulein Mozart avanzaba por el pasillo despacio, vacilando. Pensé que la presencia de los otros y la conducta de su pareja debían de cohibirla. Luego, en un tono que demostraba cuán equivocado estaba, preguntó secamente: -¿Cuál es tu cama?

Brooklyn se la indicó: estaba en el centro del barracón, a unas diez camas de donde yo me encontraba. Con la misma naturalidad que si estuviera sola, Fräulein Mozart empezó a desnudarse y tiró la blusa y el sostén en la cama vecina. Brooklyn dejó de contonearse y de dar palmadas y se quedó mirándola fijamente. Luego, ella se quitó la falda, se soltó el largo cabello rubio que peinó

con los dedos y se quedó plantada en el pasillo, en bragas.

Lo único que yo veía era su espalda ancha y blanca y sus robustas nalgas.

Yo trataba desesperadamente de imaginar lo que debía de estar viendo Brooklyn que, sentado en el borde de la cama, golpeaba suavemente el suelo con el pie. Los otros dos soldados seguían sin hacer caso. Esto era totalmente incomprensible para mí.

—Si a alguno de vosotros os interesa, cobro dos libras, diez dólares o cuatrocientos cigarrillos.

Fräulein Mozart debía de haber visitado el cercano campamento británico y era evidente que no

necesitaba mis servicios de intérprete. Los soldados no se molestaron en contestar. Cuando ella tiró las bragas a la cara de su cliente, el que leía Life levantó la mirada y preguntó: -¿Dónde está el chico?

Escondí la cabeza detrás de la cama, conteniendo la respiración, pero entonces oí decir a Fräulein Mozart, con voz neutra:

-Hay un chico al fondo del barracón.

Y todo el rato había estado de espaldas a mí.

Los hombres aún se reían cuando yo ya había salido. La esperé fuera, dando puntapiés a las piedras y odiando al mundo. Tenía que ser ahora o nunca, ya

estaba harto. Al cabo de veinte minutos, Fräulein Mozart apareció en la puerta. Al acercarme, vi que sólo le llegaba a los pechos, por lo que rápidamente di un paso atrás. Le ofrecí mil cigarrillos. Ella me miró inexpresivamente y pensé que no me había entendido.

–Te daré mil cigarrillos. – ¿Por qué?
– me preguntó algo perpleja.

Decidí hablarle en su lengua natal, para congraciarme.

–Fräulein, ich möchte mit Ihnen schlafen, wenn ich bitten darf. (Señorita, deseo dormir con usted, si me lo permite.) -Claro -respondió ella flemática-. Pero sólo cobro cuatrocientos cigarrillos.

Me gustó que no quisiera aprovecharse de mí, a pesar de que yo le había ofrecido los cinco cartones. Aquello me daba esperanzas de que pudiéramos llegar a un acuerdo. Estuve seguro cuando ella misma propuso el lugar: el bosque que había entre el campamento y el pueblo más próximo.

Evidentemente, Brooklyn se había negado a llevarla a Salzburgo en el jeep y ella tenía que ir al pueblo para tomar el autobús. Volví al barracón a recoger los cigarrillos y una manta, andando despacio, con naturalidad, porque no quería que los soldados me hicieran preguntas. Brooklyn estaba echado en la cama, desnudo, fumando y leyendo

historietas. Tardé unos tres minutos en recoger mis cosas y sudaba de angustia al pensar que, entretanto, otro soldado pudiera habérsela llevado o que ella, simplemente, cambiara de idea y se fuera. Al fin y al cabo, ni siquiera me había sonreído; pero tuve suerte: me esperaba.

Salimos del campamento por una abertura de la cerca de alambre. Una vez restablecidos la paz y el orden, estaba prohibida la entrada de las mujeres en los barracones, de manera que, si bien ahora visitaban el campamento tantas mujeres como siempre, no pasaban por la puerta.

Era uno de los primeros días

despejados y cálidos del año: brillaba el sol, y la tierra, oscura y empapada en el agua del deshielo, olía a primavera. El pueblo de Niederalm estaba a unos dos kilómetros y medio y no tuvimos que andar mucho para llegar al bosque. íbamos por un camino de grava.

Fraülein Mozart llevaba zapatos planos y andaba con paso largo y elástico, por lo que yo tenía que trotar para mantenerme a su lado. Ella no decía palabra, ni me miraba siquiera; era como si fuera sola, aunque, al cabo de un rato, aflojó el paso. Pensé en ponerle la mano en su brazo blanco, pero desistí, ya que hubiera tenido que colgarme materialmente de él. Miré si!

temblaban los pechos al andar, pero llevaba un sujetador muy ceñido y estaban tan inmóviles como su cara. De todos modos, eran grandes y redondos. Yo quería que ella supiera lo mucho que aquello significaba para mí.

–Du bist die erste Frau in meinem Leben. Tú eres la primera mujer en mi vida.

–Ach so -respondió ella.

Después de esta breve conversación, seguimos andando en silencio. La manta empezaba a pesarme y estaba deseando extenderla en el suelo. Yo confiaba en que, una vez echada sobre la suave manta, a mi lado, se mostrara más cariñosa.

Cuando llegamos al bosque -uno de esos bosquecillos que abundan en los alrededores de Salzburgo y que parecen tan bien cuidados como un parque en plena ciudad- me adelanté corriendo hasta un pequeño claro, situado detrás de una peña, extendí la manta y, muy ufano por haber descubierto un lugar tan romántico e íntimo, se lo ofrecí con un ademán exaltado. Ella se sentó en la manta, abrió la falda (que se abrochaba a un lado) y se tendió de espaldas. No estaba cómoda, por lo que se revolvió con un gruñido. Me senté a su lado y traté de ver algo a través de la blusa y del prieto sostén. Luego contemplé su vientre blanco y la sombra que se

transparentaba por la fina seda blanca de las bragas. Le puse la mano en el muslo, frío y firme, palpándolo con admiración, respiré profundamente el olor a pino y a tierra mojada y pensé que, aunque se mostrara tan indiferente, por muchas veces que hubiera estado con un hombre, a la fuerza tenía que percibir mi emoción. Embriagado, hundí la cara en su regazo y debí de quedarme algún tiempo inmóvil, porque le oí decir que me diera prisa. Por fin había expresión en su voz, pero era de impaciencia.

—Mach schnell (Hazlo rápido) Me sentí terriblemente ofendido. Sin una palabra, me levanté y empecé a dar

tirones a la manta. No habría tocado a aquella mujer ni por todos los placeres del paraíso.

–Was willst duf (¿Qué quieres?) - preguntó ella con ligera impaciencia.

Le dije que había cambiado de idea.

–Okay -respondió.

Juntos caminamos hasta el linde del bosque, donde le di los cartones de cigarrillos. Ella se alejó hacia el pueblo y yo regresé al campamento con la manta debajo del brazo.

4. DE LAS NIÑAS

Tu adolescencia, ¿la recuerdas? ¿Volverías a ella? ¿Volverías a ella? No volvería, no volvería.

SÁNDOR WEORES

La lluvia acida está matando los bosques y los lagos, vivimos bajo la amenaza de la guerra nuclear, y la extinción del género humano es una clara posibilidad, pero no todo va de mal en peor. Las jovencitas ya no parecen tener por costumbre el atormentar a los chicos.

Hace ya varios años que presencié algo que me recordó los horrores de mi juventud. El incidente ocurrió en el vestíbulo de un teatro al que yo había ido a ver Hamlet interpretado por un actor de cine que quería demostrar que también sabía actuar en el escenario. Después de la representación, yo avanzaba por el abarrotado vestíbulo, al

lado de una pareja de adolescentes.

El chico tendría unos diecisiete años y su acompañante parecía un poco más joven. Por la forma en que ella lo tomaba del brazo y se apoyaba en él daba la impresión de que «salían». Ella lanzaba risitas atipladas, llamando la atención de la docena de personas que estábamos alrededor, lo cual debía de ser su intención.

—Le he visto los ojos y me he dado cuenta de que me miraba -dijo con un sonoro cuchicheo, poniendo los ojos en blanco y fingiendo que se desmayaba sobre el brazo de su amigo-. ¿No es fabuloso? ¡Me iría con él en cualquier momento!

La pública declaración de que el muchacho en el que con tan indiferente familiaridad se apoyaba no significaba nada para ella, que no era sino un sucedáneo de su verdadero ideal, hizo que se sintiera incómodo. El se puso blanco y luego colorado. Advertí que trataba de escabullirse de la gente que había oído la frase, pero es difícil despegarse de la multitud con una chica más bien gordita colgada del brazo. Estaba atrapado entre nosotros. La muchacha no tenía idea de la incongruencia de su conducta y parecía gozar con nuestras miradas de curiosidad. Tal vez pensaba que estábamos imaginándola colgada del

brazo del apuesto actor.

Probablemente, al chico le habría costado muchas molestias y gastos invitar a su amiguita al teatro, y esperaría, si no necesariamente gratitud, por lo menos un poco de atención por haberla invitado a ver a un actor famoso, en compañía de un elegante público. Ahora, como no podía hacer que se lo tragara la tierra, trató de encajar el comentario con una sonrisa de circunstancias y un leve movimiento de hombros, al tiempo que miraba en derredor como diciendo: «Es tontita pero muy mona, ¿verdad?» Cuando su mirada se cruzó con la mía vi que tenía ojos de perro apaleado. Al verle varado

entre la gente, del brazo de la chica, violento y humillado, tuve que reprimir el impulso de llevármelo a un lado y ofrecerle, de hombre a hombre, mi condolencia y solidaridad.

Mis propias relaciones con las jovencitas fueron rematadamente funestas.

Pero, antes de hablarles de ellas, tengo que hacer un breve resumen de lo que fue mi vida desde que, en el verano de 1946, salí del campamento del ejército de Estados Unidos en Austria.

El coronel Whitmore, comandante del campamento, quería adoptarme y llevarme a Chicago, junto a sus hijos, pero decliné su amable oferta. Él me

escuchó tristemente cuando le dije que estaba seguro de que mi drama en verso me daría por lo menos un millón y pronto sería yo más rico en Budapest que él en América, con todos sus hoteles. Mandó coser los siete mil quinientos dólares que me guardaba al forro de mi chaquetón y me hizo prometerle que no presumiría de ellos ante los rusos cuando saliera de la zona de ocupación occidental.

Regresé a Hungría en un tren de la Cruz Roja y me reuní con mi madre en Budapest, adonde ella se había mudado para conseguir mejor empleo. Con ayuda del dinero americano que yo llevaba, alquiló y amuebló un piso en una

majestuosa casa antigua situada en lo alto de Rosehill, en Buda. Puesto que no teníamos amigos ni parientes en la capital, al principio llevábamos una vida más bien solitaria. Mientras mi madre estaba en la oficina yo iba a la escuela, y por la noche solíamos salir a cenar y al cine o al teatro. Aunque ella administraba nuestro dinero, me dejaba pagar a mí. Por aquel entonces yo era ya muy alto y aparentaba más edad, y me llenaba de satisfacción ser visto en compañía de una mujer tan impresionante como mi madre. A los cuarenta años, todavía era muy hermosa y debía de tener su propia vida -como yo tenía mis sueños y tribulaciones-,

pero manteníamos una clase de amistad que tal vez sólo sea posible entre una viuda y su hijo. Ella me prohibió terminantemente que diera a leer a nadie mi drama en verso, diciendo que todavía no necesitábamos el dinero. Sin embargo, leía con interés todo lo que yo escribía, y con frecuencia estimulaba mi confianza en mí mismo consultándome sobre qué libros podía leer. Pero yo no era ni lo bastante joven ni lo bastante mayor para que ella me confiara lo que sentía, ni a mí me parecía que podía hablar con ella de mis acuciantes problemas relacionados con las mujeres.

A este respecto, la vuelta a la vida tranquila del estudiante fue un trauma tan

violento como lo fuera dos años antes su abandono. Ahora ya no había señoras simpáticas a las que tocar casualmente como sin querer cuando venían a visitar a mi madre, ni prostitutas a las que tomar en consideración.

Tenía que conformarme con las niñas.

Desde luego, procuraba no desperdiciar las ocasiones. El caso más doloroso y desconcertante que recuerdo fue el ocurrido en un baile del colegio: la clase de fiesta a la que yo habría asistido en Chicago, si el coronel Whitmore me hubiera adoptado. En Hungría, los chicos y las chicas íbamos a colegios diferentes, pero

celebrábamos las fiestas juntos, en el gimnasio. La única diferencia visible, y bastante impresionante, era que nuestras reuniones no eran organizadas por la Asociación de Padres y Maestros sino por las Juventudes Comunistas, por lo que nuestro moderno gimnasio estaba adornado para el baile no sólo con papel crepé y globitos sino con enormes retratos de Marx, Lenin y Stalin, que parecían contemplarnos torvamente desde lo alto de las cuerdas de trepar. Por extraño que parezca, bailábamos con música americana, casi los mismos discos que los soldados tocaban en el campamento. Los elegía el instructor de Educación Física, que estaba sentado en

un rincón con el tocadiscos de la escuela, decidido a no enterarse de nuestras pequeñas indecencias.

Aquel viernes por la tarde, yo bailaba con una morena delgadita llamada Bernice. La saqué a bailar porque sus miraditas furtivas me habían dado a entender que entre nosotros podía ocurrir algo. Por lo demás, era poco atractiva. Tenía una cara muy delgada y desnutrida y un cuerpo en el que no había más que huesos. Sólo sentía sus minúsculos pechitos cuando me arribaba lo suficiente como para que se me clavaran en la carne los duros botones de la blusa. Mientras nos movíamos al compás de la música, le di

un beso en el cuello, debajo de la oreja, y ella se rió muy excitada. Le pedí que saliéramos la tarde siguiente, y quedamos en ir a comer unos pasteles al Stefania Cukrászda. Seguimos bailando y yo eché atrás la cabeza al tiempo que adelantaba el vientre oprimiéndolo contra el suyo. Bernice dejó de reír y respondió a mi presión moviendo el cuerpo de un lado a otro. Al poco rato, ocurrió lo inevitable: tuve una erección. Al principio, ella se puso colorada e hizo una mueca. Luego, se apartó un poco. Pero, como lo seguía notando, incluso dejando cierta distancia entre los dos, me dio un empujón, se echó a reír históricamente y se fue corriendo

dejándome plantado en medio del gimnasio.

La encontré sentada en el potro, que estaba arrimado a la pared, charlando con unas amigas entre risitas. Cuando me acerqué, una de las chicas gritaba horrorizada: «¡Oh, no, no!», tapándose la boca con las manos. Al verme, todas lanzaron gritos y risas, como si se hubieran vuelto locas. Invité a Bernice a volver a la pista, pero ella se negó. Sofocado y confuso, me volví en actitud de desafío hacia una de las otras muchachas. Ella me rechazó con desdén: «¡Yo nunca bailaré contigo!»

Una de las desgracias de ser muy joven es no saber cuándo tiene uno que

darse por vencido. Invité a bailar una a una a todas las muchachas que estaban sentadas en el potro y de cada una de ellas recibí una rotunda negativa. Una se bajó del potro y se fue por toda la pista esparciendo la noticia de mi erección. Mientras cambiaban el disco, me dirigí hacia unas chicas que acababan de dejar a su pareja, pero ellas, al verme, se echaron a reír, muy coloradas. No lograba comprender qué podía tener de ridículo o de terrible que me gustara la tonta de Bernice. Era perfectamente normal, me repetía a mí mismo, y, sin embargo, me sentía como un degenerado. Me escurrí fuera del gimnasio y me fui a casa muy abatido.

He aquí otro episodio que no puedo recordar sin sentir la amargura de la humillación: partiendo de la estúpida y peligrosísima idea de que las feas tienen que ser más modestas y más amables que las guapas, un día invité al cine a una chica fea de verdad. A la hora señalada, la esperaba en la puerta del cine, muy bien vestido y con el pelo recién cortado. Ella apareció quince minutos tarde y en compañía de dos amigas. Al verme, las tres empezaron a reír por lo bajo y pasaron por delante de mí sin detenerse ni devolverme el saludo siquiera. En realidad, tampoco habrían podido hablar aunque hubieran querido, porque las ahogaba la risa y

doblaban el cuerpo como si fueran a partirse por la mitad. Mientras las seguía con la mirada, completamente anonadado y muerto de vergüenza, oí decir a la fea:

«¿Estáis viendo cómo sí tenía una cita?»

Entré en el cine solo y estuve llorando en la oscuridad. ¿Por qué se habían reído? ¿Era repulsivo? ¿Dónde estaba la gracia?

Hubo ocasiones más afortunadas, desde luego, en las que la chica acudía a la cita e, incluso, nos acariciábamos. Era como estar en un avión corriendo de un lado al otro de la pista, pero sin llegar a despegar. Empezaba a sentirme

feo, patoso e indefenso. ¿Y cómo vas a sentirte después de que una chica te meta toda la lengua en la boca y luego la retire definitivamente, como si con un bocado tuyo tuviera más que suficiente? Mis condiscípulos debían de tener experiencias tan desagradables como las mías, porque todos parecíamos tenerles antipatía a las chicas, a pesar de que no sabíamos hablar de otra cosa. Y no se necesitaba mucho para convertir nuestra obsesión en hostilidad.

Cierta mañana en que llegué tarde a la escuela, encontré la clase muy alborotada. El profesor brillaba por su ausencia y uno de los chicos estaba escribiendo en la pizarra, con tiza roja.

En letras de medio metro de alto por más de un palmo de ancho, cubría la negra superficie con la palabra más obscena del idioma húngaro, sinónimo de vagina. Los demás chicos, sentados cada uno en su pupitre, medio en broma y titubeando al principio, trataban de pronunciar al unísono la palabra en rojo. ¡Pina! ¡Pina! Y, por si eso fuera poco, empezaron a golpear rítmicamente el suelo con los pies, al tiempo que aporreaban la mesa con el puño. Estaban colorados, de la excitación y el esfuerzo físico, y muy pronto vociferaban la palabra furiosamente pero con un exquisito sentido del ritmo. El pataleo levantaba polvo del suelo, dando el

tempestuoso toque final a esta súbita erupción. ¡Pina! ¡Pi-na! Los chicos estaban desquitándose de observaciones tales como:

«Pero, oye, ¿tú qué te has creído?», «¡Eso sí que no!» y «¿Qué más quieres?». Estaba clarísimo lo que querían decir y lo que pretendían con el pataleo y los gritos de la palabra prohibida. Mejor dicho, lo que todos nosotros pretendíamos. Porque a mí me faltó tiempo para sentarme en el banco y unirme al coro. Las tablas del suelo empezaban a soltarse y las paredes a temblar, y en todo el edificio resonaba nuestro grito de guerra: ¡Pina! ¡Pi-na! Una de las ventanas que vibraban se

abrió de pronto y la palabra roja saltó a la calle. En aquel tranquilo sector de la vieja Buda, de edificios bajos y poquísimos tráfico a aquella hora, nuestras voces debían de llegar muy lejos, haciendo detenerse a las ancianas, a las amas de casa y a los carteros en su ronda. La grata idea de que el mundo exterior nos oyera con consternación y asombro, nos estimulaba a redoblar nuestros esfuerzos.

Cuando se abrió la ventana, gritamos más fuerte. Sin embargo, el volumen no restaba claridad a la pronunciación. Aquello no era un rugido indistinto y confuso sino que la Palabra se articulaba con toda nitidez y estaba

destinada a derribar la escuela y la ciudad y causar ataques al corazón a amigos y enemigos por igual. Nuestra clase estaba en el segundo piso y yo pensaba que, de un momento a otro, se vendría abajo y todos caeríamos encima de los de Octavo. Pero yo seguía pateando y dando puñetazos a la mesa con tanta fuerza que estuvo doliéndome la mano durante varios días.

Por fin, acudió el director. Al vernos, se paró bruscamente, petrificado por el horror. Empezó a gritarnos, porque se le veía mover los labios, pero no se le oía. ¡Pina! le ahogaba la voz. Hasta que en la puerta aparecieron dos policías no consiguió hacernos callar.

Después de un silencio breve y tenso durante el cual el polvo volvió a posarse en el suelo y en nuestras gargantas, el director preguntó con voz débil: «¿Es que todos os habéis vuelto locos?»

Los dos policías, plantados en la puerta, escucharon el pequeño discurso del director moviendo la cabeza en señal de aprobación con fingido estupor.

El director era un hombre delgado, rubio, un poco calvo, al que llamábamos El Maricón, aunque sabíamos que estaba casado, era padre de cinco hijos y, además, tenía un lío con la secretaria. Era un pedagogo progresista, por lo que trató de explicarnos que nuestra

conducta era infantil. No nos habló de pecados ni obscenidades sino que nos hizo ver las consecuencias sociales de la rudeza y la falta de consideración hacia los demás, y la necesidad de guiarnos por la razón. Sin embargo, su propio estado era tan irracional que se acercó a la ventana y la cerró, como impulsado por la ridícula pretensión de mantener la palabra dentro de la clase, tanto rato después de que saliera volando. En realidad, estaba tan confuso que no acertó a parafrasear sino que pronunció la palabra él mismo. Esto provocó apenas un leve murmullo.

Nos sentíamos cansados y satisfechos de nosotros mismos,

contentos de haber expresado nuestra protesta.

Después nos enteramos de que nuestro profesor de matemáticas, cuya ausencia fue delatada al director de manera tan estentórea, fue multado con una semana de sueldo. Pero, ¿por qué tenía el director que castigar al profesor de matemáticas? Hubiera debido castigar a las niñas de las risitas, aquella plaga, pensaba yo, aquellos tímidos angelitos que con tanta facilidad se escandalizan.

Mi madre no compartía mi opinión sobre las jovencitas. Cuando yo le confiaba mis sinsabores menos escabrosos -como el de la niña que se

presentó a la cita con otras dos y pasó sin pararse ni decirme adiós- me decía que no me preocupara. «Estas cosas pasarán. Forman parte del crecimiento», me repetía. Pero yo no quería esperar a que mis problemas pasaran, quería eliminarlos inmediatamente.

Por aquel entonces, se estrenó en Budapest *El demonio y la carne*, la película de Claude Autant-Lara que yo vi por lo menos doce veces. Trataba de los amores entre un muchacho y una mujer mayor, exquisita y apasionada, y, al ver cómo Micheline Presle seducía a Gérard Philipe, decidí que mi problema era que yo salía con chicas excesivamente jóvenes. En cada caso,

tanto la chica como yo teníamos que soportar la tensión de nuestra común ignorancia. Nuestro profesor de inglés nos dijo que Romeo y Julieta trataba de la fuerza del amor de la juventud que vence a la muerte.

Cuando leí la obra, descubrí que trata de la fuerza de la ignorancia de la juventud que vence al amor y a la vida. Porque, ¿quién sino dos chavales idiotas habían de matarse en el preciso instante en que, por fin, van a poder reunirse después de tantas penalidades e intrigas?

Todavía pienso que, en la medida de lo posible, chicos y chicas deberían desentenderse unos de otras. Hoy las

chicas son más complacientes -sería mejor para ellas que no lo fueran tanto- y son ellas las que sufren, más que los chicos. Pero, para ambos, la adolescencia puede ser un infierno.

Entonces, ¿por qué compartirla?

Tratar de hacer el amor con alguien que es tan torpe como uno mismo me parece tan insensato como meterse en aguas profundas con otro que tampoco sepa nadar. Aunque no te ahogues, te llevas un buen susto. ¿Por qué sufrir? Cada vez que veo a un hombre acercarse a una mujer titubeando, apocado, con aire de disculpa, como si esperase que ella arrostrara su pasión en lugar de compartirla, me pregunto cuántos

desaires habrá sufrido de las jovencitas. ¿Y por qué son tantos los hombres que parecen ver en la mujer a la enemiga? Cuando oigo reír a los hombres criticando a las mujeres, me siento como si estuviera otra vez en medio de aquel clamor estudiantil con el que tratamos de derribar las murallas de Buda gritando la mayor obscenidad que conocíamos. Pero aquel tumulto nada tenía que ver con defectos concretos de las mujeres: estaba motivado por el estupor y los aspavientos de las niñas ante el extraño espectáculo de un muchacho con la bandera desplegada.

Yo conocía, sí, a una niña que no se escandalizaba fácilmente. Los dos

teníamos quince años, pero Julika era más alta y más madura que yo.

«András, no saques conclusiones precipitadas sobre las personas -me advertía-. Tienes demasiada prisa para todo.» Era una morena con trenzas, noble y sensata. Nos conocimos en otoño y recuerdo haber ido a visitarla a su casa una alegre tarde de invierno en que los copos de nieve parecían bailar en el aire risueño, en lugar de caer. Debía de ser poco después de Navidad porque en la sala todavía estaba el árbol adornado.

Sus padres habían salido y Julika me sirvió té y pastel de nuez y me enseñó los regalos, entre los que había un

camisón de seda que le había regalado su madre. Después de arrullarnos apasionadamente en el sofá, la convencí para que se lo pusiera. Me quedé esperando en la sala, mientras ella se cambiaba. Tardó mucho. Por fin apareció con su camisón de seda rosa. La tela era transparente, pero le cubría el cuerpo desde el cuello hasta los pies, lo cual debía de darle cierto aplomo. Ella se movía con toda compostura y daba vueltas para que yo pudiera admirar el vuelo de la falda. Por fin podía ver sus piernas largas, largas y finas hasta arriba. Al principio, sus gruesas trenzas oscuras le caían sobre el pecho, pero ella se las echó a la espalda

y entonces distinguí sus bonitos pechos en forma de pera, redondeados por abajo, con los oscuros pezones recortándose bajo la seda. Julika tenía una boca grande y fresca y una nariz muy graciosa que movía de un lado a otro, para indicar que podía darle un beso. Empezamos a acariciarnos otra vez y pronto nos encontramos en el dormitorio de sus padres, encima de la cama de matrimonio. Le quité el camisón de seda y lo tiré al suelo. Julika tenía tantas ganas como yo, pero se sentía quizá un poco más intranquila y atemorizada. Estaba tendida encima de la colcha, con sus largas y frescas piernas invitadoramente abiertas. Pero no se

movía. Parpadeaba con nerviosismo y sonreía heroicamente, y luego empezó a temblar.

–Julika, tienes miedo de mí -dije, perplejo y nervioso a mi vez, buscando, quizás, una salida airosa-. Si no quieres, lo dejamos. No deseo violarte.

–Oh, no, no seas tonto. Son los nervios -respondió.

Cuando sus dedos tropezaron casualmente con mi pene, se puso las manos debajo de sus pequeñas posaderas, volvió la cara y, en un susurro casi inaudible, dijo:

–No te preocupes por mí. Anda, adelante.

Yo trataba de entrar, pero no podía.

Empezamos a besarnos otra vez, pero con ciertas reservas, a intervalos, no como nos besábamos en la sala o en las calles por la noche. Yo probaba y probaba, pero sin resultado, porque ni yo sabía cómo se abre una mujer ni ella me ayudaba más que con su buena voluntad. Fallaba una y otra vez, y lo peor fue que, al cabo de un rato, Julika se serenó por completo. Me miraba con los ojos más abiertos de lo normal, pero ya no estaba temerosa ni temblaba. Estaba tumbada sobre la colcha verde, quieta, relajada, incluso un poco aburrída, me parecía. Al cabo de una media hora, empecé a sudar, del esfuerzo y de la vergüenza.

–Hace frío -dijo Julika sentándose-.

Vale más que me ponga el camisón.

–Yo quería disculparme, pero ella me atajó con un beso de hermana-.

Seguro que tú también tenías frío. Volveremos a probar en primavera.

Nos quedamos un rato en la cama, acariciándonos el brazo y ella se levantó por fin y fue a su cuarto a vestirse, después de pedirme que arreglara la cama. Al salir hizo una pirueta en la puerta.

–El camisón es una preciosidad, ¿verdad?

Asentí agradecido. Me producía alivio que no se hubiera enfadado conmigo.

Pero ¿cómo se sentiría ella? Quedamos en que la llamaría al día siguiente, pero no la llamé, ni al otro, ni nunca. Me daba vergüenza ponerme delante de ella.

Lo cual quiere decir que las jovencitas deberían enseñar el camisón a los hombres maduros.

5. DEL VALOR Y DE LOS CONSEJOS

Mi maestro me guía desde dentro.

ATTILA JÓZSEF

Yo estaba que casi me volvía loco si, en el autobús, una mujer se apretaba contra mí. Me entregué al estudio y

adquirí el aire formal de esos estudiantes aplicados cuyo pensamiento se concentra en las Cosas Importantes y el estupro. Tenía un amigo, un genio de la música diminuto y con gafas que también tenía quince años, pero que ya estaba en el último curso de director de orquesta del conservatorio. Hace unas semanas leí en el periódico que había dado un concierto en Milán con gran éxito. Por aquel entonces, solíamos masturbarnos juntos, sin gran alegría. Nunca olvidaré la noche en que, en mi habitación, interrumpió la dirección y soltó la batuta con un grito de desesperación: «¡Mierda, para esto se necesita a una mujer!»

Y, mientras tanto, yo ya conocía a la mujer que iba a ser mi primera amante; en realidad, la conocía desde mi regreso de Austria. En nuestro espacioso y barroco inmueble, dos pisos más arriba, vivía un matrimonio de mediana edad apellidado Horvath. Poco tiempo después de que mi madre y yo nos mudáramos, coincidí con ellos en el ascensor. Los dos aplaudían mi interés por la literatura y se ofrecieron a prestarme libros; pero, puesto que el señor Horvath casi nunca estaba en casa, solía ser Maya, su esposa, quien me los prestaba. Ella era economista, pero no trabajaba, solía estar en casa por la tarde. Nunca me invitó a sentarme, pero,

cuando yo decidía lo que necesitaba, ella me daba los libros con alguna que otra observación amistosa. Yo estaba vivamente impresionado por la naturalidad con que ella hablaba de los siglos como si fueran personas.

—Este siglo es malo -me dijo una vez-. No deberías leer a los novelistas de hoy. Son simples inventores. Stendhal, Balzac, Tolstoi..., éstos pueden decirte mucho acerca de lo que la gente piensa y siente sobre las cosas.

Gracias a ella, me convertí en un entusiasta de los novelistas franceses y rusos del siglo xix y ellos me enseñaron mucho acerca de las mujeres que conocería en mi vida. Una cosa que

aprendí de ellos es que muchas mujeres se sienten atraídas por la torpeza y la inexperiencia del joven. Por ello, finalmente, me atreví a confesar mi ignorancia a la señora Horvath.

Decidí pedirle consejo acerca de la manera de agradar a las chicas.

Un sábado por la mañana, coincidimos en el zaguán de la escalera de nuestro inmueble, decorado con profusión de frisos, columnas y arcos. El sol entraba por la alta puerta de hierro forjado, iluminando el polvo de las esculturas y del aire.

Ella recogía unas cartas del buzón. — ¡Cómo creces, Andrés! — dijo al verme. Pronto serás más alto que yo.

Me pidió que me pusiera a su lado. Efectivamente, éramos de la misma estatura. Me llamó la atención que la señora Horvath fuera más baja que la mayoría de las adolescentes con las que yo salía. Esto me hizo fijarme en ella. Pero no la vi muy bien, porque yo experimentaba uno de mis accesos de vahídos y calambres en el estómago que me aquejaban cada vez que se me acercaba una mujer, aunque fuera fea y desconocida y estuviéramos en el autobús. Recuerdo haberme fijado en su muñeca fina y delicada y en el color de su vestido, que era amarillo. Aún puedo ver a Maya con claridad, como estaba siempre: era una mujer menuda, morena,

de poco más de cuarenta años, con una figura muy bonita. Era delgada, de huesos pequeños, pero tenía unos pechos muy grandes y las caderas redondeadas, enormes para su cuerpo pero en grata armonía con él. Su figura encarnaba el dualismo occidental: con su cara suave, sus labios finos y sus hombros delgados parecía una criatura delicada y etérea (tal vez por ello tardé tanto en fijarme en ella) pero sus rotundos pechos y caderas expresaban una voluptuosidad muy terrenal.

Cuando ella iba hacia el ascensor - aquel vetusto y romántico ascensor de madera tallada y cristal, donde más adelante nos morderíamos-, observó con

aire preocupado:

–Estás creciendo mucho. Cuidado con la tuberculosis.

Yo iba a una cita de media tarde, una cita infructuosa, lo sabía de antemano, y la seguí con la mirada hasta que se cerraron las puertas del ascensor y por primera vez traté de imaginarla desnuda. Empecé a preguntarme si estaría enamorada de su marido. No tenían hijos, llevaban más de diez años casados y ¿no sabía yo por las novelas lo que diez años de matrimonio pueden hacer con las personas?

Después de cenar, subí a devolverle los libros, que no había acabado de leer. Aunque era sábado por la noche, estaba

sola.

–Estoy tomando un espresso, ¿quieres? – me preguntó-. Esta tarde caí en la cuenta de que hemos sido poco corteses al no invitarte nunca a sentarte. – ¡No tiene importancia! – protesté yo muy contento.

También aquella fue la primera vez que ella hizo alusión a la ausencia de su marido:

–Béla tuvo que volver al despacho. Le hacen trabajar demasiado.

Me llevó al salón. Siempre me había gustado aquella habitación: dos de las paredes estaban cubiertas de libros hasta el techo. Había lámparas con pantallas, silloncitos dorados y muchas

mesas.

La habitación estaba amueblada al estilo moderno, pero con el toque discreto y elegante de colores suaves y piezas de anticuario. Nos sentamos a tomar café en aquellos pequeños silloncitos, cada uno a un extremo de una mesita larga y baja, y ella me preguntó cómo iban mis estudios. Le dije que los estudios bien, pero que la chica con la que salía estaba volviéndome loco con sus risitas nerviosas. Sin esperar respuesta, la observé con disimulo mientras me servía el café: los dos últimos botones de su bata de terciopelo amarillo estaban desabrochados, pero el busto

seguía cubierto.

–Quizá tengas tú la culpa de esas risitas nerviosas -dijo-. Cuando era jovencita, yo también me reía mucho.

–Es usted muy inteligente para eso -protesté-. No podía estar riendo continuamente.

–Supongo que no. Por lo menos, no mientras me besaban.

Quizá, de no haber estado leyendo Anna Karenina, no me habría impresionado que ella se refiriera a una cosa tan personal como el beso al hablar con un vecino que había entrado a devolver unos libros. Pero, en aquel momento, creí que esta pequeña confianza debía de tener cierta

trascendencia y empecé a abrigar esperanzas.

—Las chicas que yo conozco se ríen hasta cuando besan -mentí, para hacerle comprender que, por lo menos, hasta ahí había llegado con las mujeres.

De todos modos, Maya parecía interesada en el fenómeno de un modo puramente general:

—Supongo que debe ser peor ser chico que chica -concedió-. Es el chico el que tiene que ponerse en evidencia.

—Eso es lo malo de mí. No me gusta hacer el ridículo.

Me miró de un modo especial, distante pero amistoso. No era la mirada de una madre sino más bien la de una

asistenta social inteligente y comprensiva.

Respiré hondo y me lancé.

—No consigo convencerla para que haga el amor conmigo. — Pretendía dar naturalidad a la frase, pero se me quebró la voz a la mitad.

—Eso les ocurre también a muchos hombres maduros. Por lo tanto, no te aflijas. — Parecía divertida.

—Es que yo nunca he tenido amante. Por eso para mí es mucho peor -repuse con osadía-. Y es que creo que no conozco lo suficiente a las mujeres. No sé lo que hay que decir ni cuál es el momento propicio. Quizá usted pueda ayudarme. Usted, que es mujer, tiene que

saberlo.

–Deberías hablar con mi marido. Él podría aconsejarte.

Supuse que su marido tenía una amante y que ella lo sabía. – ¿Cómo? ¿Es que tiene una amiga?

Me miró menos divertida, pero con más interés (o así me pareció), y me sonrió pensativa. De aquella conversación recuerdo vividamente su cara: me asombró su expresividad. Una de las cosas que más me irritaban de mis amigas adolescentes era la inexpresividad de su cara. En cuanto se ponían nerviosas, la cara se les convertía en una especie de máscara tersa, sin un pliegue, ni una arruguita

que, al fruncirse hacia un lado u otro, me diera un indicio de lo que pensaban. Pero la cara de Maya, por el contrario, con las finas marcas de sus cuarenta y tantos años, reflejaba todos sus pensamientos y emociones. Y si bien la ironía no era la expresión que yo deseaba observar, por lo menos me ayudaba a mantener el equilibrio en el borde del pequeño silloncito.

—A ver, qué podría decirte de las chicas que te sirviera de ayuda... -dijo, pensativa.

—Dígame sólo lo que piensa. ¿Por qué una chica no ha de querer acostarse conmigo?

—Supongo que porque te pones muy

nervioso.

Guardé silencio, escuchando los latidos de mi corazón, que sonaban como campanadas.

—Pero no me parece que vayas a tener muchos problemas. Tú eres guapo.

Esta halagüeña observación me dio fuerzas para levantarme. Me acerqué a su extremo de la mesita, para servirme más café, y me quedé sentado a sus pies. Ella me miraba ahora con curiosidad, una curiosidad plácida, pero también con una luz cálida en los ojos. Me pareció que esperaba que yo hiciera algo. Deseaba tocarle la pierna, pero el brazo no me obedecía. Era como si los músculos hubieran perdido contacto con

el sistema nervioso, como si mis extremidades formaran parte de la ropa y no del cuerpo. Para vencer aquel miedo estúpido me puse a pensar en toda la sangre y todos los muertos que había visto camino de Salzburgo, traté de pensar en Hiroshima y en la tercera guerra mundial, de convencerme de que, comparadas con las catástrofes mundiales, mis tribulaciones eran una insignificancia. En el peor de los casos, ella me diría: «No me toques», o algo por el estilo. Sería un pequeño incidente. Pero lo único que pude hacer fue rozarle el tobillo, como por casualidad, antes de levantarme rápidamente.

Le pedí otros dos libros y me fui a casa. «Mañana será otro día -me dije-.

Está claro que le gusto, o me habría echado.»

Me acosté exhausto y abatido.

Al día siguiente, tenía una cita con Agi, la chica con la que nos achuchábamos furtivamente por aquel entonces. La llevé al cine y le dije que me había enamorado de otra, por lo que no podríamos seguir viéndonos. Le di la noticia durante la proyección de la película, con la esperanza de que no hiciera comentarios, para no molestar a los vecinos de localidad y, efectivamente, no protestó. Al poco rato, hasta se reía con los chistes de la

película. Aquello me hizo comprender lo poco que yo debía importarle.

Ahora me daba vergüenza pensar en la manera en que la asediaba, pidiendo lo que a ella no le apetecía dar. Pero, al salir, en el mismo vestíbulo, le entró la risita nerviosa.

—Creí que me querías a mí.

—Sí, pero tú dices que quieres mantenerte virgen.

—Dije que quería mantenerme virgen hasta que cumpliera los diecisiete años.

— ¡Es mentira! — protesté—. ¡Nunca me dijiste tal cosa! — ¿No?

Estábamos junto a las fotografías del próximo estreno. Agi me rodeó la cintura con el brazo -era la primera vez;

siempre solía ser a la inversa- y empezó a hablar con voz aterciopelada y sensual.

—Sólo hasta los diecisiete años. Y mi cumpleaños es dentro de un mes.

Entonces observé, como he observado después en otras muchas ocasiones, que cuando estás dispuesto a romper con una chica, de repente, ella se pone melosa, aunque no le importes en absoluto. — ¿Quieres decir que dentro de un mes vas a hacer el amor conmigo? — pregunté en tono beligerante.

—Bueno, no he dicho eso. Estas cosas no se planean a plazo fijo, ¿verdad?

—Ya estaba otra vez ahogando la

risita aquella gordinflona de cara colorada.

—Entonces, ¿qué cuento es ese del cumpleaños? ¿Se puede saber qué consigues con este juegucito estúpido?

La dejé en el vestíbulo del cine, y aunque mi casa estaba en el centro, a casi cinco kilómetros de allí, me sentía tan eufórico que regresé andando. No hay nada como mandar a paseo a una chica que ha estado dándote una de cal y otra de arena, para tenerte al retortero, sonriendo como un imbécil, atraído y desdichado. Nada como la estupenda sensación de cortar el cordón de tus frustraciones, de marcharte para siempre, libre e independiente. Tal vez

parezca extraño, pero el terminar con aquella muchacha de cuerpo rollizo y cabeza hueca fue uno de los actos más intensamente gratificantes de mi vida. Me sentía liberado, fuerte, invencible.

Probablemente porque esperaba conseguir a una mujer hermosa, seria e inteligente -a pesar de que en realidad, por aquel entonces, esto no era más que un sueño-, me parecía que me desligaba no ya de Agi sino de todas aquellas tontadas insípidas e inútiles que hasta entonces pensé que me eran imprescindibles. Aquel domingo por la tarde, mientras iba hacia mi casa -volvía a ser primavera y yo iba a cumplir diecisiete años-, me sentía dueño de mi

destino.

Dos días después, cuando fui a devolver los libros, el señor Horvath se hallaba en casa: marido y mujer estaban en la sala, leyendo y escuchando música. Cambié los libros, di las gracias y me marché maldiciendo mi mala suerte. Lo que yo esperaba, fuera lo que fuese, por lo visto estaba sólo en mi imaginación.

No obstante, seguí subiendo a pedir libros más y más a menudo: en realidad, iba prácticamente un día sí y otro no. Por aquel entonces, yo no creía en Dios, pero a cada visita rezaba desesperadamente para que el marido no estuviera en casa. Al parecer, mis oraciones fueron escuchadas, porque,

durante las dos semanas siguientes, encontré a Maya sola en todas las ocasiones menos una. Me gustaba más con falda y blusa que con la bata amarilla; las dos piezas ponían de relieve su figura frágil y rotunda a la vez. A mí me parecía la mujer más sensual del mundo. Siempre estaba amable pero distante, y aquella actitud (que después observaría en muchas mujeres educadas) hacía que me debatiera en un mar tempestuoso de ilusiones y zozobras. Me dedicaba una sonrisa cálida pero irónica -después me confesó que se sentía intrigada acerca de cuánto tardaría yo en hacerle proposiciones- que en modo alguno

contribuía a despejar mis dudas sobre sus sentimientos. Pero el brillo de su mirada era mi faro. Aunque la luz nunca parecía acercarse, me mantenía rondando frente a las costas de su cuerpo. Cuando le veía el brazo o el escote por el cuello desabrochado de una blusa (tenía la piel dorada, con un bronceado natural), yo me decía:

«Ahora me acercaré y le daré un beso en el hombro». Pero, por desgracia, toda mi osadía se reducía a seguir pidiéndole consejos sobre la manera de seducir a mi amiguita; porque yo fingía que seguía saliendo con la niña gorda. Claro que, comparadas con Maya, todas parecían niñas. Me daba la

sensación de que su voz suave y musical me acariciaba como unos dedos cálidos, incluso cuando decía cosas que me violentaban.

—No es necesario que finjas que lees los libros tan de prisa -me dijo una tarde-. Siempre que desees charlar un rato, puedes subir.

Por fin se me ocurrió una frase inteligente para abordarla. Le diría que ya no me interesaban las beldades adolescentes y agregaría: «Diga qué puedo hacer para conseguir que usted me quiera». Se lo diría sin mirarla y, si las cosas se ponían feas, me volvería hacia la ventana. Por lo menos, al ver su reacción, sabría a qué atenerme. Yo

estaba leyendo Rojo y negro por segunda vez y estaba seguro de que ni el mismo Julien Sorel hubiera podido hallar una forma de acercarse más eficaz. Cuando subía a su piso andando en lugar de tomar el ascensor, solía pararme en el descansillo, mirarme en el espejo empotrado en la pared y decir en voz alta: «Diga qué tengo que hacer para conseguir que usted me quiera». También ensayaba una sonrisa de burla de mí mismo, que me parecía muy adecuada. No dudaba del éxito y, sin embargo, por más que ensayaba, no me decidía a pronunciar la frase.

En cuanto ella abría la puerta y me sonreía, todo mi aplomo se evaporaba.

Al cabo de dos semanas de este triste alarde de cobardía y debilidad, por el que me despreciaba a mí mismo, decidí subir a verla al regresar de la escuela, a media tarde, a una hora en la que el señor Horvath forzosamente tenía que estar ausente. Subía la escalera firmemente decidido a declararme, pero me paraba a cada peldaño, para retrasar el momento trascendental. Ya me veía a mí mismo bajar otra vez, furioso y mortificado por no haber tenido el valor de decir ni una palabra. «Y este ridículo asunto seguirá y seguirá, hasta que ella se canse de mí. Y entonces ni siquiera podré subir a verla.» Cuando me miré al espejo, vi que estaba temblando y

comprendí que tampoco aquel día me atrevería a decir mi frase. Di media vuelta y regresé a casa.

Hay un pasaje en Rojo y negro que yo tenía muy presente por aquel entonces. Trata del temor del joven Julien Sorel de acercarse a madame de Renal, que lo ha contratado en calidad de preceptor de sus hijos. Julien decide averiguar lo que madame de Renal piensa de él tomándole la mano cuando están sentados en el jardín, después de anochecer, cuando nadie podía verles. Cuando volvía a casa aquella tarde (mi madre todavía estaba en la oficina), cogí el libro y releí el fragmento.

Acababan de dar las diez menos

cuarto en el reloj del castillo y él aún no había decidido a actuar. Furioso por su cobardía, Julien se dijo: «Cuando den las diez, haré lo que durante todo el día me he propuesto hacer esta noche o subiré a mi habitación y me volaré los sesos».

Después de un último momento de tensión y ansiedad, durante el cual Julien se sintió casi fuera de sí, el reloj, desde lo alto, dio las diez. Sintió que cada fatídica campanada resonaba en su pecho con la fuerza de un golpe físico.

Finalmente, cuando aún no se habían extinguido las vibraciones de la última campanada, él tomó la mano de madame de Renal, que fue retirada

instantáneamente. Julien, sin saber muy bien lo que hacía, volvió a asirla.

Aunque él mismo temblaba de emoción, le impresionó sentirla tan fría. La apretó convulsamente. Ella hizo una última tentativa de retirarla pero luego la abandonó en la de él.

Después de leer estos párrafos una y otra vez, tiré el libro sobre la cama, salí de casa dando un portazo y tomé el ascensor. «Si esta vez me falta el valor, me tiro al Danubio», me dije. Decidí que esperaría hasta la noche para suicidarme, no fuera a verme algún transeúnte y me pescaran. Cuando toqué el timbre de los Horvath, yo no sabía si me atrevería a hacerle la pregunta a

Maya, pero estaba seguro de que, si no lo hacía, aquella misma noche me mataría.

6. DE CÓMO UNO SE HACE HOMBRE

... delicioso como la primavera! Y no crean que hablo del amor más que en su aspecto puramente material. Aun así, es privativo de los elegidos.

ALEXANDER KUPRIN

Por fin me hice dueño del puesto de honor.

JOHN CLELAND

Las puertas de los apartamentos tenían tres metros de alto y eran de

gruesa madera cubierta de pintura blanca cuarteada, con cuatro grandes círculos concéntricos con una mirilla de cristal en el centro. El cristal y el disco de latón que había detrás relucían en la penumbra del pasillo. Del interior no llegaba más sonido que el eco del timbre. Yo miraba fijamente el cristal y luego empecé a seguir con la mirada los círculos de madera hasta marearme. Después de tanta excitación y tanta preparación mental -incluso podría decir espiritual- ahora resultaba que Maya no estaba en casa. Me apoyé con la palma de la mano en el pulsador del timbre, que lanzó un sonido fuerte, áspero y desafinado, perfecta expresión

acústica de mi estado de ánimo; recuerdo que me produjo cierto placer escucharlo. Si Maya no estaba, no era mía la culpa. Así no tendría que darme el paseo hasta el Danubio. Y yo oprimía el timbre sin tregua, con ese despreocupado arrojo que nos invade cuando nos enfrentamos a un peligro que no existe. No puedo describir el efecto que el sonido de unas pisadas suaves y lentas ejerció sobre mí, como no sea diciendo que nunca he vuelto a oprimir un timbre más de un par de segundos.

Maya no solía atisbar por la mirilla, pero ahora se oyó el tintineo del disco metálico al girar y bajé la cabeza para rehuir su mirada. Ella abrió la puerta

pero no me invitó a pasar como de costumbre sino que se quedó mirándome, enfadada y soñolienta, sujetándose la desabrochada bata amarilla.

—Perdone -murmuré-. No quería despertarla. Pensé que había salido.

Ella ahogó un bostezo.

—Entonces, ¿por qué llamabas?

Yo, sin saber qué decir, le miraba los pies descalzos.

—En fin, pasa. De todos modos, me parece que duermo demasiado.

Maya giró sobre sus talones y la seguí por el estrecho pasillo, vacío salvo por unos grabados japoneses en las paredes. Su bata de terciopelo estaba

arrugada y, vista de espaldas, resultaba desaliñada y poco atractiva. Pero no dejé que los sentidos me engañaran. «Si ahora me parece poco atractiva es porque tengo miedo», pensaba. Al extremo del pasillo había dos puertas: la de la izquierda daba a la sala y la de la derecha, al dormitorio. Ella cerró la puerta del dormitorio, en el que tuve tiempo de ver una cama revuelta, y entró en la sala. Se sentó en el borde de una butaquita y yo me quedé de pie, dándome perfecta cuenta de que molestaba. Pero lo violento de la situación me ayudó a destaparme: por mucho apuro que me diera pedirle que se acostara conmigo, todavía me parecía

más descabellado mantener una conversación normal con una mujer soñolienta. Aspiré profundamente y miré a sus ojos entornados.

—He decidido que si hoy no le pido que haga el amor conmigo, me tiraré al Danubio.

No sabía si añadir la frase ensayada, pero ahora parecía una redundancia.

Estaba tan contento de haberme atrevido a hablar que, durante un momento, dejó de importarme cuál fuera su respuesta.

—Bien, puesto que ya me lo has pedido, no tendrás que matarte.

—Usted me dijo una vez que no debía temer ponerme en ridículo, que eso no

tiene importancia.

—No es justo utilizar contra mí mis propias palabras.

Esta gazmoñería era tan impropia de ella que, sin poder reprimirme, dije ásperamente: —¿Quiere que me marche? ¿Desea seguir durmiendo?

—Eres muy descarado... pero eso está bien —dijo mientras en los ojos se le encendía la cálida luz de mi faro.

Se puso de pie y premió mi descaro con un beso. A mí nunca me habían besado de aquel modo, y casi no podía tenerme en pie. Por debajo de la bata, ahora abierta, abracé su cuerpo caliente. Por fin había llegado a puerto. Sin dejar de besarme, ella retrocedió hacia el

dormitorio de la cama deshecha andando sobre las puntas de los pies, y entonces se desasíó bruscamente.

—Tengo que ponerme el diafragma. Y ducharme. Una ducha caliente aumenta la sensibilidad.

Después de darme un suave beso de despedida en la nariz, entró en el cuarto de baño. Yo no sabía qué era un diafragma, pero me mortificaba que necesitara una ducha para «aumentar la sensibilidad». «No debo de significar absolutamente nada para ella», pensé con súbito abatimiento.

Luego, mientras oía correr el agua, empecé a pasear por el dormitorio, sorprendido por lo fácil que había

resultado todo. Estaba bastante orgulloso de mí mismo.

Me desnudé y me metí en la cama, y ella salió del cuarto de baño y se acostó a mi lado. Mientras me oprimía la cabeza contra sus pechos firmes y, sin embargo, blandos y me besaba los párpados, bajé la mano buscando el pozo caliente de su cuerpo. Dicen que antes de la muerte se ve toda la vida en un instante. En las sinuosas carreteras de los Alpes austríacos, entre los ejércitos ruso y alemán, pude comprobar que esto era verdad: un día en que tenía la certeza de que la metralla que silbaba acabaría por clavármeme en la cabeza, vi en un momento, como en una pantalla

que ocupara todo el cielo, todo lo que habían sido mis once años y medio. Ahora, al lado de Maya, apretándome contra ella, experimenté una alucinación parecida, sólo que ahora no era ante la muerte sino ante la vida. Vi a la vecinita con la que jugaba a los médicos cuando tenía cinco años. Me había olvidado de ella por completo, pero ahora volvía a estar con ella, comparando su surco apenas visible con mi pequeño tallo. Era una diferencia insignificante, pero su madre nos dio unos buenos cachetes cuando nos sorprendió. Volvía a ver a las dulces amigas de mi madre, y sentí cómo el cuerpo de la condesa se atiesó cuando la abordé al salir de la ducha. Vi

la sombra misteriosa que se transparentaba a través de las bragas de Fräulein Mozart y percibí el cuerpo fresco y pasivo de Julika, mi amiga de quince años en la que no pude penetrar. El recuerdo de mis infructuosos esfuerzos me paralizó y, durante largos minutos, me sentí desvalido y asustado. Como si intuyera lo que me pasaba, Maya siguió acariciándome la espalda con sus dedos cálidos hasta que recuperé la erección.

Ella me guió en su cuerpo y, una vez dentro, me sentí tan feliz que no me atrevía a moverme por miedo a estropearlo todo. Al cabo de un rato, ella me dio un beso en una oreja y

susurró:

—Me parece que voy a menearme un poco.

En cuanto empezó a moverse, descargué. Maya me dio un apasionado abrazo, como si mi actuación hubiera sido lo más fabuloso que había visto en su vida. Envalentonado por su aprobación, le pregunté por qué no parecía importarle la diferencia de edad.

—Soy una pécora egoísta -confesó-. Lo único que me importa es mi propia satisfacción.

Y seguimos haciendo el amor, mientras se apagaba el sol de la tarde y llegaba la oscuridad. No he aprendido

mucho desde aquellas horas en las que el tiempo parecía haberse detenido: Maya estuvo enseñándome todo lo que hay que aprender. Pero «enseñar» no es la palabra: ella, sencillamente, se complacía a sí misma y me complacía a mí, y yo iba descubriendo nuevos territorios sin percatarme de que iba perdiendo mi ignorancia. Ella se deleitaba en todos los movimientos, o, simplemente, sólo con tocar mis huesos y mi carne. Maya no era de esas mujeres para las que el orgasmo es la única recompensa por una actividad pesada: hacer el amor con ella era consumir una unión, no la masturbación interna de dos desconocidos en una misma cama.

—Mírame -me decía antes de correrse-, te gustará.

Durante una de nuestras breves pausas, le pregunté cuándo había decidido acceder a mi petición. ¿Fue en el momento en que yo estaba dispuesto a abandonar y le pregunté si quería seguir durmiendo?

—No; lo decidí el día en que te dije que estabas creciendo muy de prisa y te hice ponerte a mi lado, junto a los buzones.

Me quedé atónito. Esto hacía que todos mis apuros y estratagemas parecieran inútiles y ridículos; y también significaba que habíamos perdido unas semanas preciosas. ¿Por

qué no me había hecho alguna señal de aliento?

—Quería que me lo pidieras tú. Es mejor que seas tú el que seduce a la mujer, sobre todo si es la primera vez. Béla empezó pagando a una prostituta y no ha conseguido superarlo. Tú no tendrás esos problemas. No es de extrañar que estés orgulloso de ti mismo. — ¿Cómo sabes que estoy orgulloso?

—Porque tienes motivos para ello.

Después de intercambiar cumplidos, Maya me rodeó con los brazos y los muslos y, sin soltarme, dio media vuelta hasta quedar encima de mí.

—Ahora descansa y deja que trabaje

yo -me dijo.

Paramos porque Maya tenía hambre y, mientras preparaba algo de cenar, me sugirió que me vistiera y bajara a decir a mi madre que no me había perdido. Dijo que podía volver a subir, porque su marido tenía una amante (tal como yo sospechaba) y pasaría la noche fuera. Le dije que me parecía inconcebible que la dejara por otra mujer.

—Oh, no sé... Es una chica muy bonita -dijo con naturalidad y sin asomo de resentimiento.

En todo caso, gracias a aquella chica bonita, podríamos pasar la noche juntos. Bajé a avisar a mi madre. Ni siquiera entré en casa. En la puerta le dije que

estaba en el mismo edificio, que no me esperara levantada y que no se preocupara. – ¡Cómo sois los poetas! – Movi6 la cabeza y sonri6 tristemente, aduciendo la 6nica excusa que se le ocurría para justificar mi pecaminosa conducta.

Mientras subía corriendo las escaleras, formulé el solemne prop6sito de comprarle un buen regalo al día siguiente.

Cuando volví a casa de Maya, cenamos y volvimos a la cama, sólo para sentirnos el uno al otro y charlar. Naturalmente, le dije que la quería -y la quería, y aún la quiero-, y le pregunté si ella me quería a mí.

–Sí; te quiero -dijo muy seria-. Pero ya verás cómo el amor no dura y que es posible querer a más de una persona al mismo tiempo. – ¿Es que tienes a otro? – pregunté, asustado.

–Bueno, tengo a mi marido -dijo ella con los ojos muy abiertos-. Pero eso no tiene por qué preocuparte.

Esa idea de que sólo se puede querer a una persona es lo que confunde a la mayoría de la gente.

Me dijo que le hubiera gustado tener hijos y que estaba pensando en buscar un empleo de maestra. – ¿Cuándo?

–Más adelante. Cuando tú me dejes.

Volvimos a hacer el amor, y lo hicimos otra vez antes de que fuera la

hora de levantarme para ir a la escuela.

No podíamos salir juntos. Maya dijo que a Béla no le gustaría, y eso me hizo sospechar que él estaba al corriente de lo nuestro. Se mostraba siempre muy atento conmigo, y muy complaciente al dejarnos solos la mayor parte del tiempo. Pero no teníamos necesidad de salir porque, entre aquellas cuatro paredes, teníamos todo lo que pudiéramos desear: comida, música, libros y la gran cama. Tan vividamente como nuestros abrazos, recuerdo cómo solíamos frotarnos el uno contra el otro y olemos como se huelen los perros y, en especial, cómo nos cortábamos las uñas de los pies, con un lío tal de brazos y

piernas que era un milagro que no nos lastimáramos más a menudo.

Todo esto debió de influir en mi aspecto o, por lo menos, en mi manera de actuar. Empecé a darme cuenta de que las mujeres se fijaban en mí. Quizá era porque había perdido mi aire de desesperación. Y aunque todavía me gustaba mirar a las desconocidas, ya no tenía calambres en el estómago.

En la escuela, los profesores advirtieron mi nuevo aplomo y dictaminaron que yo tenía «dotes de líder».

7. DE LA PROMISCUIDAD Y LA SOLEDAD

Dulce es la venganza, sobre todo para las mujeres.

LORD BYRON

Desde que era amante de Maya, no podía menos que atribuir posibilidades maravillosas a todas las mujeres. Su perfección me hacía pensar que otras mujeres tenían que ser igualmente maravillosas, bajo la excitante diversidad de formas y colores. Imagino que una de las razones por las que las mujeres maduras desconfían de los jóvenes -y por las que los maridos deberían desconfiar de las muchachas que llegan vírgenes al matrimonio- es que los que no tienen punto de referencia no saben apreciar las buenas cualidades.

Como solía decir Klári, la prima de Maya: «Con los jóvenes nunca se sabe».

Klári visitaba a Maya una vez a la semana, y, al parecer, le molestaba encontrarme siempre allí. Llevaba vestidos de manga larga cerrados hasta el cuello, como si quisiera guardar para ella sola su cuerpo esbelto y sexy, y su negro cabello, muy bien peinado, como si saliera de la peluquería. Tenía varios años menos que Maya, pero sus oscuras cejas le daban un gesto de severidad a su cara redonda y aniñada.

—Perdona que te lo diga, pero es una locura que pierdas el tiempo con ese chico -oí que le decía a Maya mientras me creía durmiendo en la habitación-.

Lo que tienes que hacer es pedir el divorcio y buscarte otro marido. Yo comprendería que te acostaras con un muchacho como Andrés de vez en cuando, por curiosidad. Pero mantener una relación estable... es una locura. No tienes mucho tiempo que perder, ¿sabes?

Salí a la sala para interrumpir la conversación y Klári me dedicó una sonrisa impaciente. Yo la encontraba bonita, pero un poco malhumorada y antipática. Cuando se fue, por su culpa, Maya y yo tuvimos una de nuestras raras disputas.

—Bueno, basta -cortó ella-. Klári tiene buenas intenciones.

—No me traga.

—No seas tonto. Al fin y al cabo, Klári es prima mía y trata de protegerme.

Dice que no debo hacerme ilusiones con respecto a ti. Pero eso ya lo sabía yo, de manera que no debes preocuparte por lo que ella diga.

Y me dio un beso en la nariz, que era la forma en que ponía fin a nuestras discusiones.

Pero Maya tampoco podía pasar por alto las palabras de Klári. Para justificar su afecto hacia mí, le decía que yo era un amante prodigioso.

Inventaba historias que hubieran disipado los celos de una monja frígida.

Cierto día, al escucharlas a escondidas, oí que Maya le decía que yo podía follar dos horas seguidas sin interrupción.

Estas exageraciones no tardaron en surtir efecto en Klári, que empezó a mirarme con aquel brillo en los ojos que por aquel entonces yo ya reconocía bien. Y, sin venir a cuento, hacía comentarios sobre su propia feminidad.

Una noche, mientras cenábamos, dijo con desenvoltura (pero poniéndose colorada) que su marido le hacía el amor estando dormido y por la mañana se resistía a creerlo. No sé si sería verdad o no. Pero a mí me fascinaba su súbito cambio de color y la forma en

que se le suavizaba y descomponía el semblante, como si estuviera haciendo el amor en aquel momento, mientras permanecía sentada a la mesa, muy erguida, cortando la carne pulcramente.

Pero por la expresión de la cara, yo adivinaba que tenía las bragas húmedas.

Ahora, al tratar de ganarme las simpatías de Klári, quizá lo que más me satisfacía era darme cuenta de que podía acercarme a una mujer sin sentirme intimidado. A veces, con aire distraído y amistoso, le rodeaba la cintura con el brazo. ¡Era felicísimo! Klári era muy distinta de Maya, pero no menos atractiva. Ella, invariablemente, me rechazaba con una risa nerviosa.

Un día, mientras su prima estaba en el baño, me dijo: -¿Sabes? Me parece que empiezo a comprender a Maya -pero en seguida cambió de tema.

No hubo más atentados contra el decoro hasta cierto sábado por la tarde en que nuestra anfitriona salió de compras dejándonos solos. Klári se quedó porque aquella noche cenaba con nosotros, pero yo no pude menos que preguntarme por qué estaría tan «cansada» que prefería quedarse en el apartamento conmigo a acompañar a Maya en una salida que duraría, calculábamos, una hora o más.

-Bueno, estás a mi cuidado -dijo con risa forzada-, ¿qué voy a hacer contigo?

No era sólo la risa lo que hacía vibrar su cuerpo: otra vez tenía en la cara aquella expresión tierna y trastornada. La cara desnuda de una mujer completamente vestida me resulta irresistible. Y ahora Klári me preguntaba qué podía hacer conmigo.

—Seducirme.

Se puso seria.

—Eso no lo esperaba de ti, Andrés. —
¿No me has preguntado qué ibas a hacer conmigo?

—Era un decir, una frase amistosa para entrar en conversación. — ¿Qué hay más amistoso que pedirte que me seduzcas?

—Es evidente que no tienes

sentimientos ni moral, pero eso no te autoriza a pensar que todo el mundo es igual que tú. Yo quiero a mi marido y quiero a mi prima. Aun cuando me gustaras, no los traicionaría jamás. A decir verdad, no comprendo cómo Maya ha podido enredarse contigo. Es un disparate, y no me importa que sepas que lo mismo le he dicho a ella. Lo que tendría que hacer es buscar un buen hombre y casarse con él, después de divorciarse del sinvergüenza de su marido.

—Puede que lo haga.

—Pues no da muchas muestras de hacerlo. Te ha dedicado un año de su vida, ¿y tú cómo se lo pagas? ¡Es un

escándalo!

Lo decía muy convencida, y yo estaba de acuerdo con ella. Sin embargo, mientras ella iba hablando en este tono durante varios minutos los dos cambiábamos de color con creciente frecuencia. Por fin, Klári se levantó de la butaca, se acercó a la biblioteca y se puso a leer los títulos con atención.

Al verla allí de pie, no pude menos que pensar que estaba esperando que me acercara, aunque ella no lo deseara. Sólo la vejez hubiera podido hacer que me sustrajera a aquella situación. Me acerqué y le di un beso en el hombro. Ella se retiró.

—Eres terrible. Además, aunque

quisiera, tampoco podríamos hacer nada.

Tengo la regla.

Era una mentira sincera.

Probablemente, se habría sentido aliviada si yo la hubiera aceptado, pero, puesto que no la acepté (mejor dicho, puesto que aquello me tenía sin cuidado), dejó de resistirse. Cuando hicimos el amor, no tuvimos que movernos. Las explosiones le sacudían todo el cuerpo desde el principio hasta el fin. Quizá porque en realidad no deseábamos volver a vernos (ella me consideraba un inmoral y yo a ella una estúpida), aquellos minutos concentraron toda la violenta sensación

de un encuentro singular.

Maya regresó antes de lo previsto y nos encontró a los dos en la cama.

Cuando abrió la puerta, cargada de comestibles, dijo con una sonrisa:

—Vaya, me parece que vale más que me una a vosotros. Por lo que se ve, lo estáis pasando muy bien.

—Pues ven -murmuré insensatamente.

Pero ella retrocedió y cerró la puerta. Klári se levantó, se vistió apresuradamente y se fue.

Al cabo de un rato, me atreví por fin a salir del dormitorio y encontré a mi dulce enamorada escuchando un disco, leyendo y fumando uno de sus esporádicos cigárrulos. Estaba sentada

en la butaquita, y me agaché, acercándole la cara, pero ella me atajó antes de que pudiera hablar.

—No pongas esa cara tan trágica. La culpa es mía, por regresar antes de lo que esperabais.

—Te quiero.

—Pareces confundido. Todavía te parece que no puedes querer a varias personas a la vez, ¿verdad?

Para demostrar que no estaba enfadada, me dio un beso en la nariz y se fue a sacar los comestibles de las bolsas. Había traído toda clase de fiambres, verduras y frutas: salchicha a la pimienta, rosbif, chalotes, pepinos, tomates gordos y colorados,

melocotones y uvas, y nos lo comimos todo, haciendo elogios de la comida de vez en cuando. Los dos parecíamos tener gran apetito.

Desde aquel día, nuestras relaciones cambiaron casi imperceptiblemente.

Maya no me hizo ningún reproche ni parecía quererme menos -en realidad, nuestros abrazos eran más apasionados-, pero me dedicaba menos tiempo. Cada vez eran más los conciertos, las obras de teatro y las fiestas que no quería perderse. Y solía salir precisamente con Klári. Parecían estar en buena armonía, aunque Klári no volvió a poner los pies en la casa estando yo allí.

Una noche, aproximadamente dos

meses después, a la hora en que yo solía subir, encontré a un desconocido en el salón, tomando café con Maya.

Fui presentado como un vecino poeta que subía a pedir libros, y él, como un viejo amigo. Volviendo a mi primitivo papel, pedí dos libros y me marché.

Ella me acompañó a la puerta, susurrando:

—No pongas esa cara. Te quiero igual que siempre.

Como me quedé de pie en el umbral de la puerta, ella me despidió con un leve beso en la punta de la nariz. Aquel gesto suyo que tanto me gustaba me hizo entonces el efecto de una bofetada.

Bajé a casa y, tan pronto como pude zafarme de mi madre, me fui a mi habitación y lloré. Jurando y rechinando los dientes, me compadecía y me odiaba a mí mismo por haberla perdido. Desde entonces, me he encontrado muchas veces solo, entregado a estas actividades, por haber deseado en exceso la compañía de las mujeres.

8. DE LA VANIDAD Y EL AMOR SIN ESPERANZA

Este amor es de la peor especie: te quita el apetito.

HONORÉ DE BALZAC

Maya me despidió en primavera.

Pasé el verano estudiando, para ahorrarme los dos últimos años de instituto y poder entrar en la universidad en otoño. Después de los exámenes de ingreso en la universidad me puse a buscar una mujer y, después de meses de tentativas vanas, me enamoré perdidamente sin esperanza y sin la menor provocación. Yo estaba como la mecanógrafa que escribe al consultorio sentimental acerca del compañero de oficina que habla con ella de vez en cuando y que un día la lleva a almorzar. «Es muy atento y muy simpático pero ve en mí a un camarada, no a una mujer. No ha vuelto a pedirme que salga con él, a pesar de que todos los días, de nueve a

cinco, me tiene sentada delante. Querida doña Anita, yo estoy muy enamorada, ¿qué puedo hacer para que se fije en mí?» Estas pasiones sin esperanza llevan implícita la suposición de que existe una posibilidad, que si nuestro ídolo no repara en nosotros es porque hemos sido incapaces de demostrarle nuestra verdadera valía. Si pudiéramos mostrarnos como somos en realidad, revelar la profundidad de nuestros sentimientos..., ¿cómo iba a resistírsenos? Es el nuestro un optimismo sin límites.

Una tarde de principios de invierno, vi a liona saludarme agitando el brazo en los baños Lukács, adonde yo solía ir

entre clase y clase. Es un lugar bastante extraordinario, una reliquia del imperio otomano renovada: unos baños turcos convertidos en piscina pública. Hay un centenar de baños de vapor privados alrededor de la piscina, que está ubicada en una nave enorme con aspecto de mezquita y cúpula de cristal. En los días festivos, los baños Lukács se llenaban de gente, pero en días laborables eran el dominio de los privilegiados: ases del fútbol, artistas, actrices, miembros del equipo olímpico de natación, alguno que otro profesor o estudiante universitario y prostitutas de lujo. Esta heterogénea concurrencia tenía un común denominador: una

desafiante y arrogante actitud ante la vida. Allí, en el año del peor terror estalinista y del más fanático puritanismo, las mujeres lucían los últimos modelos de bikini de estilo italiano. En aquella época, incluso en la mayoría de los países de Occidente, ello exigía valor; en el Budapest de 1950, era un acto de desobediencia civil. Ir al Lukács en día laborable por la tarde era como salir del país. Allí, entre las antiguas y fastuosas paredes de los baños turcos, magnífico recordatorio de la transitoriedad de las potencias de ocupación, nos aislábamos de la tétrica Hungría de Stalin.

Después de nadar, solía sentarme

junto a la piscina a contemplar a las mujeres casi desnudas, entre el vapor que se escapaba de los baños turcos.

Solitario veterano de una aventura gloriosa pero perdida, veía desfilar junto a mí aquellos cuerpos de piel húmeda cual armadura impenetrable. Aquella tarde de enero, yo llevaba varias horas mirando con sombría impaciencia a unas mujeres indiferentes. Y ahora, de pronto, Ilona me llamaba desde la piscina. Sacó el brazo del agua y su amistoso saludo, como el golpe de una varita mágica, me llenó de una esperanza arrebatada. Apenas la conocía, y casi no recordaba cómo era, pero mientras venía nadando hacía mí,

una gorra blanca y dos largos brazos, decidí acostarme con ella.

—Da gusto encontrar una cara conocida -dijo, izándose a pulso a mi lado, ajena a mis intenciones-. Apostaría a que no te acuerdas de mí.

El que ella se acordara de mí, cuando no habríamos intercambiado ni una docena de frases en una fiesta, me indujo a pensar que yo debía haberle causado profunda impresión. En justa correspondencia, la envolví en una larga mirada y experimenté una súbita erección.

Se quitó el gorrito, dobló el cuerpo por la cintura hacia uno y otro lado para sacudirse el agua de los oídos y se dejó

caer pesadamente en el suelo de mármol, jadeando. Luego, se echó de espaldas y se quedó mirando el techo.

Parecía fascinada por las cambiantes formas blancas esculpidas por el viento sobre la cúpula de cristal. Hablamos de las diferentes inclemencias del invierno e intercambiamos chismorreos universitarios. Ella era bibliotecaria, novia de uno de mis profesores, y estaba de vacaciones.

Ilona, aunque andaba cerca de los treinta, parecía una adolescente. Tenía una figura esbelta y firme con unos pechitos saltarines tipo pelotas de tenis, pecas y el pelo rojo, recogido en cola de caballo. Pero yo nunca había visto una

mujer más sexy. Su boca era demasiado grande para su cara fina y ovalada, una boca que se respingaba de manera que el labio inferior no llegaba a unirse al superior; aquellos labios entreabiertos parecían ofrecerte todo el cuerpo. Estaba al borde de la piscina y no tenía espacio suficiente para tenderse, por lo que mantenía las piernas dobladas. Esta postura hacía que se le hundiera el vientre y acentuaba la pronunciada curva de su monte de Venus, que elevaba el bikini de satén negro del que escapaban unos húmedos pelillos rojos y ensortijados.

—Me gustaría violarte -confesé, interrumpiendo mi charla trivial.

—Ya me parecía a mí que me mirabas muy fijamente -contestó, como si acabara de despejar una incógnita.

Pero no era una incógnita importante: su voz sonaba perfectamente serena.

«No puedo esperar que se eche en mis brazos de entrada -reflexionaba yo-. Al fin y al cabo, ¿cómo puede estar segura de que no voy a hablar de ella en el campus? La murmuración podría llegar a oídos de su novio.» Me parecía razonable su prudencia. Por el momento, no planeaba casarme con ella y no quería arruinar sus posibilidades con el profesor Hargitay.

—Me siento halagada -dijo

irónicamente cuando, más adelante, le dediqué un sugestivo cumplido.

«Se siente halagada», pensé dubitativamente.

Cuando me sentía atraído por una mujer, lo primero que hacía era mirar sus ojos, buscando afanosamente aquella luz invitadora. Esta vez, no: a Liona le miraba la boca, las pecas de la nariz o algún punto alrededor de los ojos, pero nunca directamente a éstos. Sentado a su lado al borde de la piscina, prefería creer que los movimientos de su cuerpo expresaban un deseo de mí, reprimido todavía o inconsciente.

Echada en el pálido mármol, con las piernas dobladas, de vez en cuando

comprimía las rodillas y luego las separaba. Aquel movimiento le hacía tensar y relajar los músculos de los muslos, como durante la cópula.

Mientras contemplaba los movimientos de su cuerpo, pensaba realmente en violarla. El ruido de las otras personas que había alrededor de la piscina, el eco de sus risas y sus gritos en la nave cerrada, me sonaban como una invitación a mostrarme decidido y violento. Me veía a mí mismo lanzarme sobre ella y arremeter, incluso a través del satén negro. Pero, puesto que no podía violarla, me enamoré de ella. Busqué su brazo esbelto, que yacía inmóvil entre los dos, y empecé a

recorrerlo con las yemas de los dedos, con mucha suavidad. Cuando llegué a la mano, el contacto de sus dedos largos y finos me hizo el efecto de una caricia. Aflojé la tensión, me relajé (cortocircuito del cuerpo, por sobrecarga de violencia) y de pronto me sentí embargado de una imponente y lánguida felicidad. – ¿Cuándo nos vemos? – pregunté cuando liona se levantaba para marcharse.

Puesto que, en más afortunadas ocasiones, me había dado buen resultado decir lo que pensaba, le había dedicado elogios que denotaban claramente mis aspiraciones. Pero hasta el momento no me habían valido ni una simple cita.

–Pues..., vengo a la piscina de vez en cuando. Probablemente, algún día coincidiremos. – ¿Y qué podemos hacer en la piscina? Quiero estar a solas contigo.

–No digas tonterías -dijo, cubriéndose con el gorro la mitad superior de las pelotas de tenis, que se salían del bikini.

Esta vez se había sonrojado. Se hacía tarde, tenía que marcharse, su novio la esperaba.

–Podríamos vernos después -repuse rápidamente.

–No hago planes con tanta anticipación. – ¡Tú no me tomas en serio! – protesté.

—Mira, eso de que te gustaría violarme ha sido muy halagador, no lo echas a perder ahora. Seamos amigos y nada más, ¿eh? Fiona lo dijo con un aire de desdén y malicia, y parecía disfrutar. «Por el momento tendré que conformarme con verla en la piscina», me dije.

—Dime, por lo menos, cuándo piensas venir a nadar.

Ella suspiró con impaciencia.

—Si tantos deseos tienes de verme, te invitaré a la boda.

Aunque yo había aprendido a hablar claramente a las mujeres, aún no sabía escucharlas. Conocía bien al profesor Hargitay, como profesor y como

compañero de un grupo de investigación, y empecé a cultivar su amistad.

Empecé a frecuentar su pequeño apartamento de una sola habitación, que parecía tan poco apropiado para Liona que me hacía cobrar ánimo en mis momentos más tristes. Consistía en una alcoba pequeña y mal ventilada, una cocina pequeña y pringosa y un salón-dormitorio lleno de muebles que parecían heredados de una anciana tía de modestos recursos. Había profusión de sillas y mesas, todas desvencijadas, y de lamparitas con enormes pantallas de borlas. Los únicos objetos propios del docto inquilino eran los libros y los

papeles esparcidos por toda la habitación desde el escritorio situado junto a la ventana. El novio de la pelirroja pecosa de piernas tentadoras no tenía ni cama, sólo un viejo sofá, que debía extender por la noche. Yo no podía imaginar a la diosa de mis sueños en aquel cuchitril polvoriento y revuelto.

El día en que, por fin, coincidí con liona en el apartamento, ella estaba tratando de hacer limpieza. El profesor Hargitay y yo, sentados en el sofá, mirábamos cómo trabajaba (vieja costumbre europea) para ordenar la habitación. A la luz mortecina que se filtraba a través de los sucios cristales, parecía un ángel sexy y misterioso

luchando con las fuerzas de las tinieblas.

No llevaba sostén debajo de su blusa blanca y cuando se agachaba y se levantaba para colocar las cosas en su sitio, los pechitos le temblaban de un modo enloquecedor.

–Tiene muy buen tipo -dije a mi anfitrión en tono halagador, para recordarle a liona cuáles eran mis sentimientos.

–Es atractiva -asintió el profesor, mostrando menos entusiasmo que yo.

Era un hombre de poco más de treinta años, rubio y bien parecido, cuya leve obesidad le hacía más vigoroso e imponente. – ¿Qué estabais diciendo de mí? – preguntó liona cuando, por fin, se

sentó en una silla, jadeando. Ahora, al recordarlo, me parece curioso que, en muchos de nuestros encuentros, tuviera que conformarme con contemplarla mientras ella recobraba el aliento.

Estuvimos hablando de su figura, tema sobre el que la propia liona parecía tener mucho que decir. «No sé por qué se quejan las que tienen poco pecho -recuerdo haberle oído decir-. El poco pecho puede ser tan eficaz como el mucho. Lo único que hay que hacer es no usar sostén. Yo misma las tengo tan pequeñas que cualquiera diría que van a desaparecer. Pero no creo que sea una desgracia. Así los hombres tienen que fijarse más para verlas.»

Probablemente, liona hizo estas observaciones en distintos momentos de la conversación, no todas de un tirón como yo las he citado. De todos modos, al terminar me señaló: «Fíjate en Andrés y tendrás la prueba de lo que digo.

Fuerza la mirada de tal modo que sus ojos me perforan la blusa. El furtivo con ojos de hambre». – liona -suspiró su novio-, haz el favor, estás violentando a Andrés.

Desde el día en que encontré a liona en los baños Lukács, dejé de perseguir a otras mujeres y pensaba en ella constantemente y con creciente intensidad. Si me olvidaba de ella durante un rato, su imagen volvía a mí

con la súbita acometida de un ataque al corazón. De vez en cuando, salía con Liona y su novio para ir al teatro, o cenaba con ellos en el pisito; pero el que me invitaba era siempre el profesor Hargitay. Liona parecía tolerarme con una condescendencia rayana en la hostilidad.

—Tengo la impresión de que tu amigo y discípulo está enamorado de mí -dijo una noche mientras nos servía wienerschnitzel -. Me viola con la mirada. Es una vergüenza. Opino que deberías sentirte celoso y echarlo de aquí.

—Bromea -me tranquilizó el anfitrión, mirándome con sus afectuosos

ojos azules-. No le hagas caso.

Después de aquel día, me mantuve alejado de ellos durante un mes. Pero ¿estaba desanimado? Al contrario: el que el novio de liona demostrara más consideración por mis sentimientos que ella misma me alentaba a esperar que, si ella no lo dejaba por mí, él podía dejarla a ella por otra. Me sentía justificado al abandonarme a la gozosa contemplación de los días en los que liona y yo seríamos marido y mujer. Estos ensueños de felicidad doméstica me permitieron mantenerme alejado de ella físicamente por una temporada.

Durante aquel humillante compás de espera de su compromiso con el

profesor Hargitay, mejor no verla...

Cuando ya no pude resistir más, me presenté en el piso del profesor casi en el momento menos oportuno. El sofá estaba extendido, las sábanas, húmedas y arrugadas, una de las almohadas encima de la librería, y la otra en la alfombra. Salió a abrir la puerta. Ya estaba vestida, pero no maquillada y, al igual que todas las mujeres después de hacer el amor, tenía la cara sonrosada y la mirada velada. Nunca la había visto tan dolorosamente apetecible. El profesor Hargitay estaba sentado delante del escritorio, descalzo, en mangas de camisa y con un vaso de leche en la mano. — ¡Por fin, por fin! — exclamó

liona-. ¿Dónde te habías metido? Laci te echaba de menos. Necesita a alguien que le recuerde lo adorable que soy. ¿O es que ya me has olvidado?

Dadas las circunstancias -con aquel olor tenue y peculiar todavía en el aire-, sus comentarios me parecieron de mal gusto.

—Yo siempre te amaré sin esperanza -balbucí intrépidamente, tratando de dar a entender con un ademán que era broma. — ¿Por qué sin esperanza? — se mofó de mí con una ondulación de su tentador trasero-. Si Laci nos dejara solos podríamos meternos en la cama ahora mismo. ¿O no te gustaría?

Me volví hacia su plácido poseedor,

que seguía tomando la leche a pequeñas sorbos. – ¿Para cuándo es la boda? – pregunté.

Deseaba parecer inofensivo.

Pasaba las noches en casa, concentrándome en liona con todas mis fuerzas, y empecé a pensar que la percepción extrasensorial tenía que existir, que ella tenía que notar que yo pensaba en ella. Estaba seguro de que mi fidelidad, a pesar de lo desesperado de mi situación, acabaría por hacer cambiar sus sentimientos hacia mí. Pero mi única recompensa fue la satisfacción de mi madre.

–Te has vuelto más serio -dijo, al ver que pasaba todas las noches en

casa-. Has sentado la cabeza.

–Mamá, estoy enamorado sin esperanza.

–Bien -dijo ella-. Eso es lo que te hace falta. Empezaba a temer que te consumieras antes de llegar a los veinte años.

En realidad, yo estaba adelgazando. Lo único que me mantenía el ánimo era la convicción de que liona y su profesor no podían amarse siempre.

No cambié de opinión ni siquiera cuando, por fin, se casaron. Me invitaron a la boda, tal como liona me prometiera en los baños. Fue una ceremonia civil muy sosa, que tuvo lugar en la sala de sesiones del juzgado de

distrito, con la Estrella Roja y el infatigable Stalin planeando sobre la cabeza del magistrado que los casó. Aquel funcionario también desempeñaba el cargo de consejero matrimonial, circunstancia que a ellos les pareció hilarante y que yo consideré buen augurio. El deprimente ambiente y el conocimiento de que, terminada la ceremonia, aquel funcionario pasaría a otro despacho para tramitar divorcios, me convenció de que, en realidad, aquel matrimonio me acercaba a Liona. «De ahora en adelante -pensaba yo (mientras trataba de sonreír ora al novio, ora a la novia)-, de ahora en adelante, ella tendrá que vivir en ese horrible piso, en

lugar de ir sólo de visita, por el gusto de tirar almohadas al suelo. De ahora en adelante, la prosa insípida del matrimonio, los apuros de dinero y la ropa interior que lavar, en lugar de la poesía breve, novedosa y alegre de la aventura. Cuando lleguen el aburrimiento y la desilusión, allí estaré yo.»

Sumiéndome con ahínco en mis ilusiones, me entregaba a estos razonamientos. Andaba siempre abstraído, soñando despierto, me volví malicioso y llegué a espiar a mi bondadoso amigo con la esperanza de verle con otra mujer, para poder contárselo a su esposa. También solía

hacerme el encontradizo con Liona, pero nunca conseguí desviarla de su ruta.

Una tarde, a última hora, la encontré sola en el piso. El sofá ya estaba extendido para la noche, con sábanas limpias y una manta color naranja, nueva y muy alegre, Liona llevaba el pelo suelto y estaba a punto de acostarse, pero me invitó a sentarme y leer algo mientras se duchaba y se ponía el pijama. Me quedé paseando por la habitación y, al oír correr el agua de la ducha, recordé que así había esperado a Maya la primera vez.

Empecé a tararear el aria del champaña de Don Giovanni.

Maya salió del baño con una bata

encima del pijama.

–Escucha -me dijo llanamente-, me doy cuenta de que ésta es una situación bastante sugestiva para un delincuente juvenil depravado como tú.

Pero si haces un solo comentario de que te gustaría violarme o algo por el estilo, agarro una de esas sillas viejas y te la rompo en la cabeza. En serio.

Decidí esperar una ocasión más propicia en que estuviera de mejor humor.

Puesto que no quería marcharme en seguida, me quedé a charlar un rato, con la mirada en la alfombra. Jamás volví a ver a liona con su bikini negro, pero mantuve mi pasión durante casi dos

años.

9. DEL SECRETO DE DON JUAN

El genio nunca desea aquello que no existe.

SOREN KIERKEGAARD

¿Hay vida antes de la muerte?

ANÓNIMO HÚNGARO

No me gustaría dar la impresión de que mi unilateral aventura fue un ejercicio de engaño de mí mismo completamente inútil. Aquélla era en Hungría una época de terrorismo caprichoso, durante la cual la Policía de Seguridad acosaba no sólo a los altos

funcionarios del gobierno y del Partido sino también a escritores, intelectuales, estudiantes, directores teatrales e, incluso, a bailarines de ballet y extras de cine. En mi calidad de universitario y poeta que ha publicado unos pocos poemas, yo conocía a muchas personas que fueron sacadas de su casa durante la noche. Realmente, las tentaciones de dejarse arrastrar por el terror eran formidables, y dudo que durante aquel tiempo hubiera podido permanecer relativamente tranquilo de no ser por mi obsesión por Liona.

Como ustedes recordarán, yo era vecino de Maya, mi primera amante. Al cabo de un año aproximadamente de

cohibidos saludos cuando coincidíamos en el ascensor de madera tallada y cristal, empecé de nuevo a visitar a los Horvath de vez en cuando. Evidentemente, Béla había roto con su joven amiga y ahora pasaba las veladas en casa con su esposa. Vivían juntos como dos viejos amigos, unidos por su común hastío de las aventuras extramatrimoniales. Maya estaba tan hermosa como siempre, pero tal vez menos vibrante, y sin su sonrisa cálida e irónica de antaño. Béla, por el contrario, hombre bajo pero fuerte, de gestos exagerados, derrochaba energía. Abandonó su circunspecta cortesía hacia mí y, olvidando las circunstancias

concretas del origen de nuestras relaciones, acabamos por apreciarnos bastante. Béla era un actor nato, aunque no profesional, que gustaba de contar anécdotas e imitar a la gente. Durante la guerra había trabajado para el movimiento clandestino socialdemócrata, por lo que a menudo solíamos hablar de política y de la reciente ola de detenciones.

Una noche, sentados en aquella sala de estar llena de libros de la que tan distintos recuerdos guardaba yo, Béla me describió una conversación mantenida con un antiguo camarada de la resistencia, el subsecretario György Maros, poco antes de la desaparición de

éste. Maros suplicó a Béla que, por los viejos tiempos, permaneciera con él en el despacho, mientras él llamaba por teléfono al jefe de la Policía de Seguridad, para protestar porque lo estuvieran siguiendo. El jefe de Policía dijo que aquello tenían que ser alucinaciones de su querido amigo Maros, uno de sus más fieles camaradas, pero que si realmente lo seguían debía de ser por un estúpido error. Dijo que se informaría y volvería a llamar. Maros apenas había tenido tiempo de poner al corriente a Béla cuando el teléfono volvió a sonar. Esta vez la conversación fue corta y el pobre Maros ni siquiera se preocupó de colgar el aparato. — ¿Qué

ha dicho? – preguntó Béla.

–Sólo esto: «Tienes razón. Efectivamente, te siguen».

Béla describió la escena mostrando cómo Maros se levantó de su sillón y empezó a pasear por el despacho, agitando los puños. «¿Por qué, Béla? ¿Por qué?», inquiría. En 1948, cuando del Este de Europa desaparecieron todos los partidos socialistas, aquel hombre había ayudado a liquidar a su propio partido. No pude menos que reírme por la poética justicia de su caída y por la perfecta imitación que Béla hacía de su amarga perplejidad. – ¿Por qué? – Béla repitió la vana pregunta y acabó riéndose conmigo.

Maya seguía seria.

—No sé de qué os reís —dijo sombríamente.

Pero a nosotros el que el subsecretario pidiera explicaciones nos hacía mucha gracia. — ¿Por qué? ¿Por qué? — repetía Béla mientras paseaba y levantaba los brazos burlándose de aquella víctima con evidente complacencia-. ¿Por qué?

Fue la última vez que vi a Béla. Varios días después lo arrestaban a él.

Maya encontró un empleo de profesora en un instituto. Cuando iba a verla se quejaba del tiempo, de que ya no se estrenaban buenas películas o de lo difícil que era conseguir huevos y

carne. Un día le pregunté si yo podía hacer algo por ayudarla y vi que se le iluminaban los ojos otra vez.

–Dame un beso -me dijo.

Llevaba su bata de terciopelo amarillo y, mientras me acercaba, se desabrochó los dos últimos botones, para darme a entender que se acordaba de que yo solía empezar besando sus dulces pechos. Me besó ávidamente, como si con la lengua buscara nuestro pasado. Pero en seguida retrocedió.

–Cuando me siento desgraciada soy frígida -reconoció con triste fatalismo.

Unas semanas después del arresto de su marido, Maya se mudó a casa de una compañera del instituto.

Por lo que a mí respecta, yo era un habitual de las reuniones de estudiantes en las que se hablaba sobre el futuro de Hungría, cuando el comunismo hubiera fracasado. Me dijeron que la Policía de Seguridad me consideraba elemento poco digno de confianza y habían preguntado por mí al portero y a mis compañeros de universidad. Después de una breve temporada de horror, durante la cual me quedaba petrificado al menor ruido inesperado, me convencí a mí mismo de que si me detenían y me trituraban no podría estar peor de lo que lo que estaba de sólo pensarlo. De manera que seguí viendo a Liona cuando buenamente podía y a nada temía más

que a su mal humor.

El profesor Hargitay estaba menos distraído por los encantos de su esposa.

Se le veía nervioso y dejó de mirar a los ojos a las personas.

—A ti te gusta liona, ¿verdad? — me preguntó una vez, mientras ella estaba en la cocina-. No lo digo para violentarte - agregó apresuradamente-.

Sólo quiero saberlo. No te reprocharía que te sintieras atraído por ella. Al fin y al cabo, es atractiva. Pero si no es así, te ruego, András, que por favor, me digas si vienes a esta casa porque te han pedido que me espíes.

—Vamos, Laci -protestó liona, que había entrado en la sala a tiempo de oír

la súplica de su marido-, no digas sandeces.

Laci hizo como si no la oyera.

—Por favor te lo pido, Andrés - insistió, hablando completamente en serio e, incluso, sudando un poco-, di qué es lo que quieren saber de mí. Lina trató de tomarlo a broma. — ¡Haz el favor de no marear a mi novio!

—Quieren que averigüe por qué no has salido nunca con una muchacha que fuera miembro del Partido. — ¡Eso es absurdo! ¿Esas cosas ponen en los expedientes? Es demencial.

—Tú me has preguntado qué es lo que quieren saber, ¿no?

—Entonces es que en el expediente

faltan datos -protestó-. Porque, en realidad, yo salí con una muchacha que era miembro del Partido. ¡Salimos juntos casi un año!

—Exactamente. Quieren saber por qué la dejaste.

Él me creía, e liona tuvo que hablar mucho para devolverle un poco de su placidez habitual.

—Perdón -dijo al fin, disculpándose con una reflexión-. Lo peor de este asqueroso Estado policíaco colonial no es lo que hagan contigo sino lo que podrían hacer contigo si se les ocurriera. Eso es lo que acobarda.

La disculpa de liona por esta falta de confianza me resultó mucho más grata.

Ella quería estamparme un beso en la frente, pero yo fui más rápido y conseguí que me lo diera en la boca. Produce un éxtasis peculiar el breve roce de unos labios secos y desprevenidos.

—Estás hecho un agent provocateur muy listo —comentó liona, volviendo a adoptar su habitual tono burlón.

Dicen que para cada mujer hay una vía de acceso y, puesto que yo pensaba que tenía buena facha y simpatía, deduje que mi fracaso con liona se debía a algún fallo de mi carácter o de mi intelecto. Aún no había perdido la costumbre de buscar en los libros la solución de mis problemas, y traté de desentrañar el misterio del éxito con las

mujeres estudiando toda la literatura generada por don Juan. Fue inútil. El don Juan de Moliere era orgulloso y valiente, pero brutal y turbulento; y la versión de Shaw daba a entender que, para gustar a las mujeres, hay que desairarlas y rehuirlas. A mi modo de ver, el único que realmente comprendió a don Juan fue Mozart. En el libreto, el don Juan de Mozart no es muy diferente del de Moliere, pero la música describe a un gran hombre. Lo malo era que yo no podía reducir la música a unas intuiciones psicológicas, dejando aparte la vitalidad y la sensibilidad de Don Giovanni. Los ensayos psicoanalíticos sobre don Juan no servían de nada. Lo

presentaban como un homosexual reprimido, un egomaniaco con complejo de inferioridad, o como un psicópata indiferente a los sentimientos de los demás; en suma, un tullido emocional que no podría seducir a una mujer ni aunque estuviera solo con ella en una isla. No sabía cómo acercarse a Liona siguiendo semejante ejemplo.

Debo la curación de mi amor imposible y el descubrimiento del secreto a una mujer que me tomó por un don Juan.

Zsuzsa era un ama de casa rechoncha y cuarentona. Yo solía encontrarla en reuniones en las que desconcertaba a los asistentes saludándoles con

exclamaciones de alivio: «¡Cuánto me alegro de verlo! ¡Oí decir que lo habían arrestado!» También nos recordaba la posibilidad de que los chinos se apoderaran de Hungría y nos advertía de nuestra inminente aniquilación por las bombas nucleares norteamericanas. «Lo que yo pregunto -dijo una vez con voz sonora cuando la reunión empezaba a animarse y su marido ya estaba dando palmaditas en el anca de otra mujer-, lo que yo pregunto es: ¿Qué tiene que ver la lucha contra el comunismo con la incineración de este país? ¿Por qué los americanos han de bombardearnos a nosotros} ¿No hemos sufrido ya bastante con los rusos?» Su marido era un

relevante ingeniero de Obras Públicas, alto, bien parecido, simpático y sociable, que se interesaba por muchos temas y que gozaba del aprecio tanto de los hombres como de las mujeres. No era de extrañar que, al lado de un hombre como aquél, una esposa no muy agraciada viviera en perpetuo estado de ansiedad. Mis amigos decían que Zsuzsa era una neurótica, pero a mí me parecía que, en el fondo, su constante preocupación por las hecatombes era señal de autodomínio. Ya que no podía reprimir su justificada zozobra, por lo menos canalizaba su desesperación personal hacia temas de conversación abordables públicamente. De todos

modos, forzosamente tenía que llegar el momento en el que ni ella misma supiera qué era lo que en realidad la acongojaba.

En una reunión nocturna a la que Zsuzsa asistía sin su marido, estuvo alertando a la concurrencia contra la ola de gamberrismo que afectaba a Budapest. La prensa del Partido, que habitualmente hacía gala de un imperturbable optimismo y limitaba las informaciones alarmantes a la sección de Internacional, había publicado recientemente el caso de un conductor de autobús, que, al volver a su casa a una hora avanzada de la noche, fue atracado y despojado de todas sus

pertenencias, incluso de los calzoncillos. Puesto que ésta era la única atrocidad nacional reconocida oficialmente por los periódicos y el hecho se produjo en una de las primeras noches de escarcha de octubre, el percance del conductor de autobús prendió en la imaginación popular. A los pocos días, si había que creer todos los rumores, en la capital debían de quedar muy pocos hombres con todas sus prendas de vestir y muy pocas mujeres sin violar. Sin embargo, Zsuzsa no consiguió crear más que una breve inquietud por los criminales que acechaban en las calles oscuras. Por fin, a eso de las once, decidió marcharse de

la reunión, mucho antes que nadie, y se empeñó en que alguien la acompañara.

Deambulaba entre los asistentes, hablando con todos y con ninguno en particular.

—Tengo que marcharme, pero no me atrevo a salir sola.

Era una mujer pequeña e insulsa, seguramente muy aficionada a los caramelos: tenía una figura blanda, suelta y sin cintura. La cara, en contraste con el cuerpo, era delgada, de expresión atormentada, como de ratón triste.

Alguien le aconsejó que llamara a un taxi, pero ella hizo caso omiso de la sugerencia. — ¿Nadie lleva mi mismo camino? — preguntaba una y otra vez,

mirando insistentemente hacia donde yo estaba.

Yo era el único hombre sin pareja. Estaba sentado en un rincón, solo, con la esperanza de que pronto llegara Liona.

—Pareces estar compadeciéndote de ti mismo -dijo Zsuzsa, acercándose.

—Y me compadezco -respondí muy serio.

Ella se sentó en el borde del sofá.

—Eso es magnífico -dijo, con una sonrisa tímida y condescendiente a la vez-. Es magnífico que aún puedas compadecerte. Eso demuestra que todavía estás en la fase en la que piensas que mereces ser feliz.

—Todo el mundo merece ser feliz -

dije secamente, tratando de darle una lección.

–Bueno, no sé -respondió arrastrando las sílabas-. Yo no creo merecerlo. – ¿Por qué?

–Soy una mujer insignificante.

–Tonterías. Eres muy bonita.

–Muy amable, Andrés. Pero si de verdad fuera bonita -agregó con una sonrisa tentadora- no creo que me costara tanto encontrar a alguien que me acompañara a casa.

No estaba seguro de si Zsuzsa tenía miedo de los delincuentes o quería flirtear conmigo. Me pareció que con ella había posibilidades. Sin embargo, la idea de ser infiel a Liona -y con una

mujer tan poco atractiva- resultaba denigrante. Mejor dejarlo.

Como guardé silencio, Zsuzsa agregó con tristeza:

—Mi marido está en casa, trabajando. No quería molestarlo, pero supongo que vale más que lo llame para que venga a recogerme.

No había más remedio que transigir para acabar de una vez.

Mi gesto de galantería me pesó en cuanto sentí en la cara el viento helado de noviembre.

—No consentiría que me acompañaras a casa con este tiempo si no fuera por todos esos casos que se cuentan -dijo Zsuzsa-. No quiero que me

ataque algún criminal.

Caminábamos por las calles mejor iluminadas de toda la ciudad y, salvo un solitario policía, no vimos a nadie.

—No son ni cuatro travesías -dijo en tono defensivo mientras yo me subía el cuello del abrigo y procuraba que me entrara en la boca el menor viento posible. Pero mi mal humor parecía estimularla. Se puso coqueta-. Un chico como tú debe de tener muchas novias.

—Según -respondí, con la arrogante indiferencia del que no había tocado a una mujer desde hacía casi dos años.

Me molestaba que me adulara cuando yo me mostraba tan frío. Me hacía preguntas sobre mí que yo

contestaba bruscamente, pero en tono burlón. De pronto, me di cuenta de que la trataba exactamente igual que Liona me trataba a mí. Aunque procuraba suavizar mis modales con aire zumbón, similar al que adoptaba Liona conmigo, mi aversión a Zsuzsa era auténtica, y si en mi trato con Liona, por más que me doliera su rudeza, me consolaba la absoluta certeza de que ella no podía hablar totalmente en serio, ahora, de pronto, adiviné que sí podía, si sentía por mí lo que yo sentía por la pesada Zsuzsa mientras andaba a su lado por la calle, con un viento glacial. Empecé a escucharla con un amargo sentimiento de afinidad.

Evidentemente, Zsuzsa se dio cuenta del cambio, y su voz perdió su monotonía y adquirió una inflexión de cauta alegría. Me hablaba de sus hijos, una niña de cuatro y un niño de ocho, y de los deberes del niño, que eran un problema.

—Yo no puedo ayudarlo como su padre, y menos en aritmética —dijo Zsuzsa parándose junto a una farola como si de pronto le faltara el aire—. Y él tiene muy poco tiempo para sus hijos. Siempre está de viaje. Esta semana vuelve a estar fuera, arreglando no sé qué presa rota. — Al principio, pensé que no la había oído bien (el viento le ahogaba la voz), pero agregó con

naturalidad-: Sí, estoy sola más de una noche.

Debajo de la farola, sobre el fondo de la avenida desierta y los grandes bloques de apartamentos, Zsuzsa parecía, a pesar del abrigo, más delgada que en la fiesta. Le pasé el brazo alrededor de los hombros.

—Justo lo que me figuraba -dijo con cierto aire de ojeriza-. Ya decía yo, en cuanto se entere de que mi marido no está en casa, cambiará de actitud.

Retiré el brazo.

—La verdad es que estoy enamorado de una mujer que no quiere saber nada de mí. Quiere a su marido.

—No te creo -respondió Zsuzsa con

una risa nerviosa. Evidentemente, le preocupaba que yo hubiera quitado el brazo-. Eso te lo has inventado -dijo con resentimiento-. No sé de ninguna esposa que haya sido infiel a su marido si estaban realmente enamorados, y tú eres muy don Juan para perder el tiempo con una de éstas. Te conozco: tú eres de los que sólo andan detrás de las mujeres a las que saben que pueden conseguir.

—Puede que no sea tan calculador.

—Tú ni ves a una mujer hasta que crees tener posibilidades.

—Te he dicho en la fiesta que me parecías bonita, ¿no?

Seguimos con este regateo para averiguar la cantidad de consideración

que exigiríamos a cambio de tragarnos el orgullo. Yo fui el primero en ceder. — ¿Estás enfadada conmigo? — pregunté melancólicamente, acercándome a ella.

Zsuzsa me tomó la cara entre las manos enguantadas y, alzándose sobre las puntas de los pies, me dio un beso. Luego, retiró las manos, se las puso a la espalda y se quitó los guantes apretándose contra mí. Yo sentía los latidos de su corazón a través de los dos abrigos. De pronto, a la luz de la farola, me pareció bonita: el deseo suavizaba los ángulos de su cara.

Cuando se hubo quitado los guantes me desabrochó el abrigo y el pantalón.

En cuanto me tocó, tembló. Yo

estaba impresionado por atraerla tanto. – ¡Es ridículo cómo me ponen los hombres! – suspiró, como si ello le doliera, reprobando su propia conducta. Al cabo de un rato retrocedió y me miró frunciendo el entrecejo-. No deberías besarme aquí. Cualquiera que pasara podría reconocerme.

Resultó que estábamos al lado de su casa, precisamente debajo de la farola, y no pude menos que sorprenderme por su imprudencia. Sin embargo, aún después de esta franca declaración de intenciones, ella dijo en tono convencional, con naturalidad: -¡Qué frío! ¿Por qué no subes a tomar una copa?

Cuando entramos en el apartamento me llevó a la cocina y empezó a sacar botellas de un armario.

—Yo no bebo -confesé-. De pequeño me emborraché mucho una vez y desde entonces no puedo ni probarlo.

—También eso te lo has inventado. No tienes pinta de abstemio.

En aquella cocina blanca y reluciente me sentía cohibido, como el paciente que, en el hospital, espera que el médico le diga lo que tiene que hacer.

Tenía ganas de marcharme. ¿No estaba enamorado de Liona? ¿No me repelía Zsuzsa hacía apenas media hora? Pero ella quizá conocía a los de mi especie mejor que yo, y decidí hacerle

caso. Tomé la copa de brandy que me ofrecía, bebí y tuve un violento acceso de tos. – ¡Silencio! – siseó Zsuzsa apagando la luz-. ¡Despertarás a los niños!

Cuando dejé de toser ella apoyó la cabeza en mi hombro.

–Yo no soy tan lanzada como tú. Necesito un trago. – Me pasaba las yemas de los dedos por la cara, como si tratara de verme a través de ellas-. Es una suerte que nos encontráramos esta noche. Gyuri se fue hace dos semanas. ¡Yo deseaba tanto que me ocurriera algo! Pero hasta ahora no había pasado nada. Y regresa mañana.

Estaba diciéndome claramente (y sus

caricias no hacían sino empeorar las cosas) que lo único que quería era acostarse con alguien antes de que regresara su marido. Supongo que ella sabía que no me importaría.

Al ver que yo me mantenía pasivo, su cuerpo se relajó de pronto.

—Mi marido dice que no soy atractiva. ¿Te parece que tiene razón?

—Tonterías. — Empecé a besarla y a desnudarla-. Tonterías.

Me condujo a un cuartito contiguo a la cocina.

—No hay más que una cama pequeña, pero es la habitación que queda más lejos del cuarto de los niños. No tendremos que preocuparnos por si nos

oyen. – Entre la pared y la cama quedaba poco espacio y tropezábamos al desnudarnos-. Hace dieciocho años que me casé y tú eres mi cuarto amante.

–Pues me llevas uno de ventaja. – Extendí los brazos y me hundí en su ancho cuerpo.

–No tienes que mentir para complacerme. ¡Me figuro la cantidad de mujeres que habrás conocido! Pero no soy celosa.

Nos echamos en la estrecha cama. Sentí en la espalda el frío de la pared.

Pero cuando me puse encima de ella, sus carnes suaves y calientes me abrigaron como una suave manta y empecé a besarle los pechos. – ¡Lo

sabía! – exclamó con alegre sorpresa-.
¡Sabía que eras un goloso!

–De pronto, sin motivo aparente, trató de rechazarme y empezó a refunfuñar-. No debería consentirlo. En realidad, tú no me deseas.

–Pareces conocerme muy bien -le dije-, de manera que no ha de serte difícil adivinar lo que siento.

Zsuzsa volvió a cambiar de actitud, con rapidez.

–Yo diría que tú deseas todo lo que puedes conseguir.

10. DE LA DESPREOCUPACIÓN

La libertad es el reconocimiento de la necesidad.

FRIEDRICH ENGELS

Mi asunto con Zsuzsa acabó antes que el invierno. Su marido no le hacía mucho caso, pero era celoso, y teníamos pocas oportunidades de vernos.

Aunque ella hubiera podido venir a mi casa a primera hora de la tarde, cuando mi madre estaba en la oficina y sus hijos en la escuela, teníamos que vernos en la suya, para que ella pudiera contestar al teléfono si él llamaba. Siempre me llevaba al cuartito de la criada, al lado de la cocina. La primera

noche fue una suerte que la oscuridad no me permitiera ver lo que era aquello. Las paredes encaladas, altas pero agobiantemente estrechas, el suelo de madera desnudo y el pequeño tragaluz eran testimonio arquitectónico de lo que fuera la vida de las criadas en la Hungría de antes de la guerra. Ahora lo usaban como cuarto de invitados, pero no había sido mejorado en absoluto: ni cortinas, ni alfombra, y por toda decoración un mediocre paisaje al óleo, una amalgama de verdes, como los que solían ofrecer los vendedores ambulantes de puerta en puerta. No había espacio ni para una silla: todo el mobiliario consistía en una cómoda y la

estrecha cama. Puesto que durante mis visitas no había nadie más en la casa, yo no comprendía por qué teníamos que acostarnos en aquel lugar tan poco inspirador.

—Por lo visto, no queréis que vuestros invitados se queden mucho tiempo -dije a Zsuzsa.

—Así es más fácil recoger cuando terminas -dijo.

«Por lo menos podría haber dicho "terminamos"», pensé.

Durante un tiempo aquello no influyó en nuestros momentos de placer.

Zsuzsa podía tener grasa en el cuerpo, pero era una grasa ardiente. Podía decirle con sincero entusiasmo

que ella no tenía por qué sentirse inferior a ninguna otra mujer. Pero era una verdad a medias. Su simpático y popular marido parecía haber conseguido anular su confianza en sí misma, y una breve cita con un chico de diecinueve años poco podía contribuir a devolvérsela. El garbo y el fuego de Zsuzsa eran cualidades que brillaban en momentos insólitos. En circunstancias normales estaba siempre pálida y angustiada, como si acabara de perder un tren. Gozaba apasionadamente hasta que tenía el orgasmo, para convertirse, inmediatamente después, en una especie de solterona desconsolada. «Si no me doy prisa, me dejas atrás», se

lamentaba, estremeciéndose todavía. Ya fuera porque necesitaba herir a los demás para sentirse segura o porque temía perderme, siempre tenía una frase hostil para la despedida. «¡Mucho cuidado con jactarte de esto con los amigos!» o «Vas hecho un desastre, ¿por qué no te cortas el pelo?».

—No quiero sentirme responsable del equilibrio psíquico de un muchacho -me dijo la última vez que estuvimos juntos en aquella desnuda celda.

Estaba todo lo guapa que podía estar, pues acababa de ponerse un vestido de terciopelo azul oscuro que relucía tenuemente sobre su pálida piel y se destacaba sobre la pared blanca.

-No quiero que llegues a depender excesivamente de mí -prosiguió. No era la primera vez que me lo decía-. Deberías buscarte otra chica.

-Ya la tengo -respondí con franqueza, aprovechando la ocasión para dar la noticia.

Aquel invierno hice nuevas amistades. Los estudiantes del Instituto de Artes Dramáticas y Cinematográficas seguían el curso de marxismo-leninismo con nosotros en la Universidad de Budapest, y durante las aburridas clases los universitarios solíamos charlar con ellos. Los jóvenes actores y cineastas nos encontraban excesivamente serios, pero nos lo tomábamos bien y nos

invitaban a sus fiestas. Allí conocí a Imre Vadas, uno de sus profesores, un fornido cámara que comía carne cruda. Era un campesino de cara colorada oriundo de la puzsta que hablaba un francés exquisito, además de los lenguajes de todas las mujeres. La divisa de Imre era: «No hay nada más fácil que vivir despreocupadamente.» Nos hicimos amigos. Cuando estaba comunicativo, Imre me contaba sus aventuras, una de las cuales me parecía especialmente fascinante.

Meses antes, había sido enviado a filmar una boda campesina para un documental en color. En el baile de la boda vio a una bonita muchacha que le

gustó y le devolvía sus intensas miradas. Después del rodaje Imre bailó con ella, pero eso era todo lo que podía hacer, ya que tenía que regresar a Budapest a la mañana siguiente.

Ella era la maestra del pueblo, e Imre comprendía que debía descartar toda proposición descarada. La muchacha podía montar una escena e Imre quería salir de aquel pueblo de barro, dejado de la mano de Dios pero temeroso de El, en una sola pieza. «Yo estaba en un callejón sin salida - recuerdo que decía con incredulidad-. Pero se me ocurrió una idea. Las mesas de la boda estaban arrimadas a la pared, y en cada una había un florero con un

gran ramo de rosas, obsequio para los recién casados. ¿Por qué no decírselo con flores?, me pregunté. Era cursi, pero podía dar resultado. Aunque la muchacha se indignara, el ramo de flores la distraería lo suficiente como para impedirle armar un alboroto. Así que me paré en medio de un baile (yo quería desconcertarla), me acerqué a una de las mesas, agarré las rosas, volví junto a la muchacha y se las ofrecí, todavía chorreando y después de pincharme. "Yo te doy estas fantásticas rosas si tú me dejas pasar la noche contigo."» -¿Y qué pasó?

-Dijo que sí. Muy colorada, desde luego. Chico, yo te aseguro que aquellas

rosas merecieron la pena.

Este relato me causó honda impresión y decidí seguir el ejemplo de Imre en la primera ocasión en que tuviera rosas al alcance de la mano. Al cabo de una semana aproximadamente, al pasar por delante del café Tulipán a última hora de la tarde, vi a una rubia y simpática divorciada que, según se rumoreaba, acababa de romper con su amante, sentada a una mesa, sola.

Yo había visto a Bobby, porque éste era su curioso nombre, de vez en cuando, en los baños Lukács, donde cometí el error de enamorarme de ella. Bobby tenía treinta y cuatro años y daba gloria verla, sobre todo con su bikini

azul; tenía unos pechos soberbios y unas caderas tan redondeadas que de buena gana me los hubiera llevado a casa. Siempre estaba acompañada de algún atractivo caballero que la seguía a varios pasos de distancia. Porque ella se movía más de prisa que la mayoría de la gente.

Nos presentaron en una reunión y, desde entonces, cuando coincidíamos en algún sitio, solía lanzarme alguna que otra pregunta. Era segundo violín de la Sinfónica de Budapest, mujer sensual, de carácter independiente, que tenía muy poca paciencia con los hombres que no se comportaban como ella quería. Pocos días antes había echado de casa al

escultor con el que vivía y ahora -si mis informes eran buenos- estaba libre. Lo cierto era que en aquel momento estaba sola en el café, con el estuche del violín en la silla de al lado. Debía de haber entrado después del concierto, a tomar la última taza del día.

Saludé a Bobby con una cortés reverencia y ella me dio permiso para sentarme a su mesa. Aunque caminaba de prisa no daba impresión de atolondramiento, sino que tenía un aire de grave dignidad, especialmente cuando estaba sentada. Yo, con tal de acostarme con ella, habría ido a la cárcel y me habría dejado despedazar por la policía secreta. No obstante, no

estaba nervioso. Después de mariposear alrededor de Liona durante casi dos años sin el menor éxito y de seducir a Zsuzsa en una sola noche, estaba convencido de que ninguna mujer querría saber nada de mí a no ser que necesitara un hombre y, antes de que yo abriera la boca, me contestara.

Recuerdo haber pensado con serena complacencia que hacía apenas unos meses me habría devanado los sesos buscando la manera de atraerla.

Ahora que sabía que la pregunta estaba contestada antes de ser formulada, no había más que averiguar la respuesta.

Boby llevaba un vestido negro de la

orquesta y tenía un gesto de cansancio en su cara redonda, de pelo rubio: sus ojos no expresaban más deseo que el de dormir. Ya que aquellas fuentes profundas y azules no daban información y recordando el relato de Imre, miré en derredor en busca de flores. Aunque el café tenía el nombre del tulipán, en el vetusto local no había flores de ninguna clase. Ni siquiera artificiales. Yo sabía que la floristería de la esquina estaría abierta; pero habría resultado muy extraño salir corriendo a comprar un ramo de rosas y luego volver y hacer la pregunta. Además, la gracia estaba en la espontaneidad. Observé que Bobby alzaba ligeramente las cejas mientras yo

miraba las otras mesas: estoy seguro de que no estaba acostumbrada a que los hombres se fijaran en otras cosas mientras estaban en su compañía. Volviéndome de nuevo hacia ella, recorrí con la mirada la mesita de mármol agrietado que había entre los dos, preguntándome qué podía ofrecerle. No vi nada más que nuestras tazas, medio llenas de café, y un maltrecho cenicero de latón con el nombre de una cerveza grabado en él, lo cual significaba que debía de haber sido fabricado en tiempos del capitalismo, antes de 1945. Un cenicero de latón de siete años, con una colilla de otro cliente. Pero ¿no estaba todo decidido

de antemano? Cogí el cenicero, tiré la colilla al suelo y se lo ofrecí.

—Le regalaré este precioso cenicero antiguo si acepta ser mi amante -le dije con voz clara y firme.

Antes habíamos hablado de por qué a los dos nos parecía que Kodály era mejor compositor que Bartók, por lo que ella me miró desconcertada. Tuve que repetir mi proposición.

—Le regalaré este cenicero auténticamente antiguo si acepta ser mi amante.

Esta vez entendió. — ¿Cómo? — preguntó.

Estoy seguro de que, hasta aquel momento, nuestra plácida conversación

había permitido a Bobby seguir con los pensamientos que la ocupaban antes de que me sentara a su mesa. Tal vez pensaba en el desorden de su apartamento, en el ensayo de la mañana siguiente o en la ropa que tenía que mandar a la lavandería. Incluso una mujer hermosa, alegre y admirada debía de tener sus problemas después de un matrimonio fracasado, después del disgusto con el imbécil del escultor, cuyas pertenencias, según se afirmaba, ella había arrojado por la escalera y después de un largo concierto, problemas en los que pensar mientras estaba sentada en un café, sola, a los treinta y cinco años, pasadas las once y

media de la noche. Pero aun así, Bobby no dio muestras de asombro.

—Tengo que reconocer que nunca me habían hecho una proposición como ésta —dijo, mirando el cenicero que yo sostenía delante de ella.

—Pues debería tomarla en consideración.

Las mesas contiguas estaban vacías, y me pareció que el espacio que nos rodeaba se convertía en un desierto: yo había creado instantáneamente un ambiente de intimidad. Las mujeres cuyos sentimientos están bien sepultados o se han extinguido pueden manejar fácilmente semejante situación, en un sentido o en otro. Pero Bobby era una de

esas mujeres cuyo pensamiento interesa a su sistema nervioso. Las cosas «se les meten bajo la piel», y al verse objeto de una súbita proposición, no pudo menos que experimentar una metamorfosis. No es el hombre, sino el pensamiento en sí, lo que despoja a estas mujeres de su personalidad, al enfrentarse a una imagen de rayos X de sí mismas, un conocimiento de sí mismos más profundo y simple a la vez. De aquí su disgusto ante una acometida brusca: quedan materialmente «fuera de sí». Dice mucho en favor del carácter de Bobby que supiera mantener una firme dignidad bajo el asedio, de manera que yo no pudiera adivinar sus sentimientos

mientras le presentaba aquel pedazo de hojalata. Puso un reparo a mi ofrecimiento.

–Ese cenicero es de la casa -dijo.

Ahora que ya había manifestado mis pretensiones, dejé el objeto encima de la mesa. Ella levantó la taza para apurar el café, y otro tanto hice yo, con bastante alegría, por cierto. Se me ocurrió decirle ternezas (me hubieran acudido a los labios con facilidad) y la sentía tan cerca que mi voz le habría rozado la piel. Con mis palabras podría rodear su cuello esbelto, mesar su cabello rubio recogido en un moño flojo detrás de la cabeza; mi voz podría tocar los lóbulos de sus orejas bajo las piedras negras de

los pendientes.

Podría acariciarla con sonidos, y no era una idea impropia, quizá, puesto que ella era violinista. Pero ¿por qué iba yo a perder el tiempo en cosas superfluas? Estaba dispuesto a marcharme de allí sin más, contento de haber pasado unos minutos en compañía de una mujer encantadora, y luego olvidarla. Incluso me volví a observar la escasa concurrencia y tropecé con la mirada de un camarero distante, un hombre delgado y calvo, que me contemplaba con sonrisa cómplice. – ¿Qué te parece? – pregunté a Bobby.

– Conforme – dijo ella-. Con la condición de que robes el cenicero para

mí.

La firmeza de su voz habría debido darme a entender que lo sucedido era la parte más fácil de la transacción.

«De esto puede morirse uno», pensaba yo durante aquella noche, mientras el corazón me latía alegremente. – ¡No te separes! – dijo ella la primera vez-. Me gusta notarla pequeña. – Pero, al poco, ya estaba otra vez moviendo las caderas mientras me sonreía serenamente-. El sexo me daba pánico -me reveló en un susurro. No me lo creí-. Es verdad, te lo juro. Yo era morbosamente apocada y tímida. La vida se reducía a mi papá, mi mamá y mi violín. – Me volvió de lado con sus

piernas y siguió apartándose de mí, de manera que yo tuve que empujar rápidamente para no perderla-. Ahora debemos descansar -dijo después, satisfecha-. Vamos a hacerlo a la francesa.

Estaba sentada en la cama, acariciándome las piernas con los dedos de los pies y tratando de meterme fresas en la boca cuando, poco después de la salida del sol, me quedé profundamente dormido.

El despertador sonó a las nueve. Bobby tenía ensayo y yo llegaba tarde a la clase. Salimos del apartamento corriendo y sin desayunar.

-Vamos a nadar este mediodía -

propuso ella mientras bajábamos la escalera.

Eché una siesta durante una introducción a la Wissenschaftslehre de Fichte, compré unos bocadillos rancios que devoré en el autobús y, a la una y media, me encontré con Bobby en los baños Lukács. Ella había llegado antes que yo y estaba de pie al lado de la piscina, con su bikini azul y su cabello rubio más brillante que el pálido sol invernal que se filtraba por la cúpula de cristal cubierta de escarcha. Los desconocidos la miraban con admiración y las amistades la saludaban con reverentes «holas». Me pregunté si no habría estado soñando con ella

simplemente, pero mis doloridos músculos eran una gratísima prueba de que no había sido un sueño.

Me retó a cruzar la piscina en ambos sentidos. Cuando, por fin, salí del agua, jadeando, ella ya estaba secándose el pelo con una toalla. Haciendo caso omiso de su encantado público, me dio un beso largo.

—Gracias a ti estoy en tan espléndida forma -dijo. — ¿Por qué? — ¿No conoces la ley de Einstein? El placer se convierte en energía.

Le propuse que nos tumbáramos un rato. Nos echamos boca abajo, con los brazos cruzados uno delante del otro y los codos juntos. No sé cómo no había

reparado antes: Bobby tenía un número tatuado en el antebrazo.

Debió de advertir mi estupor, porque contestó antes de que yo pudiera preguntar. – ¿No lo sabías? No soy una intelectual, por lo tanto supongo que debe de resultar bastante difícil de creer que sea judía.

–No puedo imaginarte en un campo de exterminio.

–Auschwitz, ciento veintisiete días y cuatro horas.

Mientras la escuchaba recordaba la fotografía de un grupo de judíos, hombres y mujeres con la cabeza afeitada, esqueletos desnudos delante de un barracón; la imagen me impresionó

profundamente, y pensé que, de haber sido yo uno de ellos, no habría podido seguir viviendo, aunque no hubiera muerto allí. Al tratar de imaginar todo lo que habría sufrido y verla allí, tendida a mi lado, irradiando salud y energía apenas ocho años después, me avergoncé de estar cansado.

Después del baño, Bobby se fue a su casa a ensayar y yo volví a la universidad. Me había dado una entrada para el concierto, y cuando éste acabó nos fuimos a cenar al café Tulipán. Le conté quién me había dado la idea de ofrecerle el cenicero. Mucho después, cuando por fin me había quedado dormido, un codazo en las costillas me

despertó.

–Me gustaría conocer a ese cámara amigo tuyo -dijo Bobby con voz alta y perentoria-. Debes presentármelo.

Después de esto ya no pude dormir, y nos quedamos sentados en la cama, contándonos nuestras vidas. A los veintiséis años, Bobby todavía era virgen y vivía con sus padres cuando, a finales del verano de 1944, la SS y los nazis de Hungría tomaron la capital de provincia en la que su padre era profesor de música y Bobby, primer violín de la sinfónica local. Recordaba haberse parado, con su madre, delante del bando por el que se ordenaba a todos los judíos mudarse al ghetto; su madre, que

no era judía, se rió al leer que los gentiles casados con judíos podían anular su matrimonio simplemente firmando una declaración en el Ayuntamiento, lo cual les permitiría permanecer en sus casas y disfrutar de todos los derechos de los arios. «He vivido con tu padre veintisiete años, ¿cómo pueden pensar que voy a dejarlo ni un solo día?» Se fueron todos al ghetto, pero sólo permanecieron juntos unas horas. Por la noche, fueron despertados por ladridos de perros y voces: los hombres debían partir inmediatamente hacia los campos de trabajo.

Hubo pánico, pero los guardias les

aseguraron que todos se reunirían al cabo de pocos días. Se despidieron del padre, que se alineó con los demás bajo las luces, y ya no volvieron a verlo. A la mañana siguiente, las mujeres y los niños fueron encerrados en un vagón de mercancías que no se abrió hasta dos semanas después, en la vía muerta de Auschwitz. En el andén, un hombre vestido con elegante traje blanco, clasificaba a los recién llegados señalándolos con una fusta de montar. Cuando el hombre preguntó amablemente a la madre de Bobby si creía poder hacer trabajos pesados, ella, sorprendida por tan inesperado interés por su bienestar -después de pasar dos

semanas encerrada en un vagón de mercancías con muertos y moribundos-, le contestó, con una sonrisa de gratitud, que prefería tareas más ligeras, de cocina o costura, por ejemplo. El caballero la envió al grupo formado por personas de mediana edad, mujeres embarazadas y niños que iban a ser conducidos a la cámara de gas inmediatamente. Eso Bobby lo supo después; en aquellos momentos, todavía no sabían qué ocurría. Su madre debía de pensar que Bobby la seguía, porque se alejó sin mirar atrás.

El primer trabajo de Bobby consistía en sacar los cuerpos congelados de las cámaras de gas y apilarlos para ser

cremados. Mientras ella recordaba, nos abrazábamos atemorizados como si se estuviera descargando una tormenta.

Le hablé del asesinato de mi padre y lloramos por él y por sus padres. El mundo era insoportablemente cruel, pero nosotros nos consolábamos uno a otro. A la mañana siguiente, le pedí que se casara conmigo. Parecía encantada, pero me dio largas.

—Tienes suerte de que no tenga unos cuantos años menos: te tomaría la palabra. Aunque, en principio, no tengo inconveniente. Si seguimos juntos dentro de un año, nos casaremos.

Boby me dio café y manzanas para desayunar, y a la hora del almuerzo

volvimos a encontrarnos en los baños Lukács. Empezaba a sentirme un poco mareado.

–Estás pálido -me dijo con sincera preocupación-. Realmente, necesitas nadar un poco.

Por la noche, me llevó a una fiesta en la que yo no conocía a casi nadie. Me presentaba como su compañero.

–Por si te interesa saberlo -agregaba si alguien nos miraba con extrañeza-, tengo quince años más que Andrés. Pero él compensa la diferencia con su descaro.

En realidad, yo estaba bastante acobardado. Era una de esas fiestas en las que la gente no se sienta, y a mí me

costaba mantenerme en pie.

Uno de los asistentes era un distinguido crítico musical de ojos húmedos y perilla negra, con una esposa baja y gordita. Al vernos, adelantó el mentón, me endosó a su mujer y se fue detrás de Bobby. Traté de distraer a la señora que me habían encomendado, pero ni ella ni yo dejábamos de observar al sinvergüenza del marido que hablaba muy de prisa con Bobby.

—Bobby es una mujer poco corriente, ¿verdad? —observó la esposa, irguiendo su redondo cuerpecito al tiempo que alzaba la voz.

—Sí que lo es —respondí, muy cansado para fingir—. Me alegro de que

comparta usted mi preocupación.

Entonces oímos la voz de Bobby alzándose sobre el estruendo de la sala.

Ella podía utilizar un tono que, aun siendo perfectamente normal, tenía la propiedad de interrumpir todas las conversaciones. — ¿Ha engañado alguna vez a su esposa? — preguntó al embelesado crítico.

Los asistentes los miraron y se hizo un súbito silencio estereofónico cuya magnitud podía medirse por el tintineo de los cubitos de hielo en los vasos.

El crítico se mesó la perilla, incómodo, quizá para protegerla de la radiactiva mirada que le lanzaba su esposa. — ¡Claro que no! — respondió

con una risita de desesperación-. Eso, nunca.

-En tal caso, no me haga perder el tiempo -dijo Bobby regiamente, volviendo la espalda.

Cuando salíamos, Bobby dijo que si estaba cansado podía irme a casa a dormir, pero me negué. Era viernes, y aquella noche ella decidió ir a esquiar durante el fin de semana. Yo no había esquiado más que unas cuantas veces en mi vida, cuando estaba en Austria con los americanos, y no tenía ropa ni equipo ni ganas de pasar el sábado en las montañas de Buda azotadas por el viento. Pero Bobby tenía unos pantalones y un jersey de mi medida y dijo que en

la estación de esquí podría alquilar botas y esquís.

Antes de las once, ya estábamos en las montañas y no regresamos hasta las ocho.

El apartamento de Bobby era pequeño y estaba impecable y decorado con fuertes contrastes de color. La moqueta que cubría no sólo el dormitorio-sala de estar sino también el baño era negra, y en el mobiliario dominaban el azul eléctrico y el naranja. Nada parecía tener cantos, como si los cuerpos sólidos fueran a disolverse en colores líquidos. Por lo menos, ésta era mi impresión aquella noche, en mi estado de cansancio y exaltación. Bobby preparó

huevos, tostadas y té y comimos sentados en la moqueta, delante de la chimenea artificial, del radiador de la calefacción central. Encima, colgado de una cadena de plata, pulimentado y reluciente, estaba el cenicero, recuerdo de la despreocupación con que yo solía abordar a las mujeres.

–Todavía estoy helado -dije a Bobby, con la cobarde esperanza de que aquella noche me excusara. – ¡Eso es fantástico! – exclamó, como si acabara de darle una estupenda noticia.

–No sé por qué.

Ella no me lo explicó hasta que estuvimos en la cama.

–Tú estás helado -susurró-, pero yo,

por dentro, estoy ardiendo. Será fabuloso.

Tenía razón.

Pasamos todo el domingo en la cama, y mientras ella se bañaba y preparaba algo de comer, pude echar un sueñecito. Pero durante la semana siguiente no tuve más oportunidades de dormir que las clases y los conciertos. El fin de semana siguiente me fui a casa y luego, de vez en cuando, me tomaba un día libre, pero empezaba a sentirme abotargado a todas horas. Aunque no era desagradable, desde luego, y yo me preciaba de ser capaz de mantener el ritmo de Bobby y me sentía recompensado por mis esfuerzos. Ella

solía andar por el apartamento sin más ropa que las bragas, y yo la contemplaba desde la cama, fascinado por los largos y blancos dedos de sus pies, aquellas raíces vivas de su cuerpo que se hundían y emergían de la negrura de la moqueta. Aún los veo, a través de una bruma, como entonces. Y aún siento en los hombros el roce de sus dedos ágiles y despiertos como entonces, mientras hablábamos o nos amábamos.

Si algo me molestaba de Bobby era que no parecía ver nada de particular en mi capacidad para permanecer despierto por la noche y nadar y dar largos y rápidos paseos con ella durante el día, además de asistir a la mayoría de mis

clases en la universidad. Me habría gustado que, por lo menos, reconociera que no abundaban los hombres que pudieran, o quisieran, hacer tanto. – ¡Qué tonto eres! – me dijo una tarde de fines de mayo, mientras paseábamos por el parque antes de que anocheciera-. Te estás matando por mí. Es una bobada. – ¡Qué disparate! – protesté con nerviosa aprensión.

Últimamente la notaba impaciente y había advertido que le costaba más y más tiempo y, evidentemente, esfuerzo de voluntad, conseguir el orgasmo conmigo.

–Tengo remordimientos por tu culpa, Andrés. – Parecía más irritada que

contrita-. Yo puedo dormir algunas tardes, pero ¿y tú? Todo este asunto empieza a ser un empacho para ti, ¿no te parece?

-No; no me parece -protesté con tristeza-. Pero me alegro de que te preocupes por mí.

Fue la única vez que advertí que Bobby no encontraba las palabras.

Seguimos andando bajo los árboles, entre sol y sombra, en silencio. - ¿Cómo quieres que te lo diga? - estalló al fin con acento de frustración-. ¿No te parece que ha llegado el momento de descansar?

No traté de discutir con ella. Comprendí, no sin amargura, que no

tenía sentido esforzarme por Bobby si ella había dejado de estar enamorada de mí.

Creo que esperaba que me lamentara, pero tampoco podía. Y, para ser francos, ¿de qué podía quejarme, después de aquellos meses de borrachera y ensueño?

11. DE LAS VÍRGENES

¡Oh, pureza, dolorosa y suplicante!

BARRY PAIN

Aquí, en nuestro campus de Ann Arbor, la cuestión más importante sigue siendo el aborto. El diario estudiantil llamado, un tanto pomposamente, The Michigan Daily, publica todos los días varias cartas sobre el tema. Aunque la

mayoría proceden del grupo partidario de la Libre Elección, se advierte cierto auge del principio del Derecho a la Vida. Con tan espinoso problema en el pensamiento de las jóvenes, no me sorprendió ver un reportaje con este titular: LA VIRGINIDAD, NUEVO ESTILO DE VIDA. Un grupo de estudiantes de medicina de segundo autodenominados MÉDICOS MASCULINOS PRO PROMISCUIDAD SEXUAL (MMPS) respondieron con una carta en la que anunciaban su intención de «combatir el alarmante resurgimiento de esta rara enfermedad, la virginidad, que se creía erradicada». Dado que hay estudiantes de medicina que asisten a

mis clases, en la reunión del claustro se me acusó de complicidad en esta broma de mal gusto, y, al fin de defender mi nombre y el honor del departamento de Filosofía, escribí a mi vez una carta a The Michigan Daily. «Me ha indignado la arrogancia del MMPS y su ofrecimiento de curar la virginidad de las jóvenes. Si no tienen consideración por los sentimientos y los principios morales de una joven, y no digamos su legítima preocupación por su futuro, deberían pensar, por lo menos, en el grave peligro al que se exponen.» Hubo varios comentarios más sobre el tema, pero el gran debate acabó durante la Semana del Gay y la Lesbiana.

En mis años de estudiante en la Universidad de Budapest conocí a una joven actriz llamada Mici, una pelirroja de brazos y piernas largos. Estuvimos saludándonos un par de años antes de intimar. A ella se le suponía talento, era bonita, de una manera febril, aunque muy poco sutil para inspirar curiosidad. La conocía de las clases de marxismo-leninismo a las que los estudiantes del Instituto de Artes Dramáticas y Cinematográficas asistían con nosotros, pero creía tenerla bien catalogada, aunque no fuera más que de vista. Le gustaba gritar obscenidades, usaba faldas muy cortas, y a la salida de clase la esperaba un tipo diferente cada dos

semanas. Durante aquel tiempo, tuve aventuras con unas cuantas chicas de mi edad que me enseñaron que, por inteligente y cariñosa que sea una muchacha, a los veinte años no puede saber ni sentir ni la mitad que a los treinta y cinco. No obstante, las caras jóvenes ya no me daban miedo, y si me mantenía apartado de Mici era porque no me atraía.

Un viernes de octubre por la noche, cambié de opinión. Aquél era un viernes especial, ya que yo podía llevar a casa a una muchacha para toda la noche.

Mi madre se había ido al campo a visitar a los abuelos y ayudar en la vendimia, y yo disponía del apartamento

para mí solo durante dos días. Por aquel entonces, mi madre y yo vivíamos prácticamente como hermanos -en buena armonía, pero independientes uno de otro- y yo dormía fuera cada vez que me convenía. Pero era inconcebible que llevara a una muchacha a mi habitación estando mi madre en casa. Desde que Bobby se cansó de mí, había tenido pocas ocasiones de pasar toda la noche con una mujer, y ahora quería aprovechar la oportunidad para las caricias sosegadas. Por desgracia, la mujer con la que me citaba por aquel entonces estaba casada, no podía pedirle que abandonara a su marido e hijos durante todo un fin de semana, pero esperaba encontrar a

alguien en el baile del Teatro Nacional que se celebraba aquella noche, para inaugurar la temporada. Era el acontecimiento social más importante para la comunidad artística de Budapest y atraía a la mayor cantidad de mujeres hermosas que yo haya visto reunidas en un mismo sitio. Los estudiantes del Instituto de Artes Dramáticas y Cinematográficas estaban invitados a alternar con los famosos, y yo asistía al baile en compañía de un grupo de amigos del instituto. Era un baile fastuoso que se celebraba en un lugar histórico: el teatro nacional de un país ocupado por tropas extranjeras. Lo que la Scala de Milán simbolizara para los

italianos durante la ocupación austríaca, el Teatro Nacional lo fue para nosotros durante la ocupación austríaca, la ocupación alemana y, ahora, la ocupación rusa. La política húngara era dictada por las divisiones de tanques soviéticos apostadas junto a las grandes ciudades, pero en el Teatro Nacional nos encontrábamos entre unas paredes que habían sido testigos de los triunfos de nuestra lengua, de las gestas de nuestra historia milenaria evocadas por nuestros poetas, manifestaciones inmortales de nuestros espíritus libres. Tanto durante la revolución de 1848 contra los austríacos como durante el levantamiento de 1956 contra la Unión

Soviética, casi exactamente dos años después del mencionado baile, el Teatro Nacional fue uno de los puntos clave de la revolución, con representaciones extraoficiales y sediciosas del clásico húngaro Bánk Bán, que trata de un levantamiento contra un gobernante extranjero durante la Edad Media. Cuando la revolución de 1956 fue aplastada y el régimen de Kádár instalado por los rusos, el Teatro Nacional fue derribado y en el solar se construyó una estación del metro. Pero aquel venerable edificio, tan peligroso para el Estado policíaco colonial era, por la misma razón, un poderoso afrodisíaco para nosotros. Mientras

estuvieron en pie aquellas columnas de mármol resplandecieron de orgullo espiritual y de sensualidad, pasiones gemelas que nacen de lo más recóndito del alma.

El salón de descanso, con sus columnas, sus estatuas de bronce y sus lámparas de cristal, servía como salón de baile para la orquesta y el público, los guardarropas se habilitaban como bares y buffets y los oscuros palcos servían de boudoirs instantáneos para quienes buscaban el recogimiento.

Muchas personas vivieron allí los momentos más emocionantes y dichosos de su vida. Aquello no tenía nada que ver con nuestras tertulias en la

universidad y yo estaba deseando participar en él, pero no tuve suerte.

Todavía estaba sin pareja cuando madame Hilda, una soberbia reina del teatro de Shakespeare, hizo su mutis espectacular. Era una diva lesbiana, un personaje auténticamente regio que despreciaba a todo el mundo y tenía el valor de demostrarlo, tanto si el objeto de su desdén era un pobre diablo o un personaje con poder sobre la vida y la muerte. Tenía una desfachatez tan colosal que podía hacer cualquier barbaridad y salir bien librada. Se decía que una vez había desairado a Rákosi (el dictador manipulado por el Kremlin en aquel entonces) y al embajador

soviético, que habían ido entre bastidores a felicitarla después de la representación. Madame Hilda tampoco se molestaba en disimular su acusado instinto masculino y perseguía a las muchachas con más descaro que la mayoría de los hombres. Hacia las dos de la madrugada eligió, por fin, entre las filas de las estudiantes de actriz, a un par de discípulas bien dispuestas y se las llevó palmeándoles las posaderas con mano firme. Madame Hilda, con su vestido de satén verde botella, cruzó el salón de descanso a la luz de las refulgentes arañas de cristal, empujando a las pálidas jovencitas, aparentemente ajena a las miradas de soslayo de la

comunidad artística húngara, y pendiente de las ancas de sus pupilas, que hacían extraños movimientos para sustraerse al contacto de sus manos. Madame Hilda era famosa por sus mutis, que tenían la virtud de anular a los que quedaban en escena.

Su marcha marcó un cambio a un comportamiento menos formal. Los que estaban contentos con su pareja empezaron a marcharse: seguidos de las mujeres que no iban acompañadas: el aire estaba muy cargado para los que no tenían en quién apoyarse. A los sones decorosos de un vals de Schubert, los hombres se llevaban a las muchachas a la pista de baile o a los oscuros palcos.

Sus caras tenían aún la expresión impenetrable de los ídolos públicos, pero en sus ojos brillaban unas llamas tenues como cirios en una misa negra. Yo, solitario en aquel ambiente afrodisíaco, no podía sentir sino conmiseración hacia otra solitaria; conmiseración y sorpresa, porque Mici no era una muchacha a la que esperase uno encontrar sin acompañante.

Con un vestido de gasa blanca que casi no tenía corpiño, Mici paseaba entre las parejas con expresión malhumorada y aburrida. Al verme, extendió los brazos con ademán típicamente teatral. — ¡Andrés! — exclamó, como si hubiera nacido con la

única finalidad de abandonarse en mis brazos en cuerpo y alma.

Sin darme tiempo ni a decir hola, se abrazó a mí y empezó a moverse al ritmo de la música. No habíamos dado ni dos vueltas cuando empezó a susurrarme al oído:

—Eres maravilloso..., siempre me has gustado, ¿lo sabías?

Cuando terminó el vals se apoyó lánguidamente en mí. — ¿Se puede hablar contigo en serio? — ¿De qué?

—De ti y de mí. — Echó la cabeza hacia atrás, con expresión grave, decidiendo súbitamente que ya iba siendo hora de que yo me explicara-.

Oye, ¿por qué nunca has probado a

follar conmigo?

–Me parecía que no te conocía lo bastante para eso -respondí, poniéndome colorado. – ¡Qué excusa más tonta!

–Vamos a casa -propuse, desconcertado. ¿Por fin mi buena suerte me había puesto en manos de una ninfómana? Al subir al taxi, empezó a besarme, al tiempo que me llevaba la mano por debajo de la falda. – ¡Me alegro tanto de estar a solas contigo! – susurró con impaciencia.

Pero estábamos en un taxi. Supuse que Mici estaba tan ciega de pasión por mí que no se daba cuenta de las maliciosas miradas del taxista, como si su pasión pudiera pasar por alto la

misma circunstancia que impedía su satisfacción. Ni reparé en el significado de la inversión de un ademán tradicional, cuando me hizo tocarla a ella en lugar de tocarme ella a mí.

Estaba demasiado excitado para pensar con claridad. Mi mano estaba dentro de las bragas y mis dedos palpaban el húmedo terreno, como exploradores de vanguardia del grueso de las fuerzas.

Cuando por fin estuvimos solos en el ascensor, Mici, de repente, se acordó de su madre y se desasió.

—A mi madre no le gustaría saber que estoy levantada tan tarde. — Debían de ser las tres—. Ella cree en el refrán

que dice: «A quien madruga Dios le ayuda». – ¿Vives con tus padres?

–Estoy en una residencia. Soy la típica chica de pueblo lejos de casa. A mis padres no les gusta el plan. No les hace ninguna gracia que esté estudiando para ser actriz.

Cuando salimos del ascensor y avanzamos por el curvo corredor, a esa luz amarillenta típica de los edificios de apartamentos, la cara de Mici adquirió un tinte ceroso. «Así debe de estar también mi cara -pensaba yo-. Es ya muy tarde.» Yo sentía el cuerpo electrizado por una corriente de simpatía.

Ella seguía hablando de su pueblo natal y de sus amigas. Me alegraba de

que también ella necesitara una pausa a fin de serenarse después del acaloramiento del taxi. Camino de la cama de un condiscípulo desconocido, ella buscaba el equilibrio interior recordando a las amigas de la niñez, del mismo modo que los saltadores palpan el trampolín con los dedos de los pies, buscando un sólido puntal para tomar impulso antes de lanzarse.

Cuando llegamos a mi habitación, Mici lanzó en derredor una mirada rápida y se fue directamente hacia la cama con una premura profesional que me recordó a Fräulein Mozart. Se sentó en la cama y se bajó el breve cuerpo del vestido. Antes de que pudiera sentarme

a su lado ya se había quitado también el sostén. Desnuda hasta el ombligo, irguió la espalda, sacando los pechitos. Mientras la miraba, desconcertado y conmovido a la vez, me dijo con una sonrisa extraña:

–Enciende todas las luces. Quiero verte la cara.

Las encendí, me senté a su lado y empecé a desnudarme. Pero Mici me abrazó, oprimiendo sus pezones desnudos contra mi americana.

–Me gustaría más que me quitaras las bragas.

Obedecí inmediatamente. Entonces se le subió la falda y ella abrió sus pálidos y delgados muslos para volver a

cerrarlos en seguida. Pero no quiso desprenderse de su vestido de gasa blanca, que ahora estaba hecho un fardo alrededor de sus caderas. Traté de penetrarla, pero el fardo estorbaba.

—Esto ha sido un descanso muy sexy, ¿no crees? — susurró, agarrando a mi impaciente amigo y oprimiéndolo contra su vientre.

Lo palpaba, lo acariciaba, lo comprimía para mantenerlo quieto, mientras permanecía con los ojos cerrados. ¿Qué estaría viendo? Algo veía, yo lo adivinaba por su manera de sonreír. ¿Necesitaría el estímulo de imágenes sugestivas y cerraba los ojos para contemplar detrás de los párpados

otros cuerpos, mientras sentía el mío? Dicen que una muchacha imaginativa puede montarse una orgía con un solo hombre.

Al cabo de una hora empecé a impacientarme; y Mici, notando la creciente perentoriedad de mis movimientos, rodó hacia un extremo de la cama y cruzó las piernas. Parecía ofendida.

Tambaleándome, me acerqué a mi viejo fonógrafo y empecé a darle cuerda.

Era una buena manera de calmar los nervios. Pensaba que lo menos que debía a una muchacha tan expeditiva era dejar que eligiera ella el momento.

–Mírame -le oí decir-. Quiero verte la cara.

La miré y le dije que se tapara con la manta o podía resfriarse. é -No puedo. –
¿Por qué?

–Soy religiosa. – ¿Qué quieres decir con eso?

–Que soy virgen.

Me ordené la ropa, sintiéndome cohibido por mi estupidez.

–Mírame, quiero verte la cara - insistía Mici, y empecé a sospechar por qué. Pero ella se anticipó a cualquier reproche-. Aunque no me mires, me doy cuenta de que estás furioso. Pero eso sólo demuestra que no me quieres. Si me quisieras, te darías por satisfecho con

jugar un poco.

–Bien, ya hemos jugado -dije con amargura desde el centro de la habitación, en tierra de nadie-. ¿Jugamos ahora a otra cosa? ¿Quieres escuchar discos? ¿Prefieres charlar?

–Deben de ser por lo menos las cuatro -dijo Mici como si estuviera enfadada-. Es muy tarde para estar de conversación.

–Bien, ¿quieres irte a tu casa?

–Para ti todo es muy fácil. Tú eres hombre. – Se subió el vestido, sin ponerse el sostén, y se bajó la falda-. No podría mirar a la cara a mi madre si cometiera una imprudencia. No te rías. – Yo no tenía ganas de reír-. Tú no

conoces a mi madre. Ella quería hacerse monja, incluso cuando mi padre la cortejaba. Pero él la embarazó y ahí se acabó todo. – Y agregó con una sonrisa conciliadora-: Podrías decir que ya era una casamentera antes de nacer.

–Eso suena tan falso como todo lo que has dicho. – ¿Y si me dejas embarazada? ¡En eso no has pensado, claro! – ¡Yo no he dejado embarazada a ninguna chica! – protesté indignado-.

Pero las monjas no te hablan del control de natalidad, ¿verdad?

–Me gustas mucho, pero no puedo hacerlo.

–En el baile creí que te quejabas de que no hubiera «follado contigo».

–De que no lo hubieras intentado.

Al decir esto, Mici no pudo reprimir una risita triunfal. Aquel sonido me hizo retroceder ocho años, a mis experiencias con las adolescentes.

–Mici, llamaré un taxi.

–No quiero irme.

–O te vas, Mici, o llamo a la policía.

– ¿Y qué les dirías? – Silencio-. Si supieras algo de mujeres te darías cuenta de que estoy enamorada de ti.

–Muy bien. Entonces el que se va soy yo.

Me detuvo en la puerta y se apoyó en mí, triste y dolida. Empezó a deshacerme el nudo de la corbata, preguntando con voz ronca: –¿Por qué no

te quitas la ropa?

Vencido por la ilusión de que, en fin, empezaba a hacer progresos, me desnudé. Ella me llevó a la cama tirando de mí y empezamos otra vez nuestras escaramuzas, desnudos los dos, pero ella con su fardo en las caderas. No recuerdo exactamente qué ocurrió ni el orden en que ocurrió, pero sí recuerdo que a mí empezó a dolerme la cabeza y recuerdo también algunos de nuestros movimientos más violentos. Mici conseguía inflamarme una y otra vez, enroscándose en mi cuerpo para cerrar los muslos en el último momento. O sea que yo trataba de montarla mientras ella me desmontaba. Temblando de rabia, la

llamé sádica. ¿Odiaba a todo el mundo o sólo a los hombres? ¿Y por qué? ¿Le pegaba su padre cuando era niña?

Hasta la llamé puta virgen, y esto la hizo llorar.

—Follaría contigo antes que con ningún otro, pero tengo que guardarme para mi esposo. — Se enjugó las lágrimas con el sostén-. Cásate conmigo mañana y seré tuya en el mismo despacho del juez. No es que sea tímida.

Lo haría delante del juez. En serio.

—Sí; estoy seguro de que te gustaría. Con todas las luces encendidas, para poder verle la cara.

Mici se echó a reír. Pero no consentía que estuviera mucho rato lejos

de ella: quizá quería demostrar que podía excitarme cuando quisiera, incluso después de que yo hubiera descubierto su juego, o quizá sólo quería divertirse a su manera. Si me sentaba ante el escritorio, de espaldas a ella, se acercaba por detrás y me besaba la nuca y el borde de las orejas.

Cuando me calentaba bastante, volvíamos a la cama. Mici podía ser una hoguera de pasión hasta el momento crucial..., y, después, otra vez. En palabras de Abraham Cowley, era la mujer perfecta exteriormente.

In all her outward parts Love's
always seen But, oh, he never went
within!

Se ofreció a hacerme una felación. Yo estaba ya muy desencantado para creerle.

—Es otro de tus trucos de sádica. Me la arrancarías de un mordisco.

—Si fuera sádica no me brindaría a aliviarte, ¿no te parece?

—Prefiero que me expliques tus ideas religiosas. Hubo un tiempo en que yo quería hacerme cura. Quizá las entienda.

—Bueno, ¿quieres o no?

—No se me ocurriría molestarte.

—Si a mí me gusta. Se lo he hecho a muchos chicos. Te lo habría hecho al llegar, si me lo hubieras pedido. La primera vez que lo hice tenía quince años, con un chico que dijo que me

mataría si no me avenía. Tenía que hacer algo para apaciguarle. Entonces no me gustó, pero ahora disfruto.

Entonces, o después, hicimos el amor a la francesa. Nos corrimos los dos, pero a mí no me alivió el dolor de cabeza; todo lo contrario. Mici estaba completamente satisfecha. Supongo que sería la culminación de sus sueños de castidad: la misteriosa inmaculada concepción.

A las siete de la mañana, le dije que quería dormir, y que ella podía marcharse, quedarse o dormir conmigo.

—Dormiré en la butaca -decidió.

Me desperté a mediodía con la peor jaqueca de toda mi vida. Sentía moverse

el cerebro dentro del cráneo. Las aspirinas no me hacían nada, y acabé en la sala de urgencias de un hospital, donde me pusieron una inyección de morfina. Pero eso fue por la noche. Al despertarme, vi borrosamente a Mici sentada en mi escritorio balanceando las piernas. — ¿Cómo te encuentras? — preguntó.

—Estoy tan mal que casi no te veo.

—Yo también estoy fatal. Deberías haber empleado la fuerza en el momento oportuno. — No obstante, estaba dispuesta a compartir la culpa-.

Desde que me desperté, he estado pensando en todos los hombres que me he perdido. Y todo por ese estúpido

marido al que ni siquiera conozco.

—La virtud lleva en sí su propia recompensa, Mici. — ¡No te burles de mí! — se lamentó amargamente. ¿Y cómo iba a burlarme? En el germen de mi jaqueca estaba el descubrimiento de que, delante de una mujer desnuda, yo no tenía voluntad ni juicio.

—Ya verás cuando me case. Me acostaré con todo el que me lo pida, aunque sea un jorobado.

Es la traducción literal de su declaración. Si no he transcrito con exactitud todo lo que ella dijo aquella noche, estas palabras se me grabaron en la memoria y tengo entendido que cumplió su propósito.

Un año después, Mici llegaba el Instituto de Artes Dramáticas y Cinematográficas. A fin de aumentar los ingresos de la beca, cantaba en un club nocturno, en el que conoció nada menos que al agregado militar de un país de Europa del sur miembro de la OTAN. No sé lo que los rumores pudieran tener de cierto, pero es indiscutible que, después de su matrimonio con aquel dignatario, se la veía casi todas las noches en los bares de los mejores hoteles con algún diplomático comunista u occidental. Sus relaciones, incluso, contribuyeron a la guerra fría, ya que ambos lados sospechaban que pasaba información al enemigo. Uno de mis

condiscípulos, hijo de un subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, nos dijo que agentes soviéticos y de la OTAN seguían a Mici en todas sus salidas. El diplomático fue llamado por su gobierno y Mici se fue de Hungría con él pocos meses después de la boda.

Por lo que respecta a los avatares de mi propia vida después de nuestra inolvidable noche juntos, diré que nunca más he tratado de desflorar a una virgen, ni me ha pasado por la imaginación casarme con una de ellas. Puedo haber hecho muchas cosas, pero me he mantenido alejado de las puras. A ellas les asustan las consecuencias; a mí me aterran los preliminares.

12. DEL PECADO CAPITAL DE LA PEREZA

He arruinado mi vida con la disipación moral a solas en mi rincón.

DOSTOIEVSKI

Yo tendría entonces dieciocho años y seguía perdidamente enamorado de liona y rabiando por abrazar a cualquier mujer cuando, un día, en una ala desierta de la biblioteca de la universidad, me encontré a solas con Margit S., una estudiante que después sería campeona de tenis. Bromeamos, nos besamos y nos acariciamos. Era una morena atractiva, de labios y pezones rojos que

abandonaba a mi boca, pero fue en vano que yo le pidiera que fuera conmigo a algún sitio. «Ya basta. Ya basta», repetía. No tenía tiempo y, bruscamente, se marchó. El aroma y el sabor de sus pechos me había mareado. Pocas veces había sentido por una mujer un deseo tan desesperado. Tenía vahídos. Ella había levantado una tormenta en un océano de anhelos: yo sentía cómo la sangre me subía al cerebro en oleadas y luego se precipitaba hacia abajo. Sentado a mi mesa de lectura, me masturbé rápidamente. De todos los hijos que hubiera podido tener, pocos habrían sido tan robustos y tan llenos de vida como el que habría engendrado en aquel

momento; las palmas de las manos se me llenaron de semen a rebosar. Y mientras pensaba qué podía hacer con aquello, Margit S. volvió y me dijo que había cambiado de idea, que su tía había salido y podíamos ir a su casa.

Hoy le habría confesado lo que me había pasado y seguramente habría parecido gracioso, e incluso halagador, pero en aquel momento estaba tan avergonzado y temeroso de que pudiera acercarse y ver lo que tenía en las manos que, secamente, le dije que prefería seguir leyendo, que había vuelto a coger el hilo. Sus ojos se dilataron, dio media vuelta, se fue corriendo y se convirtió en mi peor enemiga. Desde

entonces, la masturbación me ha parecido una oportunidad perdida. Margit me denunció al secretario del partido comunista de la Universidad de Budapest, diciendo que yo me había jactado ante ella de incluir en mis exámenes de marxismo-leninismo citas apócrifas de Das Kapital, por suponer que ninguno de los examinadores habría leído el libro íntegramente. Lo negué, desde luego, pero estuvieron a punto de expulsarme.

Me ha recordado este desdichado episodio cierta revista pornográfica que me ha enviado uno de mis alumnos con una nota que dice: «¿Cuál es su opinión?» Aparece en la revista un largo

artículo que pregona el triunfo de la «revolución de la masturbación». Me lo remitieron poco después de que The Michigan Daily publicara mi recomendación de abstenerse de las vírgenes y, seguramente, el chico deseaba que le propusiera alternativas. Ello me hizo reparar en algo de lo que sólo tenía una noción subliminal: que había muchos jóvenes -y no tan jóvenes- en el campus y sus alrededores que, al igual que el protagonista de Memorias del subsuelo, parecían vivir solos en su rincón. No eran mutilados ni infelices contrahechos que no pudieran agradar a nadie sino hombres bien parecidos y agradables a los que muchas mujeres

hubieran abrazado encantadas. La revista como parece estar en lo cierto al dar a entender implícitamente que si hay revolución sexual, es de índole solitaria.

En la siguiente ocasión en que fui invitado a dirigirme a un auditorio de hombres solos y autocomplacientes, decidí arengarles con una poesía que yo titulaba «sermón» para escandalizarlos e inducirlos a pensar:

**SERMÓN A UNA
CONGREGACIÓN DE
ONANISTAS
ANÓNIMOS**

1

El espíritu Santo mora en los

preciosos jugos de nuestros genitales induciéndonos a vencer el pecado capital de la pereza acelerar nuestros pasos y fortalecer nuestros miembros: los jugos nos llenan de curiosidad de valor para explorar de intrepidez para dar el salto a lo desconocido.

Como se eleva un pene, así nos elevamos nosotros por encima de nuestra indiferencia hacia los desconocidos aprendemos a ser tolerantes, considerados, amantes incluso comprensivos ante la expectativa del placer: las mujeres se abren y los hombres se sumergen, muslos y frentes ungidos de sudor y, en cualquier posición que adoptemos,

adquirimos la facultad de vivir con los vivos.

2

Fantasea con dos mujeres: una un poco lesbiana que se hunde profundamente en el pozo de la otra cuya voz sube y baja mientras las nalgas vergonzosas de la muchacha muda

[saltan cuando se echa para atrás para respirar vuelven a presionar nuevamente y tú entras cuando ella estalla.

Oh, imagina la orgía más desenfrenada hecha a tu gusto más singular: por muy sustancioso que sea la que concibes en soledad, traiciona una pobre imaginación acerca del éxtasis de

un abrazo y un beso.

Al ser dispensador y receptor de su propio placer se le entumecen las piernas para correr tras de la compañía. Las olas del placer solitario te llevan a islas desiertas.

3

Dicen que los fuertes no dependen de nadie ni para el placer y conocen la manera más rápida, más segura y más cabal de ganar.

Los violadores barrenan con el pene; sus amantes son imaginarias aunque sus víctimas sean reales.

Yo digo que los fuertes son pacientes, esperan, suplican, prefieren exponerse al desdén, las veleidades, las

disputas y los sinsabores del amor a volar solos: apuestan por la compañía confiando incluso sus partes más sensibles a los cuidados de una amiga.

13. DE LAS MADRES DE NIÑOS PEQUEÑOS

—Vamos, vamos -dijo el padre de Tom-, a tu edad ya no tienes excusa para hacer el libertino. Es hora, hijo, de pensar en tomar esposa.

—Eso digo yo, padre. ¿La esposa de quién?

THOMAS MOORE

Las cadenas del matrimonio son tan pesadas que para llevarlas son

necesarias dos personas, y a veces, tres.

ALEJANDRO DUMAS

Durante el resto de mis años de estudiante, coseché muchas frustraciones, aunque pocas con mujeres. Debo mi buena suerte a las queridas mujeres casadas que compartían conmigo sus penas y alegrías conyugales.

Nuestras aventuras eran plácidas y serenas, sin invectivas, reproches ni enfados; al fin y al cabo, ¿cuál sería la utilidad de las aventuras extramatrimoniales si fueran lo mismo que el matrimonio? Además, yo no tenía que pagar por su amor el tributo de la responsabilidad social, en una época en

que tenía todavía que estudiar, ayudar a mi madre y ocuparme de las actividades propias de cualquier muchacho. Ellas me salvaron del trágico error de un matrimonio prematuro, aunque a más de una pedí que fuera mi esposa. También me salvaron de los excesos de la pasión; en general, las mujeres casadas están muy ocupadas para fatigar a sus amantes. Yo sólo podía ofrecerles una ocasional distracción de sus tribulaciones domésticas, pero era un goce sin temor a la contrapartida. A mí podían abrazarme sin contraer la obligación de lavarme los calcetines. Así pues, pasábamos nuestros ratos libres entregados a desenfados

adulterios.

Sin embargo, recuerdo bien la tristeza de algunas de aquellas esposas, especialmente de las que tenían niños pequeños. En general, la mujer atraviesa la peor época de su vida cuando cría a sus hijos. Ha tenido dos o tres embarazos consecutivos y su marido vive sus primeras aventuras extraconyugales. La disminución de las atenciones del esposo acrecienta su preocupación por la línea y los años, mientras se disipan sus sueños de amor y juventud eternos. Se enfrenta a la imposible tarea de recuperar al marido en el momento en que caen sobre ella las nuevas obligaciones y preocupación de

cuidar los pequeños. Mientras les enseña a andar, ella, a su vez, trata de hallar su equilibrio en el terreno resbaladizo de una realidad nueva. ¿Volverá él hoy tarde a casa otra vez? ¿Es que ya no la encuentra atractiva? Nadie necesita el aplomo que infunde una nueva aventura más que ella, y la amarga ironía de su triste situación es que, precisamente cuando su marido deja de hacerle caso, sus amantes en potencia, también: los hombres la ven sólo como madre. Ahí la tienen, más mujer que nunca, y no se le atribuyen más preocupaciones que los niños y la casa.

Una vez, es verdad, conocí a una

madre que no podía quejarse de nada: tenía un marido encantador que la adoraba, cinco hijos guapos y buenos, y ella disfrutaba cuidándolos y llevando una casa con un orden impecable y una sana alegría. Y, no obstante, tenía infinidad de amantes, puesto que, al parecer, su único problema era que rebosaba energía. También he conocido a madres de familia cuyas penas eran tan grandes que ni el sedante de la aventura las aliviaba. Nusi era una de éstas, aunque incluir a Nusi en una categoría cualquiera no me parece justo.

Conocí o, mejor dicho, encontré a sus hijos antes que a ella. Había ido a pasear a St. Margit (un parque muy

bonito y popular situado en una isla del Danubio, entre Pest y Buda) y los vi vagando entre la gente: un niño de unos cuatro años, de gesto malhumorado, que llevaba de la mano a una niña, menor que él, que estaba llorando. Traté de averiguar qué ocurría. El niño no quería hablar con un desconocido; pregunté a la niña y ella, por fin, me dijo que su mamá había entrado en el aseo y les había dicho que esperasen fuera, pero su hermano se cansó de esperar y se la llevó de allí. Hacía más de una hora que buscaban a su madre, y hasta entonces nadie les había prestado atención. Puesto que, si seguían dando vueltas, probablemente seguirían sin encontrar a

su madre, decidí anclarlos en un quiosco de bebidas situado junto al puente por donde ella tendría que pasar al marcharse de la isla. Era una tarde calurosa de mediados de julio y los niños aceptaron el jarabe de frambuesa con gaseosa que les ofrecí. El refresco tuvo el efecto de desatar la lengua del niño, que pidió un bocadillo.

Era como si nunca hubieran visto la comida. Realmente, estaban pálidos y parecían desnutridos, y sus ropas de verano, aunque limpias, estaban muy remendadas. Los dos tenían unos ojos magníficos, grandes, profundos y brillantes. – ¿Eres un borracho? – preguntó el niño entre bocadillo y

bocadillo.

–No, no soy un borracho.

–También eres un niño, ¿eh?

–Creo que podríamos decir que soy una persona mayor. – ¡Eso es mentira! – dijo él desdeñosamente-. Todos los mayores son borrachos. – ¿Y tú cómo lo sabes?

–Porque mi papá es un borracho. – ¿Y tu mamá también? – pregunté.

–No, ella no es más que una mujer.

–Niños de los barrios bajos -dijo la mujer de pelo blanco y aspecto bondadoso que atendía el mostrador y había oído la conversación-. Ahora son muy monos, pero en seguida se convierten en unos monstruos, ya lo

verá.

Cuando los niños ya no podían con más bocadillos ni más refrescos, me situé con ellos a unos pasos del quiosco. Nusi, la niña, me daba la mano, pero Joska, su hermano, se alejaba y tuve que correr tras él varias veces.

—Siempre se escapa -comentó su hermana-. Es una manía que tiene.

—Si no te estás quieto, te arranco las orejas -le dije por fin.

Joska se encogió de hombros con resignación y sin impresionarse.

—Todo el mundo me pega. — ¿Quién te pega?

—Papá y todo el mundo. — ¿Tu madre también?

–No, ella no, ni la abuela. Pero sólo son mujeres.

Yo empezaba a sentir compasión del niño y de la madre.

–Pues yo soy un hombre y no te pego. En realidad, nunca he pegado a nadie. Lo dije sólo para asustarte y hacer que te quedaras.

–Eso es mentira -repitió él.

–No es mentira. Nunca le he pegado a nadie.

–Entonces mentías cuando dijiste que me arrancarías las orejas.

–Sí, entonces sí mentía. – ¿De verdad nunca le has pegado a nadie?

–Nunca -insistí.

El niño se quedó pensativo,

contemplándome con suspicacia. – ¿Eres judío?

–No. ¿Por qué?

–Papá dice que los judíos son gente rara.

–Quizá no esté bien informado.

Joska aceptó también esta posibilidad con gesto de resignación.

–Quizá. Dice la abuela que papá habla sin pensar.

También me enteré de que su padre era mecánico, que trabajaba en una fábrica, que tenían no sólo una habitación sino además una cocina, y que muchas noches papá se quedaba en la casa de al lado, donde vivía una chica que se pintaba, hasta el pelo. Papá decía

que era más bonita que mamá, que según me repitió el chico, era «sólo una mujer».

Cuando por fin apareció la mamá, me llevé una sorpresa. Venía corriendo hacia el quiosco. Llevaba una túnica de algodón azul desteñido, sin blusa debajo, y al principio pensé que era otra niña sedienta. Aunque los chiquillos eran rubios, Nusi era morena, con una espesa melena que le llegaba hasta los hombros. Sus ojos eran tan grandes y tan negros como los de sus hijos, y brillaron un segundo al darme las gracias por haber cuidado de los pequeños. «Una mujer fuerte y sexy, pensé. La forma en que se le recortaban los pómulos

indicaba que tampoco ella comía lo suficiente. Las explicaciones de los niños sobre los bocadillos y las bebidas la disgustaron.

—No debió comprarles nada, aunque se lo pidieran -dijo, a la defensiva-.

Debería saber que los niños no pueden incurrir en deudas. Ahora querrá cobrar, claro.

La suspicacia era, pues, rasgo de familia. Regresé de la isla con ellos, y mientras el niño se adelantaba, arrastrando de la mano a su hermana, dije a Nusi que la encontraba fascinadora. Ella reaccionó con una vehemencia inesperada. — ¡Dios mío, hay que estar desesperado para fijarse

en una ruina como yo!

—No soporto a las mujeres que critican su propio aspecto. Es una hipocresía.

—Pues yo no tengo nada de fascinante -dijo más sosegadamente. Luego, se indignó otra vez-: ¿Es un perverso?

—No, pero me gustan las chicas que tienen buenos pechos.

—Así que va a los parques a hacer conquistas, ¿eh?

—No voy a ningún sitio a hacer conquistas. Tengo mucho trabajo para eso; pero si veo a una persona que me interesa, pruebo fortuna.

Se volvió a mirarme un segundo. Había gente entre nosotros y los niños y

tuvimos que correr para que no se escabulleran. Estábamos cruzando el río por el puente de Pest cuando ella volvió sobre el tema.

–Así que usted es de éstos, ¿eh?

–Sí -reconocí-, soy de éstos.

Y otra vez con suspicacia: -¿Cómo se gana la vida?

–Soy estudiante. Tengo unas becas.

–Una bonita ocupación. – Pero no se fiaba lo suficiente como para darme una cita-. ¿Por qué habría de aceptarlo? Seguro que luego se arrepiente y no se presenta. – Buscaba en el bolso un espejito para mirarse, pero no lo encontró-. No voy a darle una cita -dijo-, pero puede acompañarnos a casa.

Dejaré a los niños con mi madre y podemos ir al cine o por ahí.

Aquello era más de lo que yo pedía.

– ¿Su marido no dirá nada?

Aún no habíamos hablado de él. Yo temía que el marido me tomara por judío y tratara de darme una paliza. Semejante eventualidad no preocupaba a Nusi.

–Él no estará. – ¿Y su madre?

–Mi madre siempre está diciéndome que salga a divertirme. Pero a mí no me gusta salir sola y no aguanto a las amigas. – ¿Es que todos ustedes tienen algo en contra de las mujeres? Su hijo dice que usted es «sólo una mujer».

–Lo que oye decir a su padre.

Mientras caminaba al lado de Nusi,

observé que tenía un mentón enérgico y acusado. Hicimos un largo trayecto en tranvía hasta el extrarradio, un infierno de fábricas, casas baratas, niebla y hollín. Los edificios, los carteles y hasta los cristales de las ventanas eran negros. La familia vivía en un edificio de cinco pisos, una estructura cuadrada, con aspecto de cárcel.

Subimos por una escalera sucia y miserable, con puertas abiertas que daban directamente a oscuras cocinas. Ellos vivían en el tercero. La puerta contigua a su apartamento estaba cerrada. Supuse que era la de la muchacha pintada y deseé que el marido de Nusi estuviera dentro o lejos del

edificio. Al entrar en la cocina, vi un cuadro que nunca olvidaré. No había ventana y las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de platos, ollas, comida, prendas de vestir y sábanas. Al parecer, los estantes contenían todo el ajuar de la casa. Además del hornillo, la mesa y los cinco taburetes de madera, había una vieja butaca (la sala de estar) y, en un rincón, una cama en la que, según me dijeron, dormía la madre de Nusi. En otro rincón había una tina (el cuarto de baño). El retrete comunitario estaba al fondo del pasillo, uno en cada planta. Desde la butaca, podía ver el dormitorio: dos camas y el extremo de un armario ropero. Todo estaba

minuciosamente ordenado y lo más limpio posible. El marido de Nusi no estaba en casa.

–Mamá -dijo Nusi, presentándome ceremoniosamente-, este joven encontró a los niños, que se habían extraviado en St. Margit, y lo invité a tomar el té.

La abuela era muy parecida a Nusi, pero más vieja y más fuerte. Parecía incómoda.

–Es que ya he preparado la cena y no sabía que fuera a venir nadie más.

–En realidad, yo quería invitar a Nusi a cenar fuera, si me lo permite.

–Naturalmente, si ella quiere -asintió la mujer con alivio.

–Bueno, si cenamos fuera, vale más

que me ponga una blusa -dijo Nusi, metiéndose en el dormitorio. Cerró la puerta y oí girar la llave en la cerradura, lo cual me pareció un exceso de modestia. – ¿Cuándo vendrá papá? – preguntó la niña.

–No te preocupes, que a la hora de la cena ya estará aquí.

Traté de decir que yo no quería que por mi causa él no pudiera ver a su esposa (era sábado por la noche) y que podíamos salir otro día, pero la mujer me atajó:

–No se preocupe, Joska se alegrará de comerse la ración que sobra.

Miré al niño, que movió negativamente la cabeza:

–Quiere decir papá.

Nusi apareció repentinamente con una bonita blusa blanca debajo de su túnica azul y nos fuimos inmediatamente. Estaba deseando marcharme de una vez de aquella cocina, aunque al final me acostumbé a ella y hasta la recordaba con nostalgia cuando dejé de frecuentarla.

Volvimos al centro y entramos en un tranquilo restaurante, donde pedimos paprikas de pollo y velas para alumbrarnos. Mientras esperábamos la cena, Nusi comentó que debía sentirme muy afortunado de poder ganar dinero por hacer lo que a mí me gustaba, que era estudiar. Le pregunté qué haría ella

si pudiera ganarse la vida haciendo lo que a ella le gustaba.

–Cuidar de un hombre que me quisiera, y educar a mis hijos. – El camarero trajo las velas y las colocó formando un marco luminoso alrededor de la cara de Nusi, tan pálida, con aquellos ojos enormes y oscuros-: Pero no me gusta soñar despierta -agregó con vehemencia-. No sirve de nada.

Sirvieron la cena y ella se dedicó a comer y a hacer preguntas. Mientras luchaba con los resbaladizos paprikas de pollo, tuve que responder (en todos los temas, ella iba directamente al grano) durante cuánto tiempo salía con una mujer.

No pude contestar sin salpicarme de salsa la camisa.

—Salgo con una chica hasta que me canso de ella o ella de mí.

—O sea, una después de otra, ¿no?

Yo era presa fácil para este tipo de interrogatorios, y Nusi me dio un buen repaso. Sin embargo -como supe después-, me había aceptado mucho antes de que empezáramos a hablar. Ella me estaba estudiando, pero no con ánimo pusilánime, sopesando pros y contras, sino, sencillamente, para saber a qué atenerse.

—Quiero ver qué puedo esperar de un individuo -dijo. — ¿Y qué crees poder esperar de mí?

–No lo sé -respondió con aire pensativo-. Pero, en cualquier caso, no mucho.

«Si tan poco prometedor le parezco, vale más que me calle», pensé. Al parecer, mi hosco silencio le agradó.

–Te he herido, ¿verdad? – me preguntó con repentino afecto.

–Sí.

–Bien, eso demuestra que te importo un poco. Mi marido nunca se enfada -dijo con acento de amargura-. Es tan indiferente que aunque lo insulte ni se entera.

Después, me preguntó por la universidad.

–Dime algo que valga la pena saber;

por ejemplo, ¿qué estudias?

Ella trabajaba de empaquetadora en unos grandes almacenes, pero yo hablaba con ella como con cualquier otro compañero de estudios. Nusi pensaba con claridad y rapidez, y mostraba auténtico interés tanto por los hechos como por las ideas. Yo ya nos veía convertidos en Eliza Doolittle y el profesor Higgins. Y cenando en aquel mismo restaurante varios años después: Nusi, muy elegante, ya quizá maestra, con un bonito apartamento donde nos esperaríamos. Su inteligencia natural había sido criminalmente malograda por la pobreza y por un marido carente de sensibilidad, pero la vida la había

compensado. Una mujer que no esperaba mucho de mí y, sin embargo, yo transformaba su vida. Y me propuse transformarla.

Ella, por su parte, sacó de nuestra charla una conclusión diferente.

—Bueno, creo que no debe preocuparme que seas más joven que yo -dijo cuando nos levantamos de la mesa-. Quizá no sepas mucho de la vida ni de la gente, pero sabes más que yo de lo que dicen los libros, de modo que quedamos a la par. No soporto a los individuos que son más tontos que yo.

Al salir del restaurante, a falta de mejor sitio adonde ir y puesto que, tras el caluroso día, la noche estaba tibia,

decidimos volver a la isla de St. Margit.

Tomamos un autobús hasta el Danubio y cruzamos el puente cogidos de la mano. El río tenía un olor tan fresco como un arroyo de montaña. Había luna, y la mole oscura y difuminada de la isla se extendía ante nosotros como una enorme cama, con la frondosidad de los árboles por almohada.

Quizá Nusi tuviera similares asociaciones de ideas, porque se detuvo bruscamente.

—Te lo advierto, esta noche no conseguirás nada de mí. No me acuesto con un individuo al que no haya conocido por lo menos durante un mes. —

Estaba decidida a dar media vuelta y no siguió andando hasta que conseguí convencerla de que aceptaba sus condiciones-. Lo que tú necesitas es una mujer como yo que te meta en vereda - dijo.

La isla estaba silenciosa y, al parecer, desierta. Si había otras parejas, se habían escondido bien. Nusi quería saber muchas cosas de mí, pero también se mostraba dispuesta a hablar de sí misma. Lo que decía era triste e indignante, pero su manera de contarlo era casi alegre. Su matrimonio empezó a torcerse cuando se quedó embarazada.

—Él sabía que estaba preñada y, sin embargo, se burlaba de mí porque

estaba gorda. Me ponía frenética con sus chistes sobre mi tipo. El hijo era suyo y lo único que se le ocurría era llamarme gorda.

Las cosas parecieron arreglarse cuando nació el niño. József volvía a mostrarse considerado. Incluso decidió hacer horas extras, quedarse a trabajar en la fábrica hasta las doce para así poder ahorrar y tener una mayor estabilidad ahora que tenían al niño. Nusi estaba contenta, hasta que una amiga le dijo que József hacía horas extras con una chica, no en la fábrica. Cuando nació la niña, él ya ni se preocupaba de dar un pretexto cuando no dormía en casa.

—Cuando él dejó de mentir, comprendí que todo había terminado. — ¿Por qué no lo dejas? — ¿Por quién? — preguntó ella, mirándome de arriba abajo.

No pude menos que darle un beso por su actitud de mujer práctica y ella me lo devolvió con su boca suave, de labios gruesos. Fue más inquisitivo su beso que su pregunta. Mientras caminábamos cogidos de la mano por los senderos iluminados por la luna y sobre la hierba fresca y blanda, era posible imaginar que podíamos empezar una nueva vida juntos.

Nusi no ganaba mucho con su trabajo, pero últimamente József llevaba

a casa prácticamente toda la semana, desde que había empezado a acostarse con la zorra de al lado.

—Es ella la que lo obliga a que nos dé el dinero; no quiere peleas en la escalera. Tiene miedo de que los vecinos murmuren. — József todavía comía en casa y tenía allí sus cosas-. A veces, aún duerme conmigo.

Cuando está tan borracho que no sabe lo que hace.

Cuando nos cansamos de andar, nos sentamos debajo de un roble gigante, entre unos arbustos. Nusi se apoyó en el tronco. Empezamos a besarnos y metí la mano por el borde de la falda, pero la retiré en seguida al notar que su boca

quedaba floja, para recordarme la moratoria de los treinta días.

–No te preocupes -dijo Nusi-, me preparé al ponerme la blusa. – Deslizó el cuerpo hacia delante y se tendió en el suelo-. Sólo quería saber si te interesaba lo suficiente como para esperar un mes.

Cuando penetré en ella, su cuerpo se contrajo como si se hubiera roto por la mitad, y gozó intensamente. Poco después, mientras se cepillaba las hojas de la falda, comentó haciendo una mueca:

–A los diecisiete años, lo hacía entre los arbustos. Ahora, a los treinta y uno, sigo entre los arbustos. No he adelantado mucho, ¿verdad?

Fue fiel a su marido hasta hacía un par de años. Desde entonces había ido con algún que otro hombre.

—Pero nunca resultó. Los hombres no comprenden que si tienes hijos no puedes acudir corriendo cada vez que te llaman. Por lo menos, ellos decían que no lo comprendían. Tal vez fuera una excusa para terminar.

Acompañé a Nusi a su casa en taxi y al día siguiente, domingo, volvimos a salir. Me dijo que había dejado los estudios dos años antes de terminar la secundaria, para casarse, y la convencí de que, en el otoño, se matriculara en una academia nocturna para sacar el diploma. Ahora podíamos ir a casa con

libros y apuntes. Cuando mi madre salía, nos acostábamos; cuando estaba en casa, estudiábamos. Nusi cambió mucho: estaba más joven, más llenita y más guapa. Pero seguía tan escéptica como siempre:

—Haces esto para no sentir remordimientos cuando me dejes.

Vi a su marido una sola vez, a la hora de la cena, en su cocina y, aunque para mí era «el borracho», aquella noche estaba perfectamente sereno. Fui presentado como el tutor de la escuela. József me miró con gesto malicioso, miró a Nusi y se sentó a cenar. Era un hombre guapo y musculoso de unos treinta y cinco años, y parecía cansado.

– ¡La escuela! No me hagas reír, Nusi.
Por ahí no vas a ninguna parte.

–Es muy inteligente -dije.

–Y yo digo que es una burra -declaró
categóricamente, atacando la comida.

Traté de adoptar un tono de
comentario casual.

–Será quizá que es usted muy corto
para darse cuenta de lo inteligente que
es ella.

Su mandíbula redujo el ritmo, pero
siguió masticando. La cara de Nusi, sin
mover ni un músculo, adoptó un aire
risueño. Los niños, con la mirada fija en
el plato, cogieron el tenedor con tiento.

– ¿Está soltero? – preguntó József al
poco rato.

Por la voz, comprendí que había encontrado una réplica.

—Sí -respondí con cautela.

—Una vida fácil, ¿eh? Hoy una palomita, mañana una pájara, ¿eh?

—Hay quienes las llaman mujeres.

Me sublevaba que se cebara en Nusi en lugar de atacarme a mí. Pero sabía que nos insultaba a los dos. La mandíbula aceleró.

Nusi lo miró con la muerte en los ojos.

—Creo que la vida del señor Vajda no te concierne.

La mirada de su mujer estaba cargada con la culpa de él y József soltó una risa nerviosa. — ¿Qué es lo que he

hecho? ¿No va uno a poder hablar en su propia casa? – ¡Su propia casa! – comentó la vieja.

Él se volvió otra vez hacia mí.

–Ya ve lo que ocurre cuando uno se casa, amigo: todas contra uno. No se case. ¡Lo que yo daría por verme otra vez soltero! Libre como un pájaro. Eso es vida.

La madre de Nusi no pudo reprimir otro comentario: -¡Ya quisiera yo saber qué hace un soltero que no hagas tú! No he visto pájaro más libre que tú.

József sacudió la cabeza con exasperación.

–No es lo mismo, madre, no es lo mismo. – Se encogió de hombros, dando

a entender que lo que yo hubiera podido obtener carecía de valor para él.

—Yo no soy tu madre. Y, por mí, ya puedes mudarte al piso de al lado. — ¿Cómo quiere que me vaya? ¿Cómo quiere que abandone a Nusi? — Hablaba con su suegra, pero miraba fijamente a su mujer, alardeando de compasión-. Me daría mucha pena. ¿Quién cuidaría de ella si yo me fuera?

Nadie dijo palabra y, después de la cena, József se levantó.

—Hasta luego -dijo a Nusi amenazadoramente y, saludándome con un movimiento de cabeza, se fue.

—A casa de su amiguita -dijo la vieja-. Y luego dice que no es soltero.

Nusi dio rienda suelta a la indignación. – ¿Habéis oído? ¡Come en casa porque tiene lástima de mí! ¡Tiene lástima de mí! – Estaba furiosa. Golpeó la mesa con los puños, haciendo tintinear los platos-. Ojalá hubiera un Dios. ¡Si por otra cosa no, por esto tendría que castigarlo! – Echó la silla atrás y empezó a pasear por la cocina, girando sobre sí misma como el prisionero que recuerda que está sentenciado a cadena perpetua-. ¡Arruina mi vida y luego habla como si me hiciera un favor! – Levantaba los brazos repitiendo-: ¡Ojalá hubiera un Dios! – Cuando traté de tranquilizarla, se volvió contra mí-: ¡No me importa

que me plantes, pero lo que no quiero es que sigas viniendo cuando ya no puedas ser agradable conmigo! Es lo peor que puedes hacerle a una mujer.

Entonces, por fin, se echó a llorar y la espalda se le dobló como si todo el peso de aquella cocina abarrotada y sin ventana se le hubiera venido encima de pronto. La pequeña Nusi la miraba desde los brazos de su abuela, temerosa y vacilante. Por fin, bajó al suelo, se acercó lentamente a su madre y se abrazó a sus rodillas, porque más arriba no llegaba.

Al día siguiente, reservé una habitación en un hotel, para poder estar solos por lo menos durante veinticuatro

horas. Como yo la deseaba y la quería, me resultaba fácil animarla, y pasamos muchos días buenos antes de que llegaran las nieves.

Luego empecé a citarme con la esposa de un homosexual.

Era madre de dos niños. Su marido no había vuelto a tocarla desde que engendró a sus dos coartadas, pero por supuesto le prohibía tener amantes, ya que ello podía hacer que la gente sospechara de él. Al igual que todas las dictaduras, el régimen era muy riguroso con la naturaleza humana, castigando severamente todos los excesos y desviaciones, y él no quería de ninguna manera exponerse a perder el cargo que

llevaba anejos una quinta y un coche con chófer. Para asegurarse de que ella no ponía en peligro su vulnerable posición, llevó a su hermana a vivir con ellos y le confió la misión de no perder de vista a la cuñada. Era un padre solícito que todas las noches preguntaba a sus hijos qué habían hecho aquel día, qué había hecho mamá y si habían visto a personas interesantes. Era un hombre imponente y varonil que, durante las recepciones y fiestas oficiales, no se apartaba ni un instante del lado de su esposa. Cuando la gente le llamaba el Ótelo húngaro, él sonreía con modestia. «Soy un marido a la antigua -decía en tono de disculpa-. Y es que estoy muy enamorado de mi

mujer.»

Su esposa era una mujer hermosa y enigmática.

Yo veía a Nusi con menos frecuencia, y tenía que esforzarme por seguir aparentando interés y entusiasmo. Ella me acusaba de estar ausente e impaciente, y empezamos a tener discusiones. Pero no podía tomarle la palabra y dejarla, tal como ella vaticinara que la dejaría cuando ya no pudiera seguir siendo agradable con ella. Ahora iba algunos días a una academia nocturna y llevaba muy bien sus estudios.

—Si yo llegara a la universidad, Joska se moriría -dijo un día con una

especie de lúgubre gozo-. El disgusto le mataría. Sólo por eso vale la pena intentarlo.

Por aquel entonces, no sabíamos que Nusi llegaría a ser directora de los grandes almacenes en los que trabajaba, pero ya estaba claro que no iba a pasar el resto de su vida empaquetando mercancías. Sus mejores perspectivas, tal como ella había predicho con tanta sagacidad, contribuían a mitigar mis remordimientos, pero no tanto como para que yo pudiera decidirme a romper con ella. Bastantes desengaños y sinsabores por una vida había padecido ya la pobre Nusi. No obstante, ni el sentido del deber ni el remordimiento

podían provocar la erección. Había veces en las que me acostaba con ella, después de complicados preparativos, y acababa excusándome.

—No hay animal más ruin que el hombre que deja de querer a una mujer - le había dicho yo refiriéndome a su marido, y ahora la descripción empezaba a encajar conmigo.

La grata escapada de la desdicha matrimonial estaba degenerando en una complicación no menos desdichada que el matrimonio en sí.

Un día confesé el problema a mi nueva amante, lamentándome de no saber qué sería peor para Nusi, si romper o seguir.

–Cariño -dijo ella con un suspiro-, lo que tú tienes no es un problema moral sino una vanidad extrema.

A los pocos días, Nusi y yo tuvimos una fuerte discusión. Me acusó de estar cansado de ella, y yo aduje que la amaba tanto como siempre, que el único problema que teníamos era su suspicacia. Pero no se dejó convencer y al fin reconocí que tenía razón y le propuse terminar.

Tras unos momentos de sombría reflexión, ella cuadró los hombros y me taladró con sus ojos inmensos.

–Bueno, esto termina tal como me lo figuraba. Me gustaría que un día alguien me diera una sorpresa.

14. DE LA ANGUSTIA Y LA REBELIÓN

El horror a la vida, el horror a sí mismo...

KIERKEGAARD

Más se perdió en Mohács.

Viejo refrán húngaro Tendría que relatar muchas experiencias ajenas al amor para explicar por qué salí nuevamente de Hungría y esta vez para siempre... y tan poco tiempo después de ofrecerme a morir por ella. Al parecer, amaba a mi patria con el mismo ardor con que amo a las mujeres, y con la misma inconstancia.

Puesto que el amor es un atisbo sentimental de la eternidad, uno no puede menos que imaginar que el verdadero amor ha de durar siempre. Y cuando se acaba, como se acababa siempre mi amor, no podía sustraerme a un sentimiento de culpabilidad por mi incapacidad de sentir emociones auténticas y perdurables. La intensidad de esta contrición sólo era superada por mis dudas sobre si mi amante me había realmente amado alguna vez, cuando era ella la que daba por terminada la aventura. En esto soy como la mayoría de mis escépticos contemporáneos: puesto que ya no nos reprochamos no ajustamos a unos preceptos éticos

absolutos, nos golpeamos con el palo de la interiorización psicológica. Cuando de amor se trata, rechazamos la distinción entre moral e inmoral a cambio de «verdadero» y «falso». Somos muy comprensivos para condenar nuestras acciones y, en su lugar, condenamos nuestros motivos. Después de liberarnos de un código de comportamiento, nos sometemos a un código de motivación, para conseguir la sensación de vergüenza y angustia que nuestros padres adquirirían por medios menos sofisticados. Nosotros rechazamos su moral religiosa porque enfrentaba al hombre con sus instintos, lo agobiaba con el peso del

remordimiento por unos pecados que, en realidad, eran efecto de leyes naturales. No obstante, todavía estamos haciendo penitencia por la creación: preferimos considerarnos fracasados a renunciar a nuestra fe en la posibilidad de que la perfección exista. Nos aferramos a la ilusión del amor eterno negando validez al temporal. Duele menos pensar: «Soy superficial», «Es egocéntrica», «No podíamos comunicarnos», «Era sólo atracción física» que aceptar el simple hecho de que el amor es sentimiento pasajero que acaba por causas ajenas a nuestro control e, incluso, a nuestra personalidad. Pero ¿quién puede tranquilizarse con sus propias

reflexiones? No hay argumento que pueda llenar el vacío que deja el sentimiento que ha muerto: recordatorio del vacío terminal, nuestra inconstancia final. Hasta a la vida le somos infieles. Tal vez por ello preferimos ocupar el pensamiento en temas menos efímeros que nosotros.

Personalmente, para mí era un alivio contemplar la angustia en abstracto, y obtuve mis títulos tras aplicado estudio y prestando especial atención a Kierkegaard. También me angustiaba la triste situación de nuestra nación. ¡No encuentro palabras para expresar cómo aborrecíamos a los rusos! A mis alumnos no les gusta que hable de esto

porque piensan que, en realidad, estoy abogando por la construcción de más misiles nucleares. No, por cierto; no creo en los misiles, pero es innegable que los grandes imperialistas de hoy son los rusos: no contentos con robar y oprimir a los nativos, quieren ser amados. Por aquel entonces, uno de sus más detestables caprichos era el desfile obligatorio del 7 de noviembre para conmemorar el glorioso nacimiento de la Unión Soviética. Ese día solía hacer frío y viento, pero el partido conseguía que todo el mundo saliera a la calle por el simple procedimiento de ordenar que la gente se concentrara para el desfile en su punto de trabajo o de estudio, a fin de

que los funcionarios del departamento de Personal pudieran poner falta a los que no se presentaran. Recuerdo el desfile de 1952, en el que el departamento de Filosofía marchaba detrás de la oficina de Estadística, y yo observaba a uno de los funcionarios - bajito, de mediana edad, con la cara azul como la tinta- que trataba de mantener en alto un gran retrato de Rákosi, para lo que tenía que vencer la resistencia del viento. El hombre tropezó varias veces con el mango, casi cayendo de espaldas entre nuestras filas. Hasta que se salió de repente de la formación y empezó a golpear un farol con el retrato: «¡Estoy harto de aquel mamarracho! – gritaba-

[Gángster calvo! El único día que podía quedarme en la cama y nos hacen salir a la calle!» Sus golpes tenían la súbita fuerza de la locura, y el retrato quedó hecho pedazos.

«¡Monigote de los rusos! ¡Asesino!» Al instante, sin que nadie viera de dónde habían venido, a su lado aparecieron dos hombres con los uniformes azules de la Policía Política, que lo agarraron por los brazos. Cuando se lo llevaban, él gemía con voz de vieja: «Es que pesaba demasiado, camaradas, éste es el único motivo, créanme..., pesaba demasiado.»

Uno no puede presenciar muchas escenas como ésta sin sentir el afán de rebelarse. Realmente, a principios de

los años cincuenta, el país estaba cargado de una atmósfera prerrevolucionaria, y tanto la población como la Policía de Seguridad se sentían más y más inquietas. La gente repetía con creciente frecuencia los versos de Petófi que, el 15 de marzo de 1848, prendieron la mecha de la revolución contra el imperio de los Habsburgo: ¡Alzaos, magiares, es ahora o nunca! La revolución de 1848 fue aplastada por los austríacos con ayuda de la Rusia imperial; el propio Petófi murió a manos de la caballería cosaca en un campo de batalla de Transilvania (región al este de Hungría, ahora ocupada por Rumania). A pesar de todo, ni el

recuerdo de la derrota ni el pequeño tamaño de nuestro desmembrado país podían hacer que nos resignáramos a estar uncidos a la Unión Soviética. Al fin y al cabo, ni los turcos habían podido sujetarnos, ni aun después de Mohács.

Mohács es la palabra clave que hace a los húngaros arder de fiero orgullo: es una palabra que sugiere el diluvio y la vida después de él, el nombre de una vieja batalla que dejó perdurables cicatrices y una amarga gloria. En 1526, en Mohács, una pequeña población situada al sur de Budapest, a orillas del Danubio, los invasores turcos aniquilaron a todo un ejército húngaro, caballería e infantería, y durante los

ciento setenta y cuatro años siguientes, Hungría fue una provincia del imperio otomano. Durante este período, casi la mitad de la población del país, millones de personas, murieron de hambre, de epidemias o fueron conducidas a los mercados de esclavos del norte de África. Sin embargo, el imperio otomano ya no existe y Hungría sigue existiendo. Y, para los húngaros, esto es lo que cuenta en la historia y en la política, y así lo aprenden de muy pequeños, antes de empezar a ir a la escuela. Yo me enteré del desastre de Mohács y de la ulterior caída de nuestros poderosos conquistadores por boca de los padres franciscanos, que

después fueron expulsados de su convento por la Policía de Seguridad, que obedecía órdenes de los rusos. Pero ello no hizo olvidar a nadie la mortalidad de los imperios.

Como solía decir Lajos Kossuth, jefe de la revolución de 1848, los húngaros tienen una personalidad histórica, es decir, piensan en términos históricos, en siglos y milenios, para fortalecer el ánimo frente a las nefandas potencias del momento. No es sólo que pueden contemplar mil años de historia escrita como nación, sino que, durante todo este tiempo, se ha repetido el mismo tema, por lo que es una historia que hasta el más tonto puede aprender:

es una historia que habla de perder y resistir. La historia de sus derrotas y de su supervivencia es para los húngaros, como para los judíos la suya, una especie de religión; tienen la cabeza llena de calamidades que no han conseguido destruirlos.

Ya hemos sido castigados por nuestros pecados pasados y futuros dice el himno nacional, expresando la desafiante autocompasión que hace de los húngaros unos vasallos tan inquietos y rebeldes, a pesar de sus muchas derrotas. Sus momentos de triunfo son muy pocos para alimentar su orgullo, pero ellos se precian de haber sobrevivido a la invasión de los tártaros

(1241), la ocupación de los turcos (1526-1700), la ocupación de los austríacos (1711-1918) y la invasión de los alemanes (1944-1945). Los ciudadanos de los grandes estados se inclinan a creer que las victorias son para siempre; los húngaros concentran el pensamiento en la decadencia del poder, en la inevitable caída de los triunfadores y el resurgimiento de los vencidos. Por ello, muy pocos de nosotros pensábamos que los rusos fueran a quedarse para siempre; la cuestión se reducía a averiguar cuándo se marcharían y cómo.

En suma, aborrecíamos a los rusos con un exceso de confianza y de impaciencia.

Al igual que en la mayoría de países sin una prensa libre y sin cualquier otra expresión de sentimiento público, las universidades eran focos de sedición.

En nuestras reuniones, argumentábamos que Hungría estaría mucho mejor libre e independiente: exigíamos que se pusiera fin a los arrestos y ejecuciones arbitrarios, que los rusos pagaran el trigo y el uranio que se llevaban del país, que no hubiera más bases ni tropas extranjeras en suelo húngaro y que se convocaran elecciones libres. Protestábamos por el predominio de las débiles mediocridades en todos los cargos de poder y jurábamos eliminar la pobreza. Sentíamos la

mirada de un mundo esperanzado (y también la de la policía) y soñábamos con la gloria doble de liberar a nuestro país y contribuir a la caída del imperio ruso, aunque nos costara la vida.

No había en nuestras reuniones ni un estudiante que no recordara el precedente que en 1566 sentara el conde Zrinyi. El conde Miklós Zrinyi resistió muchos años a los turcos en su pequeño castillo de Szigetvár, hasta que, en 1566, Suleimán el Magnífico decidió ponerse personalmente al frente de un ejército de cien mil hombres para aplastar al rebelde. Zrinyi y sus seguidores resistieron durante semanas el asedio del enorme ejército y, cuando agotaron

los víveres y municiones, se vistieron con su uniforme de gala, se pusieron monedas de oro en los bolsillos para los soldados que fueran lo bastante hombres como para matarlos y salieron de entre las ruinas en una carga de caballería suicida. Antes de ser aniquilados, consiguieron penetrar muy adentro entre las huestes enemigas, y Suleimán, con la salud ya muy quebrantada por el asedio del «hormiguero», asombrado del inesperado asalto, sufrió un ataque de apoplejía y murió durante el tumulto que se produjo alrededor de su tienda. La lucha por el poder que se desató a continuación entre los dignatarios turcos dio varios años de respiro a los

húngaros. No es sólo que el conde Zrinyi consiguiera con su derrota un éxito espectacular sino que, además, su biznieto escribió un poema épico sobre la gesta, de manera que, desde entonces, el anciano ha estado lanzando su carga de caballería en la imaginación de todas las generaciones de húngaros, incitándolos a luchar a pesar de la adversidad y demostrando que también unos pocos pueden infligir mortíferos golpes a un enemigo numéricamente superior.

Y, a mediodía, todos habíamos oído repicar las campanas de Hunyadi.

János Hunyadi era un condottiere del siglo XV que llegó a ser el barón más

rico de Hungría y general de un ejército bien pagado y bien adiestrado que, en 1456, derrotó a los turcos en Nándorfehérvár, la capital húngara del sur (hoy llamada Belgrado), con lo que salvó a Austria e Italia de una conquista segura por las fuerzas del islam. Para conmemorar la gran victoria de los húngaros sobre el infiel, el papa Calixto III ordenó que, hasta el día del Juicio Final, a mediodía repicaran todas las campanas. Desde entonces, a mediodía, en todas las iglesias católicas tocan las campanas. Está claro que la verdadera victoria de Hunyadi no fue sobre los turcos sino sobre el tiempo: por la forma en que lanzó al aire las campanas y nos

salvó de la desesperación. La dictadura es una lección continua que te enseña que tus sentimientos, tus pensamientos y tus deseos no cuentan, que tú no eres nadie y que tienes que vivir como te mandan. Una dictadura extranjera te enseña la desesperación por partida doble; ni tú ni tu país tenéis la menor importancia. Pero las campanas de Hunyadi nos decían otra cosa, nos mostraban el alcance inmenso de la hazaña histórica: se ganase o se perdiese, era posible hacer algo que, al cabo de cientos de años, salvara de la desesperación a nuestros descendientes.

El pasado tuvo tanto que ver con nuestra revolución como el presente. Él

configuraba nuestros sueños y nuestro carácter: los Hunyadi eran como parientes vivos, gente con quien convivíamos. El hijo del condottiere, Mátyás, fue un gran gobernante renacentista, Matthias Corvino (1458-1490), protector de las artes y las letras, y protector del pueblo, el primer rey que liberó a los siervos y recaudó impuestos de los nobles en lugar de los campesinos, héroe de melodiosos poemas y cantos populares que solía mezclarse con el pueblo vestido de campesino, de manera que los poderosos nunca podían estar seguros de que el mendigo al que iban a maltratar no era el propio rey. Porque Mátyás

decía que todo húngaro era como un rey y aún hoy muchos húngaros están afectados de una arrogancia principesca, unida, eso sí, a un concepto de la realeza un tanto adusto. El hombre al que más veces veíamos representado en un trono era György Dózsa, que en 1514 fue sentado en un trono de hierro ardiente y coronado con una corona de hierro al rojo vivo: un rey campesino asado vivo por los aristócratas, por haber acaudillado una sublevación en reivindicación de los derechos otorgados a los campesinos por los Hunyadi.

La historia de Hungría es rica en crímenes inspirados por la codicia y el

amor a la propiedad; sin embargo, aun cuando tememos por nuestra comodidad, también tenemos héroes que nos animaron a arriesgar no sólo la vida sino también nuestros bienes. El más destacado fue Ferenc Rákoczi, que heredó unas posesiones que representaban algo así como una quinta parte de Hungría y era uno de los aristócratas más ricos de Europa. El príncipe Rákoczi (hijo del gobernante de Transilvania y de una Zrinyi, que era también una importante general) arriesgó cuanto tenía en una guerra de liberación contra Austria (1703-1711), y al final prefirió renunciar a sus tierras y pasar el resto de su vida en el exilio a someterse

a los Habsburgo. «Dios puede disponer de mí como guste -dijo Lajos Kossuth en 1848, haciéndose eco de los sentimientos de Rákoczi-, Dios puede hacerme sufrir, puede hacerme beber cicuta o enviarme al exilio. Pero hay algo que ni Dios puede hacer. Él no puede hacer de mí un subdito austríaco.»

No era posible hacer esclavos voluntarios de gente con semejantes antepasados. Y del mismo modo que nosotros nos identificábamos con nuestros héroes del pasado, identificábamos también a nuestros opresores con los opresores de nuestros antepasados. Todos eran iguales, extranjeros que pretendían dominarnos.

Por lo tanto, los Habsburgo eran aborrecidos no sólo por cuenta propia, sino también por los tártaros y los turcos, y los rusos eran odiados no sólo por ellos mismos, sino por los tártaros, los turcos, los austríacos y los alemanes.

El asunto estaba muy claro, pero cuando en octubre de 1956 nuestras manifestaciones se convirtieron en revolución, todo se hizo borroso. Yo luché como los otros, pero estaba demasiado asustado bajo el fuego de los tanques y de la artillería pesada para sentirme un héroe. En todo caso, experimenté la maldición de los afortunados ante la visión de mis camaradas tendidos en la calle, muertos,

rodeados de sangre. Tampoco me sentía virtuoso combatiendo contra la ocupación rusa y una dictadura criminal e incompetente; disparaba contra unos aturdidos jóvenes campesinos de Ucrania que tenían tantos motivos como nosotros para odiar lo que combatíamos. Creía que desde 1944 lo sabía todo sobre la guerra; fue desmoralizador descubrir que ni en una revolución peleas contra el verdadero enemigo. A pesar de todo, resistí tres semanas de batallas callejeras, corriendo de ruina en ruina, asustado y hambriento, convencido, después de un tiempo, de que no podríamos ni ganar ni sobrevivir. Pero Zrinyi y Dózsa me mantenían de

pie. Había momentos en los que experimentaba una especie de mística comunión con mi patria, y me alegraba de que por lo menos podría sumarme a todos los que habían muerto por Hungría a lo largo de un milenio de gloria y mala suerte. A los veintitrés años, yo todavía creía que no podía haber más que una verdadera patria para cada hombre.

Me convertí en un internacionalista libertino la segunda vez que atravesé la frontera austrohúngara. Huía nuevamente, entonces con sólo un puñado de refugiados, un día de diciembre tan frío como el anterior y por las mismas montañas. En realidad, tenía la rara impresión de estar reviviendo un

episodio de mi niñez. El cielo estaba tan encapotado como en el invierno del 44; los altos árboles permanecían quietos, gráciles, imperturbables, como si pertenecieran a otro mundo; y las peñas nevadas devolvían el eco de las ráfagas de ametralladora, como si los disparos no hubieran cesado desde mi infancia. Esta vez no temíamos a las balas perdidas de dos ejércitos enfrentados: la invisible patrulla de fronteras nos apuntaba directamente. Yo estaba menos furioso que asustado, sabía que sería como un animal cazado mientras tuviera suelo húngaro bajo mis pies. «¡Comprendido! – murmuraba entre dientes-. ¡Adiós, Hungría!» Al

preguntarme si las balas, al dejar de silbar, se habían hundido en el suelo o en mi carne, traté de arrastrarme por debajo de la nieve y luego corrí por campo abierto. Mi pasión por Hungría se había agotado.

Cuando estuvimos al otro lado de la frontera, encontramos una carretera y un camión de leche nos recogió y nos llevó al pueblo más cercano. La plaza del pueblo estaba llena de refugiados que golpeaban el suelo con los pies para combatir el frío y contemplaban una hilera de autobuses nuevos y plateados. Los vehículos tenían rótulos amarillos pintados a mano indicando el punto de destino: Suiza, Estados Unidos, Bélgica,

Suecia, Inglaterra, Australia, Francia, Italia, Nueva Zelanda, Brasil, España, Canadá, Alemania Occidental y, sencillamente, Viena. En la comisaría de policía, al otro lado de la plaza, miembros de la Cruz Roja dispensaban los primeros auxilios de café caliente y bocadillos, mientras las enfermeras de capa negra y cofia blanca recorrían la multitud en busca de heridos y niños necesitados de atención. Otros funcionarios, de aspecto menos dulce, instaban a los refugiados a elegir autobús.

Estábamos desconcertados por el cuadro de aquella plaza de pueblo cubierta de barro y de autobuses que

iban a todas las partes del mundo.

Hacía menos de una hora, no podíamos movernos sin que nos dispararan; ahora nos invitaban a elegir cualquier lugar bajo el sol. Aquello no tenía sentido, era una incongruencia. – ¡No hay medios de transporte suficientes para tanta gente! – exclamó una vieja en un arrebató de histeria-. ¡Cargarán demasiado los autobuses y nos mataremos en esos caminos de montaña!

Nadie se rió. La vida había manifestado ya muchas posibilidades como para que uno pudiera sentirse seguro.

–Ese autobús que dice «Brasil», ¿es que piensan conducirlo a través del

océano? – pregunté a una muchacha de cara redonda que estaba a mi lado en medio de la multitud, con ojos de asustada.

Ella se rió nerviosamente y me explicó que los autobuses sólo iban hasta las estaciones del ferrocarril y los campamentos de refugiados, donde habría una nueva selección antes de seguir viaje. ¿Dónde pasar el resto de tu vida? Una pareja con un niño que ya había subido al autobús de «Bélgica» bajó precipitadamente y corrió hacia el vehículo marcado «Nueva Zelanda». Otros paseaban de arriba abajo por la fila de autobuses, leyendo y releiendo los nombres de los países con gesto

pensativo e indeciso. ¿Dónde podría yo hacer mi doctorado? ¿En qué lengua? Era imposible creer que dando unos pasos en una u otra dirección se pudiera decidir la cuestión de una vez por todas. Casualmente, estaba al lado del rótulo que decía «Suecia» en letras amarillas. Si subía a aquel autobús, conocería a mujeres en Estocolmo y me enamoraría de ellas; pero, si pasaba al siguiente autobús, no llegaríamos a conocernos. La muchacha de la cara redonda optó por Brasil. La acompañé al autobús y, antes de que subiera a él -más para aliviar mi desconsuelo que para reconfortarla-, le di un beso. Ella me lo devolvió y, durante un largo momento,

recordamos que éramos un hombre y una mujer, y que siempre, en todas partes, habría hombres y mujeres. Pensé en preguntarle cómo se llamaba, pero me limité a poner la mano en el abrigo para sentir sus pechos y a seguirla con la mirada.

Encontró un asiento al lado de la ventanilla y me miró sonriendo y enseñando un diente roto. De no ser por aquel diente, quizá hoy escribiera estos recuerdos en portugués. Luego, menos desorientado, me dirigía al autobús a Italia, aún sentía en los dedos el calor de su abrigo. Después del frío pasado durante las últimas semanas, ansiaba la libertad del sol.

Al día siguiente estaba en Roma en compañía de otros trescientos aturridos húngaros, a quienes no había visto antes. Al llegar a la nueva estación del ferrocarril, vimos gente al lado de la vía, sentada alrededor de unas mesitas cubiertas con mantel blanco, tomando su espresso. Todos los trenes eran eléctricos, y la reluciente e immaculada estación parecía un palacio de recreo gracias al sol que entraba por las paredes de cristal. Subimos a otros autobuses que nos llevaron al Albergo Ballestrazzi, un viejo y confortable hotel situado en una callejuela adyacente a la Via Véneto. Nos fue difícil entrar en el hotel porque la puerta estaba bloqueada

por una serie de camiones cargados de regalos y cientos de personas que habían acudido para ver a los poveri rifugiati. Mientras me abría paso entre la gente, un señor me metió unos billetes en la mano (ochenta mil liras, según descubrí después). Me asombró ver la compasión en su cara. ¿Por qué tenía que compadecerme?, pensaba, pero después reaccioné y traté de no pensar en la respuesta. Le di las gracias en latín y entré en el hotel. El vestíbulo parecía un gran almacén: gracias a los comerciantes de Roma. Hileras de trajes, vestidos y abrigos caros, mesas llenas de camisas, blusas, zapatos, todo lo que uno pudiera desear al llegar sin

equipaje a una ciudad extraña.

Pero cuando, junto a mis compatriotas, me lanzaba sobre los géneros, oí que una mujer se lamentaba de que no hubiera guantes de cabritilla blancos de su medida. Yo agarré, ante todo, una gran maleta y, seleccioné cuidadosamente tallas y estilos, elegí seis camisas blancas, corbatas, ropa interior, calcetines, dos pares de zapatos, tres trajes, seis jerséis negros y un elegante abrigo. Aquellos regalos contribuyeron a demorar la conciencia absoluta de que nos habíamos desvinculado de todo lo que nosotros comprendíamos, de todo lo que nos preocupaba, de todo lo que amábamos o

detestábamos. Asímos con fuerza nuestras posesiones, y nuestras caras, que en el tren no denotaban sino humildad y temor, adquirieron entonces la expresión de preocupada satisfacción, Mientras avanzaba entre la gente con mi botín, observé que un botones flaco y moreno me miraba con antipatía y repulsión. Yo, un extranjero, podía elegir lo mejor de todo a cambio de nada. ¿Alguien le había preguntado a él lo qué hacía falta? Me sentí culpable, y al mismo tiempo, me alegré de mi buena suerte. Nos dieron a cada uno una elegante habitación individual y nos colmaron de regalos y dinero; nosotros no teníamos más que descansar y

divertirnos... y esperar el siguiente golpe de fortuna.

Después del almuerzo del segundo día, llamaron a los estudiantes rebeldes -que se alojaban en el Albergo Ballestrazzi- al vestíbulo donde les esperaba una periodista que escribía una serie de artículos sobre la vida universitaria en Hungría. Para entonces, el vestíbulo había recobrado su aspecto habitual, que era el de un salón desmesuradamente grande de un hogar de clase media: espejos empañados con grueso marco de madera, alfombra raída y gran cantidad de viejos sillones de tapicería descolorida. En uno de los sillones estaba sentada una mujer. No

pareció prestar atención a nuestro pequeño grupo mientras nos acercábamos pero, en el último momento, se levantó y nos estrechó la mano enérgicamente uno a uno, mientras repetía su nombre de pila:

–Paola.

Paola era una italiana atípica: una belleza inexpresiva, alta, rubia y, según comprobaríamos, indiferente. Puesto que ninguno de nosotros hablaba italiano, ella preguntó si alguien podía hacer de intérprete en inglés. Yo le ofrecí mis servicios y ella me lanzó una mirada de escepticismo.

–Está bien -dijo-. A trabajar.

Ante todo, quiso conocer nuestras

calificaciones académicas y lo que habíamos visto y hecho durante la revolución. Tanto si tratábamos de bromear como si describíamos un episodio trágico de los días de lucha, ella sólo reaccionaba con el bolígrafo sin demostrar más emoción que cierta ansiedad por comprobar si después podría descifrar sus notas.

—Esa tía no nos traga -se lamentó uno de los chicos-. ¡Maldito si contesto más preguntas! — ¿Qué ha dicho? — preguntó Paola al ver que yo no traducía.

—Le preocupa que no podamos decirle algo realmente interesante que poner en sus artículos.

Paola arqueó las cejas, pero no hizo

comentario alguno. Por fin, cerró el bloc, dijo que volvería al día siguiente y concluyó la entrevista con una nota personal:

—Opino que han tenido mucha suerte de poder escapar sanos y salvos.

Aquella tarde -hacía días que lo veía venir- tuve un grave acceso de autocompasión. Es una enfermedad a la que he sido propenso desde niño, mejor dicho, es una enfermedad de la que nunca me he recuperado por completo; sólo he aprendido a sobrellevarla. Pero esta vez el ataque era más violento que nunca. Tendido en la cama, lloraba de soledad. Pero ¿a qué negarlo?, lloraba por mi madre. Lloré mucho tiempo, y

temblé, y me sentí abandonado, expulsado del refugio de su amor protector. Recordaba mi primer año de colegio, cómo corría al volver a casa, temiendo no encontrarla. Recordaba el día en que me desollé la rodilla jugando al fútbol y cómo me pareció que se me había curado al ponerme ella la venda. Y hasta sentía el sabor de los panqueques que me hizo después, para consolarme.

Pronto empecé a odiarme. Ahora hay veces en las que me siento orgulloso de haber podido luchar durante semanas a pesar del miedo, pero entonces sólo podía pensar que, después de todo, había huido. ¿Quién era yo para tratar de

hablar a Paola sobre Hunyadi y los demás? Hacía una semana, peleaba en Budapest, ahora estaba en Roma. ¿Dónde estaría al día siguiente y por qué? Había abandonado mi patria, mis amores, mis amigos, mis relaciones y no volvería a verlos. No entendía qué me había impulsado a hacerlo. Mientras hablaba a la esnob periodista italiana acerca de la revolución, me había convencido a mí mismo de que ya no me importaban la independencia, la libertad, la igualdad ni la justicia para Hungría, todo aquello por lo que había dado un giro a mi vida que no tenía vuelta atrás.

Incluso traducir información sobre

Hungría me resultaba irritante: mis compañeros de exilio me parecían tan pesados y cargantes como los parientes de una antigua novia; decidí mantenerme lo más apartado posible.

Aquella noche me quedé echado en la cama sin desnudarme ni poder dormir, y cuando por fin me dormí, soñé que un tanque pasaba por encima de mí hacia adelante y hacia atrás, dejándome el cuerpo más fino que el papel.

A la mañana siguiente, me desperté con un poco de fiebre y un divieso grande y doloroso en la axila derecha. Inmediatamente, fui en busca del médico del hotel. Según él, mi cuerpo, simplemente, estaba adaptándose al

cambio de clima y de alimentación; en mi opinión, lo más probable era que estuviera rebelándose contra todos los cambios a los que había sido sometido. La fiebre y el divieso siguieron aquejándome durante más de un mes, mientras me arrastraba por los museos y las iglesias de Roma, unas veces solo y otras en compañía de los italianos que se brindaban a hacer de guías a los refugiados. Eran muy amables, pero no sabían cómo me llamaba; y si lo sabían, no pronunciaban bien mi nombre. De todos modos, yo ya no sabía de quién era el nombre. No era más que otro povero ungherese. Al cabo de dos semanas, ya me defendía en italiano,

pero no podía ignorar que más que adquirir una lengua nueva, estaba renunciando a mi lengua materna. Tenía facilidad para sintonizar con nuevos lugares y gente y este don, evidentemente, me hacía más propenso a abandonar lo que ya tenía. Incluso había abandonado muchas de mis antiguas aficiones, como escribir poesía y tocar el piano. No podía perseverar en nada. Roma te invita a reflexionar sobre el pasado, hice un repaso a mis antiguas amistades y amores, de quienes había dejado o me habían dejado a mí. Iban y venían, toda mi vida era una sucesión de entradas y salidas. Era como si nunca hubiera conservado nada. Me remordía

la conciencia sobre todo por Nusi y Maya; me pesaba menos haber engañado a Maya con su prima que haberla engañado en su propia cama -aquella cama en la que ella me había enseñado a amar-, detalle sobre el que nunca había reflexionado, pero que ahora me parecía un crimen.

A propósito, disiento de las recomendaciones de los grandes filósofos que nos instan a «conocernos a nosotros mismos». Durante aquellos días de profunda reflexión, me volví más ruin y estúpido, por pura frustración. Todas las noches me retiraba temprano a mi habitación para curarme el divieso pensando que habría

sido mejor que me mataran en la frontera. Y todas tenía pesadillas.

15- DE LA FELICIDAD CON UNA MUJER FRÍGIDA

Yo te quiero mucho porque a tu lado encontré la forma de volver a quererme.

ATTILA JÓZSEF

Estaba tan asqueado de mí que me sentí atraído por una mujer que no me demostraba la menor simpatía. Aunque Paola escribía una serie de artículos aparentemente interminables sobre los estudiantes húngaros, su relación con nosotros durante la entrevista diaria no modificó su indiferencia. Yo, mientras

desempeñaba, tarde tras tarde, mis funciones de intérprete en la penumbra del vestíbulo del Albergo Bailestrazzi, trataba de adivinar su edad.

Debía de estar entre los veintiocho y los treinta y seis: tenía unas finas líneas en la frente y en el cuello; no obstante, sus ojos azul pálido brillaban con la tranquila inocencia (¿o ignorancia?) de una niña. Cuando entraba en el vestíbulo, vestida con un ceñido traje de seda o de punto, extraordinariamente elegante, parecía como si su cuerpo hubiera sido modelado a la perfección por las manos de una larga serie de ardientes enamorados. Pero, a medida que se acercaba, aquel cálido fulgor se

trocaba en fría distinción. Tenía una cara fina y distante, con el óvalo pálido de una madonna bizantina, y yo me preguntaba si empezaría a animarse al contacto de mis manos. – ¿Sabe?, yo soy un intérprete con mucha práctica -le dije un día-. La adquirí cuando era niño.

Naturalmente, yo esperaba que me preguntara dónde y por qué. A veces, cuando me fallaba la confianza en mí mismo, solía explotar descaradamente mis experiencias del campamento americano, para tantear el terreno o estimular la curiosidad de mi interlocutor. Pero Paola no demostró interés.

También traté de impresionarla con

mis dotes de políglota, pasando del inglés al italiano a la menor ocasión, presumiendo con cada nueva palabra que aprendía. Pero ella no reaccionaba. La mayoría de los chicos se escabullían lo antes posible, dejándome a solas con ella mientras completaba los datos para la crónica del día siguiente. Yo trataba de ayudarla, a pesar de que el divieso no dejaba de dar latigazos y el cuerpo me ardía de fiebre. A veces, yo hacía alusión a mi dolencia. Ella recibía mis observaciones personales levantando una ceja, como si acabara de pedirle que escribiera un informe de mi estado de salud para la primera plana.

—Lo siento, pero yo también tengo

que irme -le dije un día, francamente hartos y en inglés-. Estoy tan mareado que me parece que voy a morirme.

-Ahora dígalo en italiano -me dijo en su lengua-. No sea perezoso.

Tiene que practicar el idioma que habla peor.

Muy débil hasta para rechinar los dientes, repetí en humilde italiano que me estaba muriendo. - ¡Excelente! - exclamó Paola incluso sonriendo-. Entonces, hasta mañana.

Furioso, salí a dar un paseo para tranquilizarme. Al final de la Via Veneto está una de las puertas de Villa Borghese, situada en un parque exuberante pero cuidado, de árboles

viejos y flores nuevas, la naturaleza silvestre en un marco de artístico trazo y exquisito detalle, mitad bosque, mitad jardín. Tiene un estanque, pintorescos senderos que serpentean entre estatuas de mármol blanco, y a cada paso (ya que el parque ocupa una de las siete colinas de Roma) se divisan cúpulas de iglesias y paredes de palacios: un soplo del Renacimiento. No conozco nada tan magnífico y a la vez tan sedante como los jardines de Villa Borghese. Mientras paseaba, me sentí relajado y comprobé que el aire fresco y el ejercicio me habían despejado la cabeza y bajado la fiebre. No obstante, de no ser por la indignante indiferencia de Paola a mis

sufrimientos, habría pasado la tarde encerrado en el hotel con mis sombríos pensamientos. Y esta relación de causa y efecto marcaría nuestros encuentros: Paola conseguía ponerme furioso, pero pasado mi enojo hacía que me sintiera más sano y despierto.

—Yo no soy muy comunicativa - observó después de la última de las entrevistas mantenidas en el vestíbulo, cuando habíamos vuelto a quedarnos solos-. Me concentro en lo que estoy haciendo. He observado que a sus amigos no les caigo bien.

—Piensan que es una persona fría, sin sentido del humor ni sensibilidad -le revelé.

—Qué sagacidad. — Parecía impresionada, como si habláramos de otra persona-. Pues tengo que decirle que la mayoría de ustedes me han causado una muy buena impresión -agregó-. Están excesivamente obsesionados con la política, no sólo con el sexo como los italianos.

No sé cómo habrían reaccionado los demás de haber estado allí y oír aquel cumplido, pero el efecto que tuvo en mí fue profundo. A los nueve años, me llevaron al hospital con el apéndice perforado y oí que el médico decía a mi madre que debía prepararme el entierro. A las dos semanas, estaba restablecido. La observación de Paola generó la

misma respuesta. Le pregunté si, en pago de mis servicios de intérprete, querría enseñarme Roma. Ella accedió y nos citamos para el día siguiente. Cuando se marchó subí a mi habitación, hice diez flexiones, tomé un baño y decidí que, tan pronto como se me curara el divieso, me acostaría con aquella mujer.

Fue en nuestra segunda salida, hacia mediados de enero, cuando empecé a hacer insinuaciones verbales a mi cicerone. Estaba enseñándome un pequeño museo y yo no hacía más que repetir que ella era más hermosa que cualquiera de las pinturas y las estatuas que me enseñaba. Con su vestido de color terracota y su pelo rubio recogido

en lo alto de la cabeza que dejaba despejada su cara fina e impassible, parecía una momia real egipcia, esmaltada en ocre y rosa tostado: cualquier período que evocaba, nunca era el presente. No reaccionó a mi piropo más que arqueando las cejas. ¿Sería un hábito de la niñez, me preguntaba yo, para denotar sorpresa o desaprobación? ¿Habría tratado durante años de librarse de él, antes de resignarse por desesperación? Hubiera imaginado cualquier cosa con tal de hacerla más humana y simpática.

Cuando nos despedimos, a la puerta del museo, probé fortuna. — ¿Sabe que nunca me han invitado a comer a una

casa italiana?

—No se ha perdido nada. En Roma, donde mejor se come es en los hoteles.

—No es como la comida casera. —
¿Se puede saber qué le pasa? En primer lugar, estoy casada. En segundo lugar, si quisiera cenar con usted, lo habría invitado.

No podía estar más claro. Le tendí la mano.

—Bueno, me alegro de haberla conocido. Quizá volvamos a vernos, si me quedo en Italia.

Paola me estrechó la mano, pero no la soltó. Hay mujeres que no deberían mostrarse descorteses, si no quieren acabar mostrándose amables,

arrepentidas de sus malos modales.

–Claro que, si no lo invito a cenar, pensará que se debe a que es un refugiado.

–En absoluto -protesté, oprimiendo sus dedos largos y suaves-.

Pensaré que no le gusto.

Ella retiró la mano y miró en derredor, para ver si alguien nos observaba.

–En casa no tengo más que conservas.

–Me encantan las conservas.

Entonces entornó los ojos, aunque quizá la cegaba el sol.

–Está bien, pero recuerde que usted lo ha pedido.

Cuando Paola me guiaba al interior de su apartamento, le di un beso en la nuca. Tenía un cutis tan blanco que, en la penumbra de la alcoba, parecía fosforescente. Se quedó un momento inmóvil y luego trasladó su cuerpo y su perfume a una cocina alegre y moderna.

—No le convengo -dijo con firmeza-. Ni siquiera para una aventura intrascendente.

A pesar de todo, nuestra situación tenía una mayor intimidad. Ella calentó una lata de ravioles y nos sentamos a la mesa de la cocina ante una cena muy poco imaginativa, como un viejo matrimonio. Lo cual me recordó que Paola había dicho que estaba casada. —

¿Y su marido? – le pregunté, alarmado. Me había olvidado de él.

–Hace seis años que no vivimos juntos -reconoció con una leve sonrisa contrita-. Estamos separados judicialmente; es lo que tenemos en Italia, en lugar de divorcio. – ¿Por qué lo dejó?

–Me dejó él a mí.

Esta respuesta no invitaba a seguir preguntando, era mejor callar, ya que, si Paola me hubiera hecho más confidencias, probablemente yo habría perdido el valor y me habría retirado al Albergo Ballestrazzi. Estuvimos hablando de política, y ella me explicó las diferencias entre las distintas alas

del partido democristiano en el poder. Hablaba de un modo distendido, como si diera por descontado que yo me había hecho a la idea de que lo único que iba a conseguir era comida en conserva. Azuzado por el amor propio herido y por su perfume (que no había percibido en otras ocasiones pero ahora dominaba al aroma de los raviolos), estaba impaciente por que acabara la cena y rehusé el café, ya que ello habría supuesto una intolerable pérdida de tiempo. Le pedí que me enseñara el apartamento; sólo percibí un fondo verdeazulado tras su persona, hasta que llegamos a una enorme cama redonda. Paola consintió en que la abrazara y la

besara, pero cuando empecé a desabrocharle el vestido, trató de desasirse, empujándome con los codos y las rodillas. Llevaba un vestido muy ajustado que entorpecía sus movimientos tanto como yo, pero conseguí por fin liberar sus pechos, que crecieron al surgir del sostén. Ninguno de los dos había hablado, pero cuando incliné la cabeza sobre la blancura de su busto, ella observó con algo de malicia en la voz:

—A propósito, soy frígida. ¿Qué podía hacer yo, apoyado en ella con un pecho desnudo en cada mano?

—Vengo de una revolución -dije con fanfarronería, pero sin mostrar la cara-;

a mí no puedes asustarme.

Paola me levantó la cara y me dio un beso fuerte y apasionado. Mientras nos desnudábamos el uno al otro, empecé a sospechar que la misteriosa italiana había mentido para ponerme a prueba. ¿No me había advertido Nusi que ella no consentiría en tener relaciones antes de un mes por lo menos, y al cabo de una hora ya se había acostado conmigo?

Desgraciadamente, en la vida las sorpresas gratas no suelen repetirse.

Cuando nos hubimos desnudado, Paola recogió su ropa, la dejó encima del escritorio bien doblada y colgó el vestido en el armario. Luego, entró en el cuarto de baño a lavarse los dientes. Yo

la observaba con incredulidad, temor y deseo. Desnuda, sus caderas eran más anchas de lo que parecían debajo del vestido, pero formaban un centro firme y espléndido para su cuerpo largo y esbelto. Cuando volvía del baño, la combinación de su largo pelo rubio y el vello rubio de su vientre me provocó uno de aquellos dolorosos calambres de mi adolescencia. Pero caminaba hacia mí, en su soberbia desnudez, con la naturalidad que se me habría acercado si lleváramos diez años de matrimonio. Sacó la punta de la lengua... y pasó por mi lado, para quitar la colcha, que dobló en tres y depositó en la butaca. Yo, temiendo que fuera a pasar toda la noche

trajinando arriba y abajo, la agarré por las frías nalgas.

—Son demasiado grandes —dijo secamente.

Las apreté con la violencia de mi frustración, y debió de dolerle, porque, a su vez, me clavó los dientes en la lengua, haciéndome sangrar. Sólo la circunstancia de que hacía más de dos meses que no estaba con una mujer me permitió resistir el cuarto de hora siguiente. Paola parecía más una anfitriona atenta que una amante: levantaba o ladeaba el cuerpo de modo tan complaciente que me sentía como el invitado al que se abruma a cumplidos de tal manera que acaba por pensar que

están deseando que se vaya. No me sentía a gusto en su cuerpo y tardé mucho en correrme.

Después, le recorrí el cuerpo con las manos, incapaz de creer que pudiera existir forma tan perfecta sin contenido. – ¿Te ha gustado? – preguntó.

Puesto que todo lo demás había fallado, traté de ablandarla con palabras.

–Ha sido maravilloso.

–Me alegro, me alegro muchísimo.

–Te quiero.

–No digas eso -protestó Paola, perdiendo la alegría. Se subió la manta hasta el cuello, impidiéndome recrearme con su cuerpo-. Me haces sentir en la

obligación de decir lo mismo. Y no puedo decir eso. No sería verdad. — ¡Pues vamos a mentir!

—Si tú puedes mentir, yo no.

Mientras buscaba la manera de despedirme cortésmente, deslicé la mano entre sus muslos y empecé a acariciarla, casi mecánicamente. Y vi que le gustaba más aquello que los abrazos de antes. — ¿No estamos pasándolo bien, sin necesidad de fingir? — preguntó apaciblemente. ¿Sería una de esas mujeres que sólo gozan de otra manera? Yo, que no me doy por vencido fácilmente, levanté la manta y me volví, buscando la fuente de su misterio. Pero ella me apartó la cabeza con brusquedad

y me dio un violento empujón en el pecho que estuvo a punto de tirarme de la cama.

–Eso no. Esas cosas son guarrerías.
– ¿Cómo guarrerías? ¿Es que nunca lo has hecho a la francesa?

Le hice la pregunta más por pura curiosidad que por interés personal, mientras recogía mi ropa esparcida por la moqueta gris. Estaba oscureciendo.

–No soy una perversa. A mí me gusta lo natural. – ¿Y qué es lo natural?

–Que tú estés encima.

Me levanté y empecé a vestirme.

–Tu problema no es que seas frígida sino que eres tímida y poco imaginativa.
– ¿Por qué te vistes? – preguntó con aire

de sorpresa.

—Me parece que debo irme. Se hace tarde.

Paola guardó silencio, pero luego estalló de improviso:

—Los hombres sois unos monos presumidos. No gozáis con las mujeres, ni siquiera gozáis con el orgasmo. Lo único que buscáis es conseguir que la mujer se dispare, ¡bang! ¡Hombre tenía que ser el que inventó la bomba atómica!

—Tal vez, si probaras, tú también harías ¡bang! — ¡Por Dios, Andrea, tengo treinta y seis años! ¿Crees que no he probado lo suficiente?

Encendí la luz para buscar los

zapatos. – ¿Qué es lo que has probado? ¿Tener a un hombre encima? – ¿Te he contado lo de mi marido? – preguntó, sosteniéndose la cabeza con el codo apoyado en la cama, sin hacer caso de mi sarcasmo-. Es abogado y fue dos veces candidato al Parlamento por el partido monárquico.

No salió elegido, desde luego, y pensó que ello se debía a que yo era frígida.

Decía que le había hecho perder la confianza en sí mismo. Leyó mucha psicología y dijo que yo debía de ser masoquista, de modo que, antes de acostarse conmigo, me pegaba con una toalla mojada. Me harté de la toalla y

por fin le dije que a lo mejor, en lugar de masoquista, era sádica. – ¿Y qué dijo él?

–Se empeñó en probarlo. Tanto me lo pidió, que una noche le pegué, pero tampoco me gustó. Al contrario, detesté hacerlo. De modo que le dije que no habría más experimentos.

Me senté en el borde de la cama para atarme los cordones de los zapatos. – ¿Y no te fue mejor con ninguno de tus amantes?

–Oh, siempre partimos de la base de la amistad. En el periódico hay un redactor que a veces me visita. Pero él no le busca cinco patas al gato, como tú. Tiene cincuenta y un años.

No me gustaba la idea de pisarle el terreno a un señor mayor y debió de notármeme en la cara. – ¿En qué piensas? – preguntó, inclinándose para oprimirme la mano cariñosamente.

Una mujer desconcertante.

–Pensaba en lo que ocurrirá cuando el gobierno italiano se canse de tenernos en el hotel -mentí. Pero, en cuanto dije estas palabras, empecé otra vez a preguntarme con inquietud qué iba a ser de mí-. Lo peor de todo es que no tengo ni idea. La Cruz Roja me dio una lista de universidades italianas, y envié a todas ellas una serie de solicitudes, pero, aunque me convaliden los títulos, probablemente no me autorizarán a dar

clases porquero domino completamente el italiano. Y quiero ser maestro, llevo mucho tiempo preparándome para eso y no puedo renunciar.

Ya me veía de camarero en un café barato, aceptando pequeñas propinas.

—Ya encontrarás algo. Pero, mientras, estés en Roma y vivas en un hotel que te costaría diez mil liras diarias. ¿Por qué no te calmas y te diviertes? He notado que estás en tensión constante. ¿Y cómo no iba a estarlo, a su lado?

—Para ti es fácil hablar -dije con amargura-. Tienes un empleo seguro, vives en tu tierra y no tienes que preocuparte de lo que te ocurrirá

mañana.

Paola se levantó y empezó a vestirse.

—Nadie sabe lo que le ocurrirá mañana. A ti te gusta compadecerte de ti mismo.

Ahora, al discutir sobre un tema del que ella podía hablar de forma racional, recobró el aplomo. Debía de sentirse aliviada, como me sentía yo, de que los dos nos hubiéramos vestido: sin duda era lo más apropiado para la índole de nuestra relación.

—Mucha gente no vacilaría en asesinar para no tener más problemas que los tuyos.

—No debería hablar contigo. Hacerlo

me recuerda que estoy solo en el mundo.
– ¿Y quién no lo está?

No sé exactamente por qué -quizá porque ella entró otra vez en el cuarto de baño y empezó a peinarse moviendo el brazo lánguidamente, cómo si lo hubiéramos pasado de maravilla-experimenté la necesidad de convencerla de que yo tenía motivos sobrados para sentirme hundido. ¿No comprendía que, por el simple hecho de marcharme de Hungría, yo había hecho de mi pasado una incongruencia? Nada de lo que había hecho en mi vida tenía el menor significado. Nada era importante.

Le hablé del tanque ruso que me aplastaba todas las noches.

–Eso te pasa porque te obstinas en darle vueltas a todo lo que te ha pasado. Empleas tu tiempo en compadecerte a ti mismo.

–No me atrevería en tu presencia.

–Eres un estudiante de filosofía y deberías saber que la vida es casi siempre caótica, insensata y dolorosa la mayor parte del tiempo.

–De eso me quejo.

–A los veintitrés años, ¿no eres ya muy viejo para liorar por cosas tan evidentes?

Traté de demostrarle que, acerca del absurdo de la existencia, sabía más que ella, y empezamos a hablar de Camus y de Sartre. Mientras hablábamos, yo iba

de una habitación a la otra, para mantenerme a distancia de aquella antipática. Me preguntaba cuándo podría tener yo un apartamento como aquél. Era realmente extraordinario. No tenía esa opresiva tacañería de la mayoría de apartamentos modernos, a pesar de que el edificio no parecía datar de muchos años. Los techos eran altos, las habitaciones, enormes, y la distribución, formidable. El dormitorio era redondo, con un gran ventanal semicircular delante del cual había un escritorio en forma de media luna, con una Olivetti portátil encima. Aparte la mesa, no había más mueble que la gran cama redonda, que Paola había vuelto a hacer

rápídamente, con su colcha a cuadros dorados. El baño contiguo, gris y oro, tenía el tamaño de un pequeño baño público. La sala de estar, azul y verde, describía una ese mayúscula, ondulación que producía una ilusión de movimiento, a pesar de las grandes butacas y sofás que estaban hechos para ajustarse a las curvas de la pared.

—No me sorprende que puedas aceptar lo absurdo de la existencia con tanta ecuanimidad -dije a Paola.

—He tenido que mudarme dos veces, por no poder pagar el alquiler. No tengo coche. — ¿Tu marido no te pasa una pensión alimenticia?

—La ley lo obliga a pasármela, y él

puede permitírsele perfectamente, pero no tengo fuerza moral para demandarlo judicialmente y obligarlo a mantenerme, después de haberle amargado la existencia.

No quise contradecirla. Era hora de despedirse, pero, antes de que pudiera hablar de marcharme, ella me tomó del brazo con familiaridad.

—Vamos a dar un paseo, Andrea. ¿Pensaría aquella mujer que yo tenía intención de seguir viéndola? En el ascensor, me tomó la cara entre las manos, me atrajo hacia sí y susurró:

—Yo, a mi manera, también gozo, ¿sabes? Haces que me sienta como una mujer de verdad.

Éste era el argumento más eficaz que podía esgrimir Paola para darme una visión estoica de la vida: ahora, en lugar de compadecerme a mí mismo, empecé a compadecerla a ella.

No obstante, si acudí a nuestra cita siguiente fue, principalmente, porque había recibido una carta del rector de la Universidad de Padua por la que me informaba que las universidades italianas, en general, exigían más conocimientos de filosofía cristiana de los que yo parecía poseer; que, por el momento, no disponían de fondos para concederme una beca para el tiempo que yo necesitaría a fin de perfeccionar mi italiano y completar mi tesis doctoral, y

que tal vez debiera recurrir a las fundaciones americanas. El rector me aconsejaba también que, puesto que hablaba alemán e inglés, indagara en universidades de Alemania Occidental y de los países de habla inglesa. De todo ello se deducía que Italia no tenía sitio para el signor Andrea Vajda, con sus calificaciones cum laude de la Universidad de Budapest.

Mientras leía y releía la carta, sentí de pronto el deseo de oírle decir a Paola que no tenía de qué quejarme, que, en Sicilia, había gente que se moría de hambre. Además, empezaba a intrigarme que, en treinta y seis años, ningún hombre hubiera conseguido llegar hasta

ella. ¿Y si fuera yo ese hombre? En Budapest nunca me habría atrevido a tanto. Cuando por fin me recuperé de mi amor sin esperanza por Liona, comprendí que en el mundo había obstáculos más importantes a superar que una mujer difícil. Puesto que empecé a tomarme en serio mis estudios, invertí mi ambición personal en llegar a ser un buen maestro y, quizás, el autor de unos cuantos ensayos filosóficos de cierto mérito; y, por si eso no fuera suficiente, la Policía de Seguridad se encargó de satisfacer mi masculina ansia de excitación, conflicto y peligro. Porque yo amaba mucho a las mujeres y lo único que buscaba en ellas era un afecto sincero, acabé por eludir a

aquellas cuya conducta presagiaba complicaciones. Pero en Roma, donde estaba alimentado, alojado y completamente aburrido, reducido a la vida precaria y vana del refugiado superfluo, Paola ofrecía la felicidad del desafío constante.

Pasábamos juntos casi todas las tardes -a veces, toda la noche- en su apartamento. Estar con ella era como vivir en un altiplano. El aire era puro y sutil, tenías que amortiguar tus reacciones, respirar suavemente, mantener la calma, ser cauto y evitar las emociones. Huelga decir que en nuestra aventura, la conversación era un elemento de gran importancia.

Cierta vez en que pretendí probar una modalidad que a ella le pareció extraña, Paola saltó de la cama y volvió con un montón de libros de y sobre Sartre.

—He pensado que la inactividad tiene que resultarte deprimente. Tienes que trabajar en algo. Mira, pienso que deberías escribir tu tesis doctoral, aunque no sepas todavía dónde vas a presentarla. Yo puedo ayudarte a conseguir los periódicos y toda la documentación que necesites.

Era imposible no darse cuenta de que Paola me daba todos aquellos libros para zafarse de un forcejeo en la cama, pero ello no hacía menos atrayente la

sugerencia. Pasamos el resto de la velada hojeando los libros y, al día siguiente, yo empezaba a redactar notas sobre La teoría de Sartre del engaño de sí mismo, aplicada al conjunto de su propia filosofía, tesis por la que la Universidad de Toronto me otorgó el grado de doctor en Filosofía y Letras tres años después. Fue publicada en el segundo número de The Canadian Philosophical Review (tomo I, número 2, páginas 72-158) y me ha valido toda la consideración que pueda tener en mi profesión. De todos modos, gracias al medio por el que Paola evadía nuestro problema más íntimo, me dediqué a algo que me gustaba y encontraba útil, lo cual

contribuyó mucho a calmar mis nervios. Dejé de tener pesadillas y empecé a encajar otra vez en el mundo.

Sin embargo, mi recién adquirida paz de espíritu pronto empezó a perder el encanto de la novedad. Ya no estaba falta de vida sexual y compañía, pero echaba de menos lo que Paola no podía darme, y empecé a desesperarme por cambiar los hechos. Al principio, solíamos dejar las luces del dormitorio encendidas, pero, poco a poco, caímos en el hábito de apagarlas antes de tocarnos. Lo que más me indignaba eran sus convulsas sacudidas y suspiros. A medida que crecía su cariño, quería demostrar que, a su manera, también

gozaba; pero sus expresiones no eran sino incesantes recordatorios de que en realidad aquello la dejaba indiferente aunque se molestara en fingir lo contrario. Yo tenía la dolorosa sensación de ser un parásito del placer, un gorrón de la sexualidad. Todo lo cual me impulsaba a obsesionarme con su imposible vagina, aquella fuente de nuestros sinsabores, con olor a pino. Muchas veces, trataba de besársela, pero ella siempre me rechazaba. Si protestaba, se mostraba afligida.

—Mientras fui virgen, viví feliz -se lamentó una vez con amargura-.

Entonces bastaba con que fuera una muchacha bonita, inteligente y simpática.

Después, siempre la misma historia. ¡Qué mujer más sexy, la seduciré! Y cuando, harta del asedio, por fin me rendía, ¡qué desilusión! Me gustaría ser fea para que me dejaran en paz y no tuviera que oír quejas. – ¿Quién se queja? ¡Qué disparate!

–Dijiste que te conformabas con la comida en conserva, recuérdalo.

Entonces copulamos por el sistema normal, simulando placer al unísono. El sudor del remordimiento humedecía la cama, pero nada podíamos hacer por remediarlo. Al principio, yo pensaba que mis esfuerzos por agradar habían de complacerla, pero ella los tomaba como la señal de que la culpaba de no poder

gozar. Naturalmente, traté de convencerla de que en el sexo no todo tenía que ser placer físico -¡ni mucho menos!- y que era una solemne estupidez sacralizar el orgasmo. Ella se mostraba de acuerdo. Pero todo aquello que la sociedad considera un bien principal se convierte en imperativo moral (ya sea la salvación del alma o la del cuerpo) al que no podemos renunciar sin comprometer la conciencia. Paola no podía evitar sentirse culpable de su frigidez, igual que no se hubiera sentido virtuosa haciendo el amor en la Edad Media. De hecho, a veces yo pensaba que ojalá estuviéramos en el siglo XII, en el que su frialdad habría sido

sinónimo de virtud y los placeres de la carne le habrían dado remordimientos; ahora, sin embargo, estaba condenada a sentirse culpable de su dolorosa frustración. Y yo no podía dejar de compartir su sentimiento de culpabilidad.

De haber sido ella más joven y no haber estado convencida de que su infortunio no era culpa de su pareja, podríamos haber acabado estrangulándonos mutuamente (o sea que, entre las frías, también son preferibles las maduras), pero, aunque los dos sabíamos que la culpa no era mía, no dejaba de ser yo el instrumento de su desilusión. Y mis tentativas por

mitigarla no servían más que para empeorar las cosas. Por otra parte, hacer caso omiso de la desesperada excitación y decepción de su cuerpo hubiera significado negar los vínculos de simpatía más elementales entre nosotros. Estábamos perdiéndonos en un desierto de imposibilidades.

Decía Paola que, al desearla y gozarla, yo la hacía sentirse mujer de verdad y a veces era la madre feliz de mi placer. Pero la amante no habría podido soportar las expectativas que no llegaban a inflamarse, salvo en un estado de vigilante desesperanza. Habría muy pocos problemas sexuales si todos pudieran atribuirse a las

inhibiciones. Al principio, creía que Paola se resistía a las caricias insólitas por modestia. Sin embargo, su violenta resistencia se debía más al miedo que a la timidez. Brotaba del azul de sus ojos y se prendía en su cuerpo largo y blanco: el miedo a las esperanzas vanas y a nuevos fracasos.

Incluso una mirada sentimental la ponía en guardia. Le horrorizaba la idea de exaltarse o, mejor dicho, de olvidar que no podía sucumbir. Una tibia tarde de mediados de marzo, sentados en la terraza de un café, mientras observábamos la marea del esplendor humano, en contraste con Paola que parecía plácida y contenta, empecé a

mirarla con el mismo aire de súplica con que miraría a una desconocida a la que tratara de conquistar. Ella arqueó las cejas y volvió la cara.

—Lo malo de ti es que te amas demasiado. — ¿Cómo puede uno amar a los demás si no se ama a sí mismo? — ¿Por qué iba yo a amarme? — preguntó con su natural y deprimente objetividad-. ¿Por qué vamos a amar a nadie?

Tal vez habríamos podido enfrentarnos con aquella falta de satisfacción física, pero lo más difícil de vencer eran sus secuelas, el vacío que se creaba entre nosotros. Entorpecían -más aún, durante mucho

tiempo impidieron- mis esfuerzos por comprobar la efectividad de un medio fácil y asequible para liberarnos de los escozores de la toalla mojada del marido.

Un sábado, el calor me despertó a media mañana. El sol que se filtraba a través de las cortinas diáfanas que cubrían las curvas ventanas me daba en los ojos. Debíamos estar a más de treinta grados. Durante la noche, habíamos apartado la ropa de la cama, y Paola estaba echada de espaldas, con las rodillas dobladas, respirando en silencio. Nunca parecemos estar tan a merced de nuestro cuerpo, bajo el dominio de las inconscientes células,

como cuando dormimos. Con el corazón latiéndome con fuerza, decidí jugármelo todo a una carta. Lentamente, como el ladrón que aparta unas ramas para colarse en un jardín, le abrí las piernas. Detrás de la hierba dorada asomaba el capullo rosa intenso con sus dos largos pétalos entreabiertos como si también ellos sintieran el calor. Eran muy bonitos, y empecé a oler y a lamer con mi avidez de antaño. Muy pronto, aquellos pétalos se suavizaron y pude gozar del rocío de bienvenida, aunque el cuerpo permanecía inmóvil. Para entonces Paola debía de estar despierta, pero fingía dormir; permanecía en ese letargo en el que tratamos de eludir toda

responsabilidad por lo que pueda ocurrir, rehuyendo de antemano la victoria y la derrota. Tal vez diez minutos, tal vez media hora después (el tiempo se había diluido en olor a pino), el vientre de Paola empezó a estremecerse y, con una convulsión, por fin parió su placer, esa prole indispensable incluso para las parejas efímeras. Cuando su copa se derramó, ella me abrazó y yo por fin pude entrar en ella con la conciencia tranquila. — Pareces pagado de ti mismo -fueron sus primeras palabras cuando volvió a enfocar la mirada crítica de sus ojos azules.

Teníamos un amigo común, el signor

Bihari, un caballero de ascendencia italo-húngara, alto, de unos sesenta años y aspecto deportivo, que era pintor.

Llevaba siempre un elegante foulard al cuello, diseñado por él mismo, y solía decir que su mayor ambición era mantenerse tan joven como Picasso.

Empezó su carrera como reportero en Budapest, pero en 1924 su periódico lo envió dos semanas a París para hacer un reportaje y, desde entonces; no había vuelto a Hungría. Su esposa era francesa, y él solía traerla al Albergo Ballestrazzi para que, por lo menos, pudiera oír cómo sonaba la lengua materna de su marido. Ella permanecía a su lado, un poco aturdida, mientras él

hablaba con los refugiados. El signor Bihari no sólo conocía a Paola sino también a su amigo, el redactor, y por él me enteré de que Paola había roto con aquel hombre diciendo que se había enamorado de un joven refugiado húngaro.

Repetí la noticia a Paola, curioso por averiguar si ella reconocería una confesión tan romántica.

—No lo creas -dijo-. Quería terminar con él apaciblemente, y no puedes librarte de un sujeto diciéndole la verdad. — ¿Y cuál es la verdad?

Estábamos en la cocina mientras ella preparaba la cena, sin más ropa que un sujetador y una falda fina, porque ya era

verano. Yo, sentado a la mesa, aspiraba el exquisito olor del guiso y la contemplaba mientras se me aguzaban todo tipo de apetitos.

–Bien -dijo ella, pendiente todavía de las humeantes ollas y sartenes-, lo cierto es que, dentro de unos diez años, pienso dejar de trabajar y retirarme a nuestra casa de Ravena. Probablemente, para entonces mis padres ya habrán muerto y viviré sola con una vieja criada. Y supongo que cada invierno se nos afilará la nariz un poco más.

–Quizá yo esté dando clases en Ravena.

–En Italia hay filósofos suficientes para llenar el Adriático. Tú emigrarás a

otro país, tarde o temprano. Menos mal, porque eso, por lo menos, me evitará la triste experiencia de ver cómo te cansas de mí.

Su vaticinio de que me cansaría de ella me parecía muy improbable. Ahora había entre nosotros menos tensión de la que experimentara con ninguna de las demás mujeres, y nuestra plácida felicidad me hacía pensar en los malos ratos que había compartido con mis otras amantes. Recordaba los momentos de angustia, durante el abrazo, en los que solía repasar mentalmente fechas históricas, a fin de no terminar demasiado pronto para conveniencia de mi compañera. Con Paola, yo no tenía

por qué regular mis reacciones. Solía recibirme cuando ya estaba húmeda y temblorosa, lo cual, por cierto, la hacía cada vez más deseable y no a la inversa. No obstante, tenía razón al decir que me marcharía de Italia. No encontraba trabajo y, puesto que el Albergo Ballestrazzi debía ser devuelto a la clientela de pago el 15 de agosto y el signor Bihari tenía un amigo en el Consulado del Canadá que tenía relación con la Universidad de Toronto, aproveché la circunstancia para emigrar al Canadá.

El 16 de agosto, Paola me acompañó al aeropuerto. Mientras nos bamboleábamos en un vetusto taxi, al

verme tan callado y triste, me tiró del pelo.

–No es que sientas dejarme -dijo en tono acusador-, es que te asusta marcharte al Canadá.

–Ambas cosas -reconocí, y me eché a llorar, lo cual creo que tuvo el efecto de que a mi nada sentimental amiga le resultara más fácil decirme adiós.

Nos despedimos en la puerta de embarque, Paola dio media vuelta y empezó a alejarse, pero volvió sobre sus pasos y me abrazó otra vez.

–No te apures, Andrea -dijo, citando nuestro chiste particular con una grave sonrisa-, todos los caminos llevan a Roma.

16. DE LAS MUJERES MADURAS QUE SE HACEN LAS NIÑAS

Sexo en la luna.

NORMAN MAILER

Hay una nueva soledad en el mundo moderno: la soledad de la velocidad.

Es tan fácil subir a un avión e irte a un lugar donde no conoces a nadie. Yo no tengo parientes en Ann Arbor: que yo sepa, los tengo en Londres, Frankfurt, Milán, París, Lyon y Sydney. La tía Alice, hermana de mi padre, ya anciana, cultiva fresas cerca de Friburgo. Una sobrina que se fue a Barcelona se casó

con un ingeniero español con el que emigró a Caracas.

Tengo una prima americana medio negra que es, o que era, según mis últimas noticias, directora de un museo de Cleveland. Un tío que trabajaba en el programa espacial en Cabo Kennedy se retiró y ahora vive en el Upper West Side de Nueva York. Yo mismo, de Roma me fui a Toronto -para quedarme, según creía entonces- y ahora estoy en Michigan, convertido en el típico americano de provincias que con frecuencia añora la vida metropolitana de Toronto. Aún recuerdo cómo me zumbaban los oídos cuando pisé el asfalto del nuevo continente,

sintiéndome como si la sangre se me hubiera secado en las venas. Un tipo gordo, vestido de uniforme, me entregó un volante azul con mi nombre y la declaración de mi nueva categoría: inmigrante. También me entregó un billete de cinco dólares, diciendo que era welcome money, y me hizo firmar un recibo. Luego, con un amplio ademán, me indicó que podía ir adonde quisiera. De buena gana habría dado media vuelta y regresado a Europa, pero, puesto que no tenía más que el resguardo de mi pasaje de ida y menos de cien dólares, incluido el dinero de la bienvenida, salí de la sucia y descuidada terminal aérea arrastrando mis tres maletas. Tras una

sola mirada al extraño paisaje, vasto y vacío, procuré sacar valor de mi propia sombra, que el sol proyectaba, agigantada, delante de mí. A varios kilómetros, planeaba una enorme y malévolamente nube de smog pardo, señalando el emplazamiento de la ciudad en la que iba a vivir.

Mi taxista era un tipo fornido de cara cuadrada y chata y ojos inexpresivos que no parecía muy dado a conversar. Pero, puesto que no tenía a nadie más, le dije que acababa de llegar al Canadá y necesitaba una habitación barata cerca de la universidad. Por suerte, el hombre resultó ser austríaco y cuando supo que yo llegaba de Hungría

y conocía bien Salzburgo, se mostró muy cordial y prometió ayudarme. Hablando por el retrovisor, observó que yo era lo bastante joven para ser su hijo, me advirtió que en Toronto no había cafés y me aconsejó que me buscara una novia cuanto antes, porque las prostitutas eran muy caras. Mientras íbamos hacia la ciudad por la Queen Elizabeth Way, bordeada de altos álamos y arbustos, y por la orilla del lago Ontario, empecé a pensar que el paisaje era bastante agradable y no muy distinto del que rodea el lago Balaton. Pero el austríaco insistía en que estaba poblado por unos individuos muy distintos de los que yo conociera en mi tierra.

–Los nativos son tan humanos como los de cualquier parte, pero no lo reconocen a no ser que estén borrachos. Y entonces caen redondos en el suelo del taxi o tienen la brillante idea de robarte. A veces pienso que preferiría ser un cochero vienes de los tiempos de Francisco José. – Hizo una breve pausa, para honrar el paso del imperio austrohúngaro que ni él ni yo habíamos conocido-. Los canadienses aman, por encima de todo el dinero, lo cual me parece bien -prosiguió-, pero después viene el licor, la tele, el hockey y la comida. El sexo queda muy abajo en la lista. Cuando tú agarrarías a una muchacha, un canadiense agarra otra

copa. El país está lleno de hombres gordos y mujeres infelices. – Comenté que él parecía también un peso pesado-. De acuerdo -reconoció, y, agorero-: Cuando usted lleve aquí tantos años como yo, veremos cómo está.

Paramos en Hurón Street, una calle estrecha y arbolada, de casas victorianas de ladrillo rojo convertidas en pensiones, y llamamos a varias puertas, preguntando precios de alquileres. El austríaco reprendió a media docena de patronas por sus precios exorbitantes y al fin me aconsejó una buhardilla. Tenía el techo bajo e inclinado, estaba vistosamente empapelado y el suelo era de linóleo,

pero yo estaba deseando instalarme aunque fuera temporalmente. Volvimos al taxi en busca del equipaje y le di las gracias al austríaco por su increíble amabilidad.

—Mañana no le haría el menor caso - dijo, levantando las manos con las palmas hacia arriba-, pero no iba a desentenderme de un hombre el primer día que pasa en el Canadá. Yo mismo llegué aquí en el 51. ¡En pleno invierno! El primer día no se olvida, créame. Es el peor.

Aceptó el importe de la carrera pero no la propina y nos despedimos con un afectuoso apretón de manos.

Volví a verle tres años después:

había dejado el taxi y tenía una tienda de Strudel vienes en Yonge Street. Debían de irle bien las cosas porque la última vez que hablamos me dijo que había estado de vacaciones en Japón.

Al verle convertido en próspero comerciante y turista internacional, todavía con sus kilos de más, un tanto melancólico por el efecto de la súbita opulencia, se reforzó el recuerdo que guardaba de él, un guía casi místico en este continente de emigrantes.

Todas aquellas cosas contra las que me previno, cosas que hoy me disgustan tanto como el día en que llegué -la bebida, el hockey y la televisión- son tan típicas de la vida de Estados Unidos

como del Canadá, pero también lo es la buena disposición para ofrecer una oportunidad al recién llegado. Gracias al amigo del signor Bihari en el Consulado de Roma, conocí a numerosos funcionarios académicos deseosos de ayudarme. El primer año, me consiguieron un empleo en un colegio masculino y, después, me ayudaron a obtener una plaza de profesor adjunto en la Universidad de Toronto. Después de cinco años en Toronto y tres años en la Universidad de Saskatchewan, me trasladé a la Universidad de Michigan, en Ann Arbor, donde todavía trabajo, aunque pienso solicitar una plaza en la Universidad de

Columbia. Será que algunas personas, cuando han abandonado el escenario de su infancia, no pueden quedarse definitivamente en un sitio; o será que, por mucho tiempo que pase en este continente, nunca podré sentirme como en casa y por eso he de ir de un lado a otro. De todos modos, me gustaría vivir en una ciudad cuyas calles y plazas llevaran nombres de grandes hombres, en lugar de constructores, alcaldes o árboles. ¿Por qué no podemos construir ciudades que honren al genio en cada una de sus esquinas? ¿Cómo van los niños a convertirse en ciudadanos civilizados si nunca han hecho carreras por Cervantes Road, Dante Street o

Dürer Avenue? ¿Cómo va la gente a aspirar a algo que no sea el dinero si nada de su entorno les recuerda a los inmortales que crearon cosas que no se devalúan con la inflación? Yo escribí cartas a numerosos periódicos del país para proponer, entre otras cosas, que se bautizaran, todas las calles «M» con el nombre de Moliere, Mozart o Mark Twain. Pero estas cosas quedan fuera del alcance de estas memorias, como no sea para indicar que si, al cabo de todos estos años, todavía no me he adaptado al Nuevo Mundo, ¡muy despistado debía de andar yo cuando llegué de Roma!

Muchas veces, especialmente durante los dos o tres primeros años que

pasé en Toronto, tuve la impresión de que había cruzado el Atlántico sólo para perder mi preciada fe en las mujeres maduras. Y aun a riesgo de minar mi propia argumentación, tengo que reconocer que hay mujeres a las que los años sólo han dejado rastro en su cara, no en su cerebro ni en su carácter. En realidad, parece ser que con la edad las niñas tontas se vuelven más tontas todavía. Las consumen la vanidad y la avaricia, lo cual puede ser la razón por la que en mi época de estudiante, cuando era joven y pobre, me vi libre de ellas. En las contadas ocasiones en que capté su atención en Budapest, conseguí reconocerlas y escapar a tiempo. Pero

si, en Hungría, por regla general, sabía que debía evitar a las mujeres que adoraban al camarada Stalin y la música cingara, en Norteamérica carecía de guía que me permitiera detectar este tipo de personalidades retorcidas. Me llevó algún tiempo descubrir que debía mantenerme alejado de las mujeres que bajan la mirada con un rubor respetuoso al oír nombrar a la Bell Telephone Company, que tararean las musiquillas de los anuncios de detergentes, que besan con los ojos abiertos y que se enorgullecen de ser prácticas. Estas mujeres son generalmente peligrosas y casi siempre penosas. Todavía maldigo la mala suerte que me hizo tropezar con

una de ellas al día siguiente de mi llegada al Nuevo Mundo, en momentos en los que, en mi nuevo ambiente, hacía falta muy poco para deprimirme.

Apareció, de forma bastante congruente, en medio de revistas de cine, guías de televisión, batidos de leche, dentífricos, medicinas, cámaras fotográficas, tijeras, Kleenex y diversas ofertas especiales: en un drugstore de Bloor Street. Estaba a media manzana de mi alojamiento y yo había entrado a cenar temprano, para evitar la ciudad más de lo estrictamente indispensable. Había acabado la cena y estaba tomando un vaso de leche cuando me di cuenta de que ella me sonreía. Creo que nunca

había necesitado una mirada o una sonrisa más que en aquel momento. De encontrarme solo en un planeta extraño, sin conocer a un alma, hombre o mujer a quien llamar para charlar, aterrado por la idea de volver a mi tétrica buhardilla, súbitamente, me sentí devuelto a la tierra y al sol. Era una mujer de unos treinta y cinco años, de pelo castaño rojizo, corto y rizado, boca grande y figura rolliza pero bastante bonita, que sonreía y me miraba a los ojos, sin disimular su agrado. Dejé de sentirme a miles de millas del hogar.

Cuando me levanté para pagar la cuenta, ella salió y se entretuvo en la puerta, mirándome a través del cristal.

Yo deseaba que fuera una divorciada solitaria tan necesitada de compañía como yo, y ya nos veía toda la noche enroscados. Cuando salí del local, ella estaba a pocos pasos.

—Perdone que le hable sin haber sido presentados -le dije situándome a su lado-, pero me gustaría conocerla. — ¡Márchese! — me ordenó con voz ofendida, y empezó a andar de prisa.

Instigado más por la soledad que por el deseo, insistí:

—Me llamo Andrés. ¿Cómo se llama usted?

—Si no me deja en paz, llamo a la policía.

Una anciana la oyó al pasar y me

miró con repugnancia. Me paré pero, recordando cómo me había sonreído en el mostrador, corrí detrás de ella, que me amenazó de nuevo.

—Si sigue molestándome, gritaré. ¿Qué es usted, un violador?

Desistí y la seguí con la mirada mientras se alejaba. Se volvió un par de veces, para ver si la seguía. La segunda vez, vi que se reía.

Yo estaba furioso. Lo que más me dolía no era que se hubiera burlado de mí sino que fuera una burla gratuita, sin más motivo que la pura malicia.

Había conocido jovencitas que se divertían con ese juego sádico, pero que una mujer de más de treinta y cinco años

se comportara como una adolescente frustrada era una experiencia insólita. Soy supersticioso por lo que se refiere al mal comienzo, y el incidente me hizo entrever sombríos presentimientos acerca de las costumbres amorosas de las canadienses.

Efectivamente, algunas de las que conseguí llevar a la cama resultaron todavía más raras. Por ejemplo, hubo una bibliotecaria de treinta y dos años que me abrió las extremidades cuando aún no hacía media hora que nos habíamos conocido en una fiesta y, antes de una hora, ya me había propuesto matrimonio. Luego, me dio una conferencia sobre mis nuevas

responsabilidades de futuro marido. Sería mi deber mantenerla mientras viviera y después de mi muerte, es decir, que tenía que hacerme un seguro de vida. En menos de dos horas, menos tiempo del que un viajante necesita para redactar un contrato fraudulento, aquella extraña criatura se había casado conmigo y me había enterrado. No quiso marcharse hasta que le dije que yo pertenecía a una tribu que enterraba viva a la viuda, al lado del difunto.

Por aquel entonces, yo cavilaba mucho acerca de la aridez de las relaciones entre uno y otro sexo y de la distancia que parecía existir incluso en la mayoría de matrimonios. Pensé que

tenía algo que ver con el hecho de que no hubiera bidet en los cuartos de baño. Nadie lo consideraba necesario. «Si nos hubiéramos conocido aquí -escribí a Paola-, no me hubieras dejado acercarme a ti.»

Yo dedicaba mucho tiempo a escribir cartas, sobre todo a mi madre y a Paola, y sus respuestas eran mi mejor compañía.

Mis poco gratas, aunque breves, afortunadamente, aventuras en Toronto no fueron sino el preludeo de mi encuentro con Ann, una mujer despiadadamente irracional que tuvo profunda influencia en mi vida, como si se tratara de demostrar que, para educar

a un hombre, hay que hacerle sufrir. Tuvimos dos conatos de aventura, con varios años de intervalo durante los cuales su personalidad cambió considerablemente, aunque su genio - aunque parezca mentira- permaneció intacto. La conocí en la conferencia de lago Couchiching a la que asistí aquel verano con el propósito de conocer a algunos de mis futuros colegas de universidad.

Couchiching es uno de los miles de lagos que hacen que las zonas no industrializadas del norte de Ontario se conserven bravias y hermosas a pesar de la anual invasión motorizada de las ciudades. En un amplio tramo de la

orilla, rodeado de espesos bosques, hay un campamento de la Asociación Cristiana de Jóvenes en el que todos los veranos se celebra una conferencia de diez días donde se habla de los grandes temas de actualidad en el país y en el mundo. En Couchiching convergen de trescientos a cuatrocientos canadienses, procedentes de las orillas del Atlántico y del Pacífico: profesores, periodistas, comentaristas de televisión, bibliotecarias, amas de casa pertenecientes a comités cívicos y alguno que otro político; en suma, toda clase de personas dotadas de conciencia social que pasan la mayor parte del año encerradas entre cuatro paredes. Estas

conferencias de verano, con agua, árboles y cielo abierto, son muy populares entre los intelectuales norteamericanos, y con razón, puesto que es preferible hablar del equilibrio del terror, la automatización y la explosión demográfica en shorts y al aire libre que metido en un incómodo traje y en una sala de conferencias con aire acondicionado. Además, nadie está obligado a asistir a todas y cada una de las conferencias o coloquios sino que puedes optar por zambullirte en el lago, tomar el sol en el muelle o pasear descalzo sobre la áspera hierba. Personas que, durante once meses al año, tienen que llevar el peso de la

respetabilidad y la sensatez, allí pueden escupir en el suelo, lanzar gritos al aire y escuchar el eco, y rascarse la barriga en público. Los casados, además, tienen la posibilidad de purgar los pulmones del aire rancio del dormitorio conyugal. Desde luego, quienes no tienen algo mejor que hacer asisten a las conferencias; pero, según mis cálculos personales (que no han de ser forzosamente exactos), durante la discusión de un solo aspecto de una crisis mundial, se consuman media docena de adulterios.

Ahora bien, sería engañoso atribuir una gran vitalidad y sofisticación a la comunidad intelectual de Canadá. Yo me

alojaba con otros cinco solteros que muchas noches se quedaban en la cabaña, bebiendo. Todos eran licenciados y, dos de ellos, doctores en Filosofía, y mientras por los bosques y las orillas del lago deambulaban muchachitas y esposas solitarias, aquellos jóvenes presuntamente inteligentes, despiertos y sanos, permanecían sentados en la cabaña, agarrados a una botella como para salvarse la vida, contándose estúpidos chistes verdes, como si estuvieran encerrados con llave. Aunque yo recordaba la advertencia de mi amigo taxista acerca de la preferencia que el varón canadiense siente por la botella

que sobre todos los demás placeres, me parecía increíble que estos hombres jóvenes despreciaran tan magníficas oportunidades. Y cuando me iba a probar fortuna en la oscuridad, ellos se reían de mí y me llamaban «abstemio loco».

Asistía a la conferencia un periodista llamado Guy MacDonald, que cubría los debates para uno de los diarios más importantes, aunque su función habitual era la de escribir editoriales sin firma. Era bajo, flaco, estevado, medio calvo, con una nariz muy grande, quemada por el sol, y una anticuada montura metálica que ponía un toque final de dignidad a toda su

fealdad. Su mujer, en cambio, tenía esa florida belleza inglesa, mezcla de rubia y pelirroja: colores suaves y curvas lánguidas, reventando de tensiones.

Tenían dos hijas que, lamentablemente, se parecían al padre. La mayor me dijo que tenía «nueve años y medio», de manera que los McDonald debían de llevar casados por lo menos diez; pero Guy McDonald parecía un marido muy solícito y atento que siempre hacía que la conversación girara en torno a su esposa cuando ella estaba delante. Ella, por el contrario, solía escucharle con una expresión que parecía decir soy más lista que mi marido. Cierta mañana en que estábamos

sentados en el muelle, de espaldas al sol y con los pies en el agua, Guy me dijo que él había nacido en Ottawa, pero que Ann era de Victoria, en la Columbia Británica; que se hubieran encontrado y casado, a pesar de la enorme distancia, era sin duda extraño y maravilloso. – ¿No sabe? – dijo, volviéndose a dar una palmada en la rodilla de su mujer y alargando el brazo con un movimiento largo y lento, como si tuviera que abarcar los miles de millas de bosques, praderas, lagos y montañas-, Ann procede de la costa Oeste, se crió en Victoria.

Ann reaccionó a esta observación y al contacto de su mano con un suspiro de

mártir, no groseramente ostensible, pero perceptible.

—No es justo, pero no puedo perdonar a Guy que las niñas hayan salido a él -me dijo un día en que la encontré sola, vigilando a sus hijas que chapoteaban en el agua.

Una noche, cuando cruzaba a tientas el oscuro campamento para reunirme con una muchacha, pasé por delante de la cabaña de los MacDonald. Ann estaba sentada en el escalón de la entrada y gritó como un centinela: - ¿Quién va? — ¡Hola! Soy Andrew Vajda. — ¿Adonde va?

Dado que me molesta perturbar con gritos el silencio de la noche, me

acerqué a ella.

—Voy a una cita.

—Enhorabuena —dijo con resentimiento—. A mí no me espera nadie. Las niñas duermen y Guy está jugando al bridge no sé dónde. Y yo, aquí, contando las estrellas.

—Aquí no hace falta que vigile a las niñas. ¿Por qué no se reúne con su marido? — ¿Y por qué? Me alegro de estar sola, para variar.

Su acento era hostil, como si estuviera deseando librarse también de mí.

Sin embargo, agregó con un temblor apremiante que sonaba invitador-: ¿Por qué no se sienta? Podríamos mirar el

cielo juntos.

Yo no había visto una mujer que cambiara de actitud tan bruscamente: en una misma frase, podía variar por completo la entonación. Incluso en el muelle, durante la conversación más trivial, la voz de Ann oscilaba como una bandera agitada por vientos, como si su alma estuviera a merced de una furiosa tempestad.

Apenas me había tentado a sentarme a su lado, ya estaba amonestándome con un alarde de sólida virtud:

—Yo no invito a los hombres a pasar del umbral de la puerta -dijo con vehemencia-, conque no se haga ilusiones.

–Me encantaría hacerle compañía, pero ya llego tarde.

–Bueno... ¿Me ayuda a levantarme? Llevo tanto rato aquí sentada que se me ha dormido la pierna.

La ayudé a levantarse y ella me atrajo hacia sí y apretó mis manos contra sus posaderas. Sentía su ondulación a través de la fina tela de su falda y no pude resistirme; a pesar de que sabía que me esperaba una muchacha bonita e inteligente, con la que pasaría una velada mucho más agradable que con esta voluble ama de casa. Fue una sumisión compulsiva a la sensación inmediata. Cuando conectaron las corrientes de nuestra piel (en la

oscuridad, con el olor leve pero hipnótico del lago), sentí que deseaba a Ann con tanto anhelo como si no hubiese tocado a una mujer en toda mi vida. La aparté de la cabaña, en busca de un poco de hierba fresca protegida por los arbustos, y ella me siguió riendo por lo bajo. De repente, se paró y empezó a tirar en sentido opuesto.

—Espera, Andy —dijo con desconsuelo. — ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—No lo sé... Seguramente que, a mi manera, quiero a mi marido. — ¡Dios me libre de perturbar un buen matrimonio! — dije soltándole la mano inmediatamente.

Desde mi memorable noche con Mici, aquella virgen recalentada, soy

inmune a las coquetas.

—No es precisamente que le quiera - agregó, más desconsolada aún-, es que nunca le he sido infiel.

—Pues no es cosa de que empieces ahora.

—Tú no deberías decir eso -protestó ella con auténtica indignación-.

Deberías seducirme.

—Estás mal informada, Ann. Si necesitas que te convenzan, créeme, no merece la pena.

—Creí que vosotros, los europeos, erais héroes en la guerra de los sexos.

—Yo soy pacifista.

Y así, en la discusión, dejamos disiparse los sentimientos que

pudiéramos abrigar, y ella estuvo resistiéndose a echarse en la hierba hasta que nos hartamos y asqueamos uno del otro. Fue una larga mortificación para un placer tan breve. Apenas entré, a lo lejos empezó a sonar voz de Guy MacDonald.

—Ann..., Ann, ¿estás ahí? ¿Ann?

Yo quería continuar, porque estaba seguro de que no daría con nosotros, pero Ann me apartó con la fuerza de una tigresa. Se levantó, se sacudió la falda y la blusa y me miró interrogativamente. Le quité un par de hojitas del pelo. Echó a andar hacia el sendero, moviéndose con deliberada naturalidad y gritando con voz serena:

—Ya voy. Había salido a dar un paseo.

Esperé hasta que entraron en la cabaña y luego eché a correr, confiando en que la muchacha todavía estuviera esperándome. Pero para mi desgracia ya no me esperaba.

A la mañana siguiente, fui a la sala de conferencias y escuché dos deprimentes discursos sobre el día en que la gente no tenga que trabajar para vivir y pueda dedicarse permanentemente a actividades recreativas.

Cuando, después del almuerzo, regresé a nuestra cabaña de solteros, mis compañeros me recibieron con

sonrisas maliciosas. Mrs. MacDonald había preguntado por mí. — ¡Ahora ya sabemos dónde pasas tú las noches! — dijo el adjunto de Ciencias Políticas, un tipo alto y afeminado-. Es muy guapa. — Hizo una pausa efectista y agregó:- Estaba tan deseosa de verte que apostaría una botella de escocés a que está decidida a dejar a su marido para irse contigo.

Todavía se reían de sus propios chistes cuando Ann pasó por delante de nuestra cabaña, y no por primera vez, a buen seguro, mirando hacia la puerta abierta. Salí corriendo para llevármela de allí. Yo daba por descontado que nuestro poco alegre abrazo sería

olvidado rápidamente por ambos y no entendía qué podía querer de mí. Ann llevaba un vestido en forma de saco y parecía muy ceñuda, casi posesa. Por consiguiente, no era probable que pretendiera recomponer nuestro destrozado idilio.

—Tengo que hablar contigo -anunció-. Tengo que hablar con alguien. Me remuerde la conciencia. — ¡No! — protesté débilmente-. ¿Y por qué diantres? — íbamos por entre las cabañas, procurando no llamar la atención.

—Estoy pensando en contárselo todo a Guy. Aunque se ponga furioso conmigo, por lo menos me habré quitado

un peso de encima. No puedo soportar los remordimientos. – ¿Eres religiosa?

–Claro que no. Fui educada en la Iglesia anglicana, pero ya lo superé.

–Entonces, ¿dónde está el problema? En realidad, a ti Guy no te importa.

–Pero pienso que no estuvo bien - insistió tercamente.

–Ya. No crees en el pecado, pero sigues haciendo penitencia por la fuerza de la costumbre.

Yo trataba de tomarlo a la ligera, para impedir que ella se dejara abrumar por la majestad de su trágico estado de ánimo. No resultó. Ann no hacía más que repetir que tenía remordimientos. – ¡Pero si en realidad no hicimos nada!

Apenas habíamos empezado cuando llegó tu marido.

Su semblante se iluminó instantáneamente. – ¡Tienes razón! – exclamó-. No es como si hubiéramos hecho algo serio.

–Sus ojos empezaron a brillar de inocencia; ahora no estaba bonita, estaba hermosísima. Por lo visto, no buscaba la redención sino la calificación, una especie de puerta de escape-. Es como si sólo hubiéramos estado arrullándonos. Arrullándonos con un poco de calor -agregó, sonriendo a un viejo secretario de universidad con el que nos cruzamos.

Hubiera debido alegrarme de que

ella aceptara mi mentira piadosa e improvisada, pero en realidad me mortificaba. Era la primera vez que una mujer que se había acostado conmigo creía que no había sido así y, encima, se alegraba.

—Me parece que voy a nadar un poco -dijo alegremente, alejándose de mí-. ¡Hasta luego!

Pero la cosa no terminó ahí. Mistress MacDonald empezó a perseguirme en las reuniones, tanto en el campamento como, más adelante, en Toronto.

Cuando la conversación derivaba hacia las aventuras amorosas de las casadas ausentes, ella solía proclamar

virtuosamente: «Yo nunca me he acostado más que con mi marido.» Y se quedaba mirándome sin pestañear, como desafiándome a contradecirla. Tanto insistió, que todo el mundo llegó a pensar que nos entendíamos, y hasta su marido me miraba con suspicacia.

A fin de recobrar mi paz de espíritu (y evitar el peligro, perfectamente real, de tener una escena desagradable con Guy MacDonald), dejé de frecuentar los lugares donde podía encontrar a Ann. Pero entonces empecé a soñar con ella. Una vez yo iba en avión y, de pronto, Ann se levantaba de un salto de su butaca y gritaba, ahogando con la voz el rugido de los reactores: «Yo nunca me

he acostado más que con mi marido. No del todo.» Entonces todos los pasajeros se levantaban a su vez y me amenazaban con el puño.

Otra noche, estaba dando clase y Ann entraba en el aula con el bikini rosa de Couchiching y gritaba a mis alumnos: «¡Quiero que sepáis que en realidad nunca me acosté con el profesor Vajda!» Desperté sudando de mortificación.

17. DE LO QUE COLMALA MEDIDA

El placer priva de sus facultades al hombre tanto como el dolor.

PLATÓN

Seguramente, siete años dedicados a la enseñanza me indujeron a imaginar que podía tener algo que enseñar: no encuentro otra explicación que justifique haberme entregado a estas reminiscencias con la idea de que pudieran resultar edificantes para la juventud. De todos modos, me alegro de haberlas escrito. Quizá no tengan sino escaso valor para el lector, pero han sido muy provechosas para el autor: se me hace cada vez más difícil tomarme en serio.

Ahora parece que cuando yo pensaba que aprendía algo sobre la gente o la vida en general, no hacía sino cambiar la forma de mi inmutable

ignorancia, que es lo que los filósofos compasivos llaman la naturaleza de la sabiduría.

Pero, centrándome en mi búsqueda de la felicidad a través del amor, puedo decir que, sin contar la época en que estaba a merced de las adolescentes, nunca lo pasé tan mal con las mujeres como cuando estaba al tanto de todo y contaba con los requisitos para llevar una despreocupada vida de soltero.

Cuando volví del lago Couchiching a Toronto, me mudé a un apartamento moderno y lo amueblé con una gran cama, libros, cuadros, estéreo y uno de los pocos bidés de América del Norte. Más adelante, incluso me compré un

coche deportivo. No tenía mucho dinero en efectivo, pero mi empleo en la universidad me reportaba crédito. Para los comerciantes norteamericanos, los políticos desaprensivos, los funcionarios y los catedráticos son la mejor clientela de crédito, porque sus empleos suponen una garantía sólida y vitalicia. Yo no era mal parecido y tenía la edad justa: las mujeres prefieren a los hombres que frisan la treintena, especialmente si disponen de un cuarto de baño latino y les gustan las hembras de todas clases. Además, había adquirido cierta pericia para detectar a las mujeres que no me convenían, por lo que no eran frecuentes sorpresas

desagradables como la que acabo de referir. Ahora lo pasaba mal con mujeres encantadoras y cariñosas.

Mi problema consistía en que eran demasiadas. Me enamoraba por una mirada, por un pecho generoso (o pequeño y bien formado), por una voz ronca o por cosas más sutiles que no tenía tiempo de analizar. Al tener mi propio apartamento y un horario de trabajo irregular, al fin podía realizar mis sueños juveniles y gozar de varios amores simultáneamente.

El momento era propicio, no sólo para mí sino también para mis amantes. El ansia de vivir estaba en el ambiente. Cuando llegué a Toronto, el sábado por

la noche, en las principales avenidas de la ciudad no se veía a nadie más que alguno que otro borracho. Como denotaban claramente las largas hileras de feos bloques que pasaban por calles y los innumerables carteles y letreros de neón, la gente parecía no tener más afán que la compra y venta de artículos de consumo. Pasaban el tiempo libre mirando televisión en sus salitas de recreo del sótano, sentados alrededor de la barbacoa del traspatio o paseando en el coche nuevo. Parecían temerosos de alejarse de las cosas que acababan de adquirir y de la pareja que les había ayudado a elegir la casa, los muebles y el coche. Era un mundo puritano que,

afortunadamente, sólo pude entrever fugazmente. La gente se acostumbró a su nivel de vida y, luego, de pronto, empezó a interesarse por la vida. Surgieron edificios nuevos y originales, calles enteras de casas viejas fueron renovadas y transformadas en exóticas boutiques, salas de exposiciones, librerías y cafés con terrazas, y en las noches calurosas había tanta gente paseando por la acera que a veces se tardaba un cuarto de hora para recorrer una manzana.

La cifra de divorcios se disparó, y empezaron a proliferar los clubes hípicos, comités femeninos para el fomento de las artes, centros literarios y

otras organizaciones que proporcionaban una coartada a la esposa que deseara un amante. Este fenómeno se conocía por el nombre de Revolución Sexual Norteamericana, y yo estaba decidido a sacar de ella el mejor partido posible.

Era como conducir a toda velocidad por un hermoso paisaje: tenía una visión fugaz de apasionantes montañas y valles, líneas y colores, pero iba muy de prisa para disfrutar del panorama. Muchas veces, lamenté no poder conocer mejor a mis amantes, mientras procuraba que ellas no llegaran a conocerme a mí. Las mujeres tienen la costumbre de dejar un camisón, un estuche de maquillaje o

unas medias en casa de su amigo; unas canadienses muy formales de ascendencia escocesa se dejaban, incluso, el diafragma. La tarea de esconder las pertenencias de una de la mirada de otra era difícil y extenuante para los nervios, para no hablar de los problemas de horario, confusión de identidades y las constantes mentiras. No siempre salía bien librado; hubo más de un tropezón, con la consiguiente escena.

Una vez caí por no poder explicar satisfactoriamente por qué había guardado un diafragma en una caja de zapatos, debajo de un montón de ropa sucia. Me acordé de esconderlo, sí, pero

olvidé volver a dejarlo en el armario del cuarto de baño antes de la siguiente visita de su dueña. Estaba siempre nervioso y distraído, una ruina física y mental, negado para la diversión y no digamos para la felicidad. Pero no podía parar. Al fin y al cabo, ¿no era fabuloso poder acostarse con casi todas las mujeres que deseaba? Me envidiaba a mí mismo, desde el pozo de mi desdicha. Y, cada vez en mayor medida, me sentía atraído por mujeres que, a su vez, eran arrastradas por la vorágine.

Ello fue la causa de que volviera a tropezarme con Ann MacDonald. Llevaba un año sin verla cuando, una tarde, la vi unas mesas más allá, en un

café húngaro recién inaugurado. Nos sonreímos y saludamos a distancia y, al salir, se paró junto a mi mesa.

–Hola, ¿qué tal?

–Hola, ¿qué tal?

Ninguno de los dos sabía qué más decir. La invité a sentarse y tomar otro espresso si no tenía prisa.

–Me encantaría -dijo con voz forzada-. Actualmente me sobra tiempo.

–Estábamos a últimos de noviembre y ella llevaba un vestido de terciopelo negro que realzaba las curvas de su figura y su sonrosado cutis-. Me gusta este local húngaro -comentó al sentarse-. Es estupendo que haya sitios como éste en el viejo y rancio Toronto.

Hablamos de los cambios que los inmigrantes europeos estaban introduciendo en la ciudad y, naturalmente, me los anoté en mi haber.

—Siento que en Couchiching no tuviéramos tiempo de conocernos mejor.

—Tenía la impresión de que, aunque poco, fue demasiado para ti.

—Sí; pensarás que me comporté como una idiota. Luego resultó que a Guy le tenía perfectamente sin cuidado lo que yo hiciera. — ¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Es largo de contar. Ahora dice que le hago sentirse viejo y poco atractivo.

De manera que se dedica a seducir a las secretarías. No me importaría si no

se empeñara en darme detalles. Tengo la impresión de que espera que yo le aplauda.

«Eso es porque siempre quisiste parecer más lista que él», pensé.

—Seguramente, para él, tu opinión sigue siendo Fo más importante. Ello significa, indudablemente, que todavía te quiere.

—Lo dudo. Pero, en realidad, mi matrimonio ha dejado de preocuparme.

Hace tiempo decidí disfrutar de la vida.

Me lanzaba miradas prometedoras, pero yo tenía una cita y esta vez no estaba dispuesto a faltar a ella. Hablamos un poco más, del tiempo y de

Toronto, y nos despedimos amistosamente. Viejos enemigos, nuevos amigos.

Durante los meses siguientes, oí hablar mucho de Ann MacDonald y sus aventuras. A veces, de su propia boca, en encuentros casuales. Ahora su personalidad tenía una constante sensual nueva; Ann poseía el melancólico aplomo de una mujer que ha de atender a varios amantes a la vez. Durante un intercambio de confidencias, le dije que lo malo era que a mí me gustaban demasiadas mujeres.

—Ya sé lo que es eso -suspiró-. A mí me ocurre lo mismo con los hombres.

—Pero tú eres la que de verdad me

conviene. Tú me comprendes. Contigo no tendría que fingir.

-Sería muy agradable -convino tristemente, oprimiéndome una mano-.

Pero, seamos prácticos, Andy, eso nos complicaría la vida a los dos.

Ann expresó su negativa con tanto pesar y cariño que tardé en darme cuenta de que me había rechazado. La otrora ama de casa desafecta se había convertido en una mujer de mundo, y no pude menos que sentirme impresionado. Empecé a pensar en ella, a desear que me llamara, a sentir celos de los hombres con los que se la asociaba. ¿Se sinceraba conmigo por la misma razón por la que su marido le contaba sus

hazañas? ¿Se proponía mortificarme o sólo buscaba un oyente? Poco a poco, no sin inquietud, me convencí de que estaba enamorado de ella.

A partir de aquel momento, cada vez que veía a Ann MacDonald, trataba de seducirla, pero no lo conseguí hasta el invierno de 1962. Durante una fiesta, aprovechando que su marido estaba en otra habitación y que, al parecer, ninguno de sus amantes andaba cerca, la abordé. Llevaba un traje de noche de gran escote y la tenía literalmente acorralada en un rincón; me apoyaba en ella de tal modo que sentía el calor de sus pechos a través de la tela del smoking.

–De ti conozco lo peor -me lamentaba-. Eres una mujer guapa e inteligente, y tengo que conformarme con el recuerdo de la boba antipática del lago Couchiching. No es justo. Eso exige una reparación. Además, me parece que estoy enamorado de ti.

En los ojos de Ann brilló algo que parecía más un relámpago que la consabida lucecita, pero su voz tenía un tono maternal y sedante.

–Eres un chico testarudo, ¿verdad?

–No me importa ser un chico. Es más, cuanto mayor me hago, menos me importa ser un chico. Quiero apoyar la cabeza en tu pecho.

–Eres un chiquillo adorable.

Eso no me gustó; «chiquillo» era exagerar la nota. La dejé marchar.

Pasada la medianoche, cuando los invitados ya no se escondían en rincones oscuros para furtivos abrazos apasionados y todos empezábamos a estar un poco hartos de tantos preliminares, de nuevo fui en busca de Ann.

La descubrí en manos de nuestro alto y libidinoso anfitrión y permanecí al acecho con perseverancia hasta que apareció nuestra celosa anfitriona.

Entonces Ann reparó en mí con alegría.

—No sé dónde está Guy -dijo, sofocada-. Si no tienes algo mejor que

hacer, puedes llevarme a casa.

Cuando llegamos a la caile, había accedido a pasar por mi apartamento.

Llenó de perfume mi pequeño automóvil y me acariciaba la nuca mientras viajábamos en silencio. Yo estaba eufórico y relajado, soñando con nuestro venturoso futuro. Para nosotros, ya se había acabado el mariposear. Sería el esclavo de Ann y no tendría más ambición que la de pasar a su lado todos los momentos que ella pudiera distraer de su marido y sus hijas.

Los pensamientos de Ann debían de ser distintos porque, de pronto, retiró su mano de mi nuca.

—Oye -dijo, impulsada quizá por

algún recuerdo desagradable-, no sé mucho de ti, porque, en realidad, nunca hicimos nada. Tú no serás uno de esos que empiezan y, en seguida, adiós. – La sola idea la ponía furiosa-.

Francamente, en estos momentos, no son amantes lo que me falta, y no necesito las chorraditas, ni siquiera de un viejo conocido. Si quieres algo, tienes que prometer buen rendimiento.

No sé cómo ocurrirán la mayoría de los accidentes. Me salté un semáforo rojo, me subí a la acera y frené a dos dedos de un farol.

–Mira -dijo ella, furiosa-, si me involucras en un accidente y mis hijas se enteran de esto, te mato. ¿Es que no

sabes conducir?

Era la una de la madrugada y estábamos en una tranquila calle residencial.

Nadie nos había visto. Con toda precaución, di marcha atrás y bajé de la acera, y durante un momento pensé en dar la vuelta y llevarla otra vez a la fiesta. Pero la idea de dejar el asunto en el aire dos veces con la misma mujer me resultaba intolerable.

—No te preocupes -dije, apretando los dientes-, vas a tener una noche inolvidable.

Ninguno de los dos dijo otra palabra hasta que llegamos al apartamento.

—Perdona -dijo Ann, haciendo un

mohín cuando la ayudaba a quitarse el abrigo-, no quería ofenderte. Pero la mujer siempre lleva las de perder. En realidad, nunca sabe a lo que se expone.

—En realidad, yo me proponía hacer que te enamoraras de mí -dije con amargura.

—Todavía no es tarde para eso. — Se apoyó en mí y puso mis manos en sus nalgas, como la otra vez-. Y ahora no tenemos que hacerlo en la hierba rala del bosque -recordó, contoneándose suavemente para dar gusto a mis manos.

Traté de desnudarla, pero ella no necesitaba ayuda. Si Ann pedía un buen rendimiento, también estaba dispuesta a darlo, y me ofreció un número de strip-

tease con una gracia insinuante y prometedora.

Pero, una vez en la cama, cuando traté de ponerme encima de ella, me apartó con un ademán.

—Desde arriba no me gusta -dijo casi sin disimular' la irritación-. De lado, por favor.

Inmediatamente dejé de estar excitado. Para hacer tiempo, empecé a acariciarla.

Después de varias tentativas desesperadas, Ann decidió que había que abandonar.

—No te apures, a mí también se me ha pasado el ímpetu, conque no hay que preocuparse. Será que no tenemos suerte

el uno con el otro.

Saltó de la cama y empezó a recoger sus cosas, desahogando el mal humor con el sostén, que había desaparecido. Afortunadamente, lo localicé debajo de la cama y me arrastré para rescatarlo.

—Gracias —dijo Ann—. ¡Eres fantástico!

Se retiró al baño con sus ropas y el bolso. Yo no tenía intención de seguirla, pero, al cabo de veinte minutos, fui a ver si le ocurría algo. La encontré completamente vestida, elegante y serena, pasándose un cepillito por las pestañas. Al ver mi cara contrita reflejada en el espejo, me sonrió con afectuosa indiferencia. Luego, se miró

por última vez con aire pensativo.

—En fin -suspiró-, en realidad, un orgasmo más o menos tampoco importa tanto, ¿verdad?

La verdad y la humillación de aquel momento marcaron, según creo, el tardío fin de mi juventud. Quise irme a otro lugar. A algún lugar lejano y tranquilo. Días después, cuando me enteré de que en el departamento de Filosofía de la Universidad de Saskatchewan había una vacante, solicité la plaza y después de tres años allí me trasladé a la Universidad de Michigan.

Saskatoon y Ann Arbor no han resultado ser tan apacibles como pensaba, ni yo me he quedado sentadito

en un sillón, envejeciendo poco a poco.
Pero las aventuras de un hombre maduro
son otra historia.

**This file was created with BookDesigner
program**

bookdesigner@the-ebook.org

14/05/2009

*LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006;
msh-tools.com/ebook/*